
JAZMIN
ERASE UNA VEZ
UN HEROE

Érase una vez un héroe
Anne McAllister
Érase una Vez un Héroe (1990)
Título Original: One a hero (1990)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 782
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Matt Colter y Lesley
Argumento:

—¡Eres mi esposa y seguirás siéndolo!

Matt no tuvo inconveniente en volver al hogar, pensó Lesley, molesta. Pero su separación no fue amigable, y desde entonces ella se había forjado una vida satisfactoria.

La perturbó mucho enterarse de que habían secuestrado a Matt durante una de sus misiones en el Medio Oriente, pero hasta allí llegaban sus sentimientos. ¿Por qué estaba Matt tan celoso de Jacques, cuando él tuvo relaciones con Becca, su despampanante colega?

Capítulo 1

—¡Es todo un héroe! —exclamó el tío Harry blandiendo el periódico con los grandes titulares que proclamaban: "El rehén Colter y los ingenieros escapan"—.

¿Quién lo hubiera imaginado, chica?

Lesley se obligó a concentrarse en planchar el bolsillo de la camisa de Teddy y pensó que cualquiera que lo conociera lo habría imaginado, mas no dijo una palabra.

No lo había hecho desde que escuchó las noticias camino a casa, aquella tarde. La huida de Matt le había despertado muchas esperanzas y temores.

Su participación en la charla no era necesaria, porque Harry continuó, imperturbable:

—El bueno y viejo Matt. Debimos suponer que después de catorce meses en ese rincón del infierno, tomaría el asunto en sus manos. Me pregunto cuándo regresará a los Estados Unidos —se frotó las manos con entusiasmo—; irá a Washington probablemente. Cuando menos al principio. Tendrá que dar reportes y todo eso.

Lesley asintió.

—Supongo que será mejor que lleves a los chicos allá para que lo reciban —dijo animándola con una sonrisa.

—¡No! —eso era algo que había anticipado.

La vehemencia de su negativa lo hizo parpadear, y Lesley sonrió. No quiso sonar agresiva, pero la confusión aumentó su promesa de no ir donde no la querían.

Harry le lanzó una mirada inquisitiva.

—Tal vez tengas razón. Matt debe de haber pasado un rato bastante malo. Tal vez sea mejor que tú vayas primero y lo atiendas…

—Yo no… tampoco iré —Lesley bajó la plancha y volvió a acomodar la camisa de Teddy con cuidado.

—¿Que no irás? —el tío Harry miró a su sobrina nieta, incrédulo.

—No, yo… no puedo. Yo… —¿cómo podría explicar la gama de emociones que la asaltó al escuchar en las noticias que Matt por fin estaba libre?

—¡Tú eres su esposa! —protestó Harry.

—¡La esposa a la que él abandonó!

—Buen Dios, chica, no vas a decirme que aún estás disgustada por eso. Es su trabajo. Tenía que cubrir una historia en Beirut, ¿no es así?

—Bali —corrigió Lesley con sequedad—. Pero no se trataba sólo de cubrir una historia.

Se había tratado de su matrimonio. Matt nunca la había amado como ella a él.

De lo contrario, no se habría negado a recibirla ni le hubiera

enviado aquel mensaje diciendo que no la necesitaba a su lado.

Por supuesto que le alegraba que hubiera escapado. ¿Qué mujer enamorada no lo estaría? Pero, ¿ir a buscarlo?

No podía hacerlo. Habían pasado dos años y medio desde que se separaron, y él no le dio ningún indicio de que quería que ella regresara. No aceptaba que catorce meses de cautiverio en el Medio Oriente le hubieran hecho cambiar de opinión. ¿Qué objeto tenía el buscarlo? No necesitaba que la rechazara otra vez.

Ahora, si él iba a verla…

No quería pensar en eso.

—¿De verdad te molesta ir? —el tío Harry la miró por encima de los lentes que usaba. Contempló a la delgada mujer que era su sobrina nieta, como si no tuviera más sesos que los que Dios le concede a un ganso.

Lesley inclinó la cabeza, consciente de lo que su tío pensaba, y se concentró en la camisa, no en él.

—¿Por qué revivir el pasado?

—Porque tal vez tengas un futuro —el tío hablaba con más esperanza que seguridad.

Ella negó con la cabeza, terminó con la camisa y la colgó en un gancho.

—Tal vez con Jacques —dijo para cambiar de conversación.

—¿Lo dices en serio? —Harry la miró como si de pronto se hubiera vuelto loca.

—¿Por qué no? Jacques Dubois es un hombre maravilloso, confiable y establecido. Quiere casarse conmigo.

—Es un pescador de langostas.

—¿Es eso un prejuicio o perjuicio? —Lesley sonrió.

—Sólo me preguntaba si serías feliz con un pescador de langostas —Harry parecía ofendido.

—¿Acaso Matt me hizo feliz? —la sonrisa de Lesley desapareció y su expresión se tornó seria al enfrentar la mirada del hombre mayor.

Ambos guardaron silencio. Por fin Harry la miró y se rascó su calva cabeza.

—Yo así lo pensé. ¿No lo hizo?—preguntó, ansioso—. Al menos por un tiempo, parecía que te traía de cabeza. Por la manera en que ustedes se comportaban durante las primeras semanas… —sonrió ante los recuerdos con una chispa en los ojos—. Era como si un cuento de hadas se hubiese vuelto realidad.

Lesley no se dejó llevar por los recuerdos. Eran muy dolorosos. Se retiró del rostro algunos cabellos castaños y tomó otra camisa para plancharla.

—¿Como la Cenicienta y el príncipe?

—Exactamente.

—Sí, aunque por desgracia el reloj esperó hasta que nos casamos para marcar la media noche.

El tío Harry miró a su sobrina con tristeza. Los ojos de color café reflejaban un intenso sufrimiento. Negó con la cabeza.

—Ah, querida mía —murmuró.

Luego volvió a ver el periódico que tenía en la mano, donde en primera plana aparecía el reportaje acerca del corresponsal extranjero secuestrado, Matthew Colter, quien ahora regresaba como un héroe.

—Un héroe debe tener una esposa que lo espera en el hogar —señaló con firmeza.

—No ésta —respondió Lesley y extendió la manga de otra camisa sobre el burro de planchar.

Una vez, hacía mucho tiempo, dejó que su corazón la gobernara en lo que a Matt Colter se refería. Ya no era tan boba. Si él volvía con ella y las cosas de verdad habían cambiado… Pero no tenía intención de buscarlo.

Los habitantes de Day's Harbor, en Maine, donde Lesley Colter vivía y trabajaba, recordaron muy pronto quién era su esposo. Dondequiera que fuese las siguientes dos semanas, la gente le preguntaba si Matt se había comunicado con ella.

No era así.

Claro que no lo esperaba, respondía a todos con una sonrisa que trataba de cubrir el agudo dolor que la taladraba. Él no tenía una obligación real con ella, aunque no estaban divorciados.

De cualquier modo, sabía por experiencia que Matt primero consideraba "el cuadro general". La manera en que las cosas afectaban a los individuos, no le interesaba. Dudaba que a él se le ocurriera que su desaparición y cautiverio la hubieran afectado. Pensaba que leer en los periódicos que había escapado, aunque herido, le era suficiente.

Y lo era, se decía al ver pasar el tiempo sin recibir noticias de él.

La escapatoria de Matt, sin embargo, no fue un asunto pasajero como Lesley esperaba. Aunque no habló con él directamente, parecía incapaz de ahuyentarlo.

Estaba en las páginas principales de todos los periódicos, era el personaje favorito de los noticiarios y las portadas de *People, Tune, Newsweek,* y hasta del *Rolling Stone*.

Lesley se decía que tarde o temprano la curiosidad del mundo se centraría en otros tópicos, pero estaba equivocada. El mundo, cansado de las guerras y hastiado de la creciente erosión de la seguridad pública en manos de los terroristas, estaba encantado de tener un nuevo héroe y se negaba a dejarlo escapar. Amaban a Matt Colter, aunque él parecía hacer poco por animar su entusiasmo.

Tal vez, pensaba Lesley, si él hubiese sido calvo como Hobart, sin barbilla como Luther, o mayor de sesenta como Griswald, los otros

tres hombres que escaparon gracias a su habilidad, lo habrían olvidado fácilmente. Pero los jóvenes, apuestos y delgados que arriesgaban su vida tratando de burlar terroristas, no aparecían muy seguido.

El mundo estaba encantado con Matt Colter y no se cansaba de él. Lesley casi se volvió loca. Hubiera sido agradable si él la hubiese llamado tan sólo para que pudiera decir a la gente que sí, que habían hablado y que no, que no volvería, que su intención siempre había sido divorciarse y que ahora lo harían.

Él no la llamó y Lesley vagaba en el limbo hasta que un día su madre la sacó de él.

Madge Fuller había pasado toda la vida de un lado a otro, arrastrada por los vientos del destino y las idas y venidas de su marido, Jack. Era un ejemplo exacto del tipo de mujer que Lesley no quería ser. Así que fue una sorpresa cuando Madge se sentó frente a ella, echó una mirada al rostro pálido, delgado de Lesley, y le dijo que era exactamente como ella.

Lesley salió de su contemplación del cesto de la ropa sucia para mirar la cara de su madre.

—¿A qué te refieres?

—Lo extrañas terriblemente. No puedes vivir sin él.

—Yo…

—Como yo extrañaba a Jack.

—Yo…

—Yo esperaba y esperaba, como lo haces tú —continuó su madre con una mirada triste y soñadora que puso nerviosa a Lesley—. Siempre fue así. Luego, él regresaba a casa y…

—Se volvía a ir —concluyó Lesley—. No es lo mismo, mamá.

—Claro que lo es —replicó Madge, negando con la cabeza—; así es nuestra vida.

"Nunca hacemos un movimiento propio", pensó Lesley. Movió la cabeza, negándose a aceptarlo. Siempre había odiado esa falta de iniciativa que había visto en su madre, el no poder hacerse cargo de su propio destino, no poder hacer algo útil. ¿Era eso lo que Madge veía en ella? ¡Buen Dios! Como diría el tío Harry.

Madge se fue media hora más tarde, pero sus palabras persiguieron a Lesley.

¿Acaso se iba a quedar en aquel mundo para siempre, como lo había hecho su madre, sólo porque Matt no la había llamado? ¿Acaso no era capaz de tomar en sus manos el control de su vida y hacer algo con ella?

¡Por supuesto que lo era!

Estaba segura de que él no se encontraba sentado, jugando con sus pulgares, esperándola. Probablemente estaba a medio camino de

Afganistán. Ya era tiempo, se dijo, de que ella tomara la iniciativa.

Jacques estuvo de acuerdo.

Él estaba sentado en la cocina aquella lluviosa mañana de sábado de mayo, escuchando a Lesley contarle sobre lo que Madge había dicho el día anterior. Estaban solos, los niños se habían ido a visitar a unos amigos y Harry había ido al dentista.

Lesley amasaba la pasta para rollos de canela, poniendo en ello toda su energía, toda la agresividad que no pudo liberar con su madre. Cuando finalmente terminó, Jacques asintió con la cabeza y le dijo:

—Vamos a casarnos.

—Bueno, yo…

—Está de vuelta y a salvo, ¿no es así?

—Sí.

—No te sentías bien al divorciarte de un hombre en su situación, ¿no es verdad?

—le lanzó una mirada inquisitiva.

—Sí.

—Bueno… su situación ya cambió. Y ahora dices que quieres cambiar la tuya.

Así que… —Jacques abrió los brazos y le lanzó una mirada llena de esperanza que iluminó su hermoso rostro gálico.

—Así que… —Lesley encogió los hombros y apretó la pasta entre sus dedos.

¿Así que, qué?, se preguntó. ¿Qué era lo que esperaba?

¿Una llamada telefónica? No iba a recibirla. Sus sueños de que Matt llegara hasta su puerta, arrepentido y amoroso, eran sólo eso, sueños.

¿Qué era lo que esperaba?

¿Acaso la bendición de Matt Colter? Tal vez él ya había olvidado incluso que estaba viva. Jacques tenía razón: había pospuesto el divorcio demasiado tiempo.

Estaría mucho mejor con Jacques. Él la amaba… la había amado durante años.

Era un hombre fuerte y tranquilo, del que podía depender, como el claro y firme rayo de luz de un faro en medio del mar tormentoso. A su manera, Lesley también lo amaba. Nunca sería con la pasión e intensidad con la que quiso a Matt, pero eso,

¿qué importaba? ¿Acaso lo único importante eran los relámpagos y tormentas del mar? No para una mujer que había sido lanzada contra la playa rocosa.

¿Divorciarse de Matt? Sí. Pero eso era enterrar algo que desde hacía mucho estaba muerto, aunque ella no hubiese querido admitirlo. Necesitaba más, hacer algo positivo.

Miró con fijeza a Jacques y descubrió que él la observaba muy

serio. No era la primera vez que le ofrecía matrimonio. Tampoco era la primera que ella consideraba la posibilidad de aceptar. Sin embargo, sí fue la primera vez que logró poner en su rostro una trémula sonrisa y decir, con voz ligeramente ronca, que sí.

Jacques, quien contuvo el aliento durante toda su deliberación, lo dejó escapar de golpe, la tomó entre sus brazos y le dio vueltas por toda la cocina.

—Gracias a Dios —murmuró enterrando su rostro en el cabello castaño—. ¡Por fin! Casi no lo creo —la volvió a poner en el suelo, cerró los ojos y la besó en los labios.

Escucharon la puerta, atrás de ellos.

—¡Felicítame, Harry! —exclamó Jacques, feliz—. Me voy a casar.

—Pero no con mi esposa —respondió una voz de barítono, y Lesley tuvo que sostenerse de la mesa, para no caer.

—¡Matt!

—¿Colter? —murió la alegría en la voz de Jacques.

Ambos se miraron y el hombre delgado y moreno que se sostenía de la puerta con una mano y llevaba una maleta en la otra le lanzó una amarga sonrisa y asintió.

—Para servirle —se volvió hacia Lesley y la miró—. ¿Te divorciaste de mí?

—No… no exactamente —se pasó la lengua sobre los labios resecos, preguntándose qué hacía él allí después de tanto tiempo, cómo entró y por qué había regresado y la miraba con furia—. Aún no.

—No, punto —dijo Matt, mirándola con sus brillantes ojos oscuros.

—¿A qué te refieres? —su actitud hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Lesley.

—Quiero decir que eres mi esposa, y lo seguirás siendo. No vas a casarte con otro.

¿Cómo podía llegar sin anunciarse y hacerse ese tipo de aseveraciones?

—¿Así nada más? —preguntó ella a la defensiva.

—Así nada más.

—¿Quién dice?

—Yo.

—¿Después de estos años?

—Sí.

Ella lo contempló, furiosa. ¿En dónde estaba el hombre con el que había soñado, el que la tomaría en sus brazos y le murmuraría cuánto la había extrañado y le suplicaría que lo aceptara de nuevo?

—Tú fuiste el que me abandonó —le recordó ella sin molestarse en refrescarle la memoria acerca de la vez que se había negado a verla.

—Y ahora he vuelto —respondió metiendo las manos en los

bolsillos y meciéndose sobre sus talones.

—¿Así nada más? —aún no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Acaso tenía que hacer una cita?

—Estoy… sorprendida, eso es todo. ¿Cuánto tiempo te quedarás?

—Para siempre —respondió confundiéndola. Luego, levantando una vez más su maleta, entró cojeando y se dirigió a la sala. La puerta que la separaba de la cocina se cerró de golpe frente a la boquiabierta Lesley.

Durante unos momentos no pudo hablar y apenas podía respirar. Entonces, Jacques puso una mano sobre su brazo y volvió a Lesley para que lo mirara.

—Él no puede… tú no… —miles de temores aparecieron en su rostro.

—¿No caeré de nuevo entre sus brazos? ¿Estás bromeando? —sus manos temblaban. Las metió en los bolsillos del pantalón. Sentía como si el suelo de la cocina se moviera bajo sus pies.

Esto no podía sucederle a ella, se repetía una y otra vez. No podía ser. Pero de la sala le llegó el sonido de los resortes del sofá que crujieron cuando Matt se sentó.

—¿Para siempre? —murmuró Jacques—. ¿Fue eso lo que dijo?

—Así es.

—Pero…

—Pero yo no lo creo —replicó ella con una amarga sonrisa.

—¿Por qué regreso, entonces?

—Para volverme loca… no lo sé —Lesley se paseaba por la cocina como un tigre con dolor dé muelas—. Tal vez recordó que estoy viva. Tal vez alguien se lo recordó. Tal vez —dijo con una breve carcajada —, escuchó acerca de Teddy y Rita.

—Me había olvidado de eso —Jacques frunció el ceño—. ¿De verdad no lo sabe?

—No, a menos que alguien se lo haya dicho. Y no es posible eso.

Jacques negó con la cabeza, sonriendo ante las revelaciones que le esperaban a Matt Colter.

—Me gustaría ver su cara.

—Pues no lo harás —dijo Lesley, aunque ella sí tendría que hacerlo, cuando llegara el momento. Se frotó las manos en los costados de su pantalón—; en cambio, yo sí, y cuanto antes, mejor, eso creo. Yo… voy a… regresar y hablar con él a solas.

—¿Estás segura?

No lo estaba, mas dijo que sí. Matt había dirigido a Jacques miradas asesinas y no quería que se suscitara algún percance.

—No me gusta —dijo Jacques.

—Tampoco a mí, pero es necesario —confesó ella poniéndole una mano sobre el hombro, tratando de consolarlo, si bien ella necesitaba

tanto apoyo como él.

—Ni siquiera llamó a la puerta —se quejó Jacques.

No llamar era, precisamente, el estilo de Matt. Él entraba, y salía, a su gusto. Su comportamiento, pensó Lesley, era una buena muestra de que no había cambiado.

—Te llamaré después —le aseguró a Jacques.

—¿De verdad?

Lesley se acercó y le dio un beso en la mejilla, lo que lo hizo sonreír.

—Lo prometo —respondió ella, lo ayudó a ponerse la chaqueta y lo acompañó a la puerta.

Luego, después de limpiarse las manos en el trapo que tenía listo para poner sobre la masa que aún no terminaba de preparar, tomó aliento, levantó la barbilla y caminó decidida hacia la sala.

Matt estaba tendido en el sofá, y desde allí la miraba.

—"Te llamaré después, lo prometo" —se burló de ella, imitando su voz.

—¿Ahora escuchas detrás de las puertas? —preguntó Lesley levantando las cejas.

—Te enteras de las cosas más interesantes, si lo haces. Proposiciones de matrimonio, promesas —casi escupía las palabras.

—Cuando menos yo mantendré la mía —replicó ella—. De cualquier modo, ¿a ti qué te importa?

—¡Eres mi esposa!

—Sólo de nombre.

—Un buen principio.

—No sé qué haces aquí —ella se mantuvo firme.

—Vine por ti.

—¿Ahora? —su incredulidad se reflejó en esa única palabra.

—¿Qué quieres decir? —él frunció el ceño.

—Has estado libre durante dos semanas.

—He estado "libre", como tú dices, menos de veinticuatro horas. Dejé a Assad y a aquellos desgraciados hace días, pero eso no significa que gozara de plena libertad después que escapé. Me hirieron, ¡por el amor de Dios! Estuve en el hospital en Alemania después que me sacaron de allí —le lanzó una rápida mirada a su pierna

—. Además tuve que hacer una declaración.

—No perteneces a la CÍA.

—Eso no importa. Cuando el gobierno quiere hablar contigo, tú no dices perdón, lo siento, preferiría negarme —suspiró y se pasó una mano por el cabello—.

Había muchas cosas que hacer. El periódico quería que elaborara algunos artículos mientras estaba comprometido con el gobierno…

—Y por supuesto, accediste.

—Para acabar con todo y regresar aquí, contigo.

—Existen teléfonos —arguyó, aunque una pequeña parte de su ser ansiaba creerle—. Pudiste llamar —lo miró retadora.

—No, no podía —Matt la vio a los ojos con tranquilidad.

—¿Por qué?

—Tenía que verte.

—¿Por qué?

—¿Por qué no fuiste a buscarme? —preguntó a su vez.

Ella lo miró, confundida, no podía creer tal desfachatez.

—¿Lo ves? —dijo él y extendió los brazos—. No es una pregunta sencilla.

Ella no iba a darle la verdadera respuesta. Tratando de guardar la compostura, respondió:

—Está bien, aquí estás. ¿Y ahora, qué?

—Exactamente lo que dije —Lesley negó con la cabeza, confundida —. Es simple —dobló los brazos y los puso detrás de la cabeza, sonriéndole, mas al hablar lo hizo con dureza—. Me quedo.

Capítulo 2

No lo haría, de eso estaba segura. Había regresado a trastornar su vida, haciéndola concebir esperanzas. Y luego se iría, defraudándola. Había pasado muchas veces. Debió darse cuenta de cómo sería la vida con él, antes de casarse, pero en aquel tiempo no podía ver más allá de sus oscuros ojos, sus sonrisas, besos y la manera en que le hacía el amor.

Antes que la luna de miel terminara, tuvo el primer indicio de que nada sería como lo planeó. El tío Harry les había prestado su cabaña en Mount Desert Island para la primera semana de su viaje de bodas. Y luego, cuatro días después de haber llegado, apareció Becca Walsh, la bella colega de Matt de la revista *Worldview*.

—El infierno se ha desatado en Beirut —le dijo casi sin mirar a Lesley—.

Carlisle quiere que vayas allá.

Lesley pensó que Matt le diría a Becca que Carlisle podía irse al diablo, porque él estaba en su luna de miel; en cambio, preguntó qué avión debía tomar.

Desde entonces las cosas fueron cuesta abajo. Una palabra de *Worldview*, y su matrimonio pasaba a segundo término. Lesley soportó con estoicismo las primeras veces, sonriendo al despedirlo y recibiéndolo con postre de manzana y los brazos abiertos. Se repetía que él necesitaba tiempo para poner as cosas en perspectiva y organizar sus prioridades, de modo que su vida privada ocupase el primer lugar.

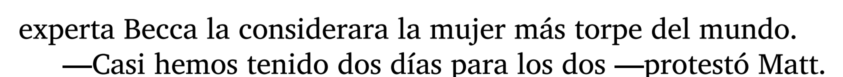
Pero el tiempo no causó el menor cambio, por el contrario provocó que Becca Walsh apareciera con más frecuencia, con su simpatía para Matt y su sonrisa condescendiente para Lesley. Dos años y medio más tarde, en Mount Desert Island, Lesley tuvo suficiente.

—Bali —dijo Becca con alegría poniendo bajo la nariz de Matt el pasaje de avión e ignorando a Lesley, quien estaba de pie en la entrada de la cocina del tío Harry, con la espalda rígida y los dientes apretados.

Matt se volvió hacia ella, aclarando la garganta y tratando de ofrecerle una disculpa, aunque Lesley pudo escuchar la emoción en su voz. Aquello le recordó la manera en que su padre hablaba antes de irse y dejar a su madre una y otra vez.

—Realmente tengo que ir, Les. Es importante —Matt atravesó el cuarto y la abrazó.

—¿Es más importante que nosotros? —ella se apartó—. Aseguraste que pasaríamos aquí el fin de semana. ¡Lo prometiste! Dos semanas en Bangkok, y luego vacaciones. Un tiempo para estar juntos. Sólo nosotros —lo miró con los ojos resplandecientes, sin importarle que la


experta Becca la considerara la mujer más torpe del mundo.

—Casi hemos tenido dos días para los dos —protestó Matt.

—Hemos tenido —replicó Lesley mirando su reloj— treinta y dos horas y veintisiete minutos.

—No planean los golpes de estado de acuerdo con mis necesidades. Voy a donde y cuando está el problema.

—Y al demonio con lo demás —replicó Lesley.

—Eso no es verdad.

—¿No?

—No.

—Entonces llévame contigo.

—¡Estoy hablando en serio!

—Yo también. Esta vez quiero ir contigo. Si no puedo estar aquí contigo, iré a donde tú vayas.

—De ningún modo —replicó él negando con la cabeza. Ella se le acercó y él la tomo por los brazos sacudiéndola.

—¿Por qué?

—Porque te matarían.

—Y pueden matarte a ti.

—No.

—Podría suceder.

—No sucederá —comenzó a meter cosas en un maletín.

—No puedes garantizarlo.

—Puedo garantizarlo si no vienes conmigo.

—¿A qué te refieres? —parpadeó ella sin comprender.

—Tú me distraerías… Estaría preocupado por ti.

—Pero…

—No. No me acompañarás y eso es definitivo.

—Entonces no vayas.

—Tengo que hacerlo.

—No, no tienes que hacerlo —él la miró y negó con la cabeza—. Quieres hacerlo

—lo acusó.

—Claro que quiero, es mi trabajo.

—Y es obvio que lo prefieres a mí.

—Me gusta.

—Entonces quédate con tu trabajo —le replicó desesperada y decidida a no ser el tapete de despedida, como lo era su madre—. Pero no puedes tener a ambos, Matt.

Ya estoy harta, no soy una esposa, sino un compás de espera. ¡No tenemos un matrimonio, sólo una estación de combustible sexual a la cual acudes cuando tu nivel de frustración es elevado!

Matt se sonrojó y le lanzó una mirada a la sonriente Becca.

—¡Lesley, por el amor de Dios!

—¡Pues así es! —le gritó ella tomando una sartén por el mango—. Y ya he tenido suficiente. Ve a que te maten, si eso es lo que deseas, pero no me prometas cosas que no cumplirás. Si te vas ahora, ¡no vuelvas!

—Vamos, Les —replicó él acercándose un paso hacia ella, para quitarle la sartén

—. Sólo está un poco perturbada —explicó a Becca como si Lesley fuera su hija y no su esposa.

—Eso veo —dijo Becca con tono frío y divertido.

Lesley se alejó de él, odiándolo por la tranquilidad con que tomaba las cosas, odiando a Becca por su profesionalismo, odiando el lío en que su matrimonio se había convertido.

—Lo digo en serio —replicó con toda la firmeza que pudo—. Ve si debes hacerlo, mas no quiero verte de nuevo hasta que estés dispuesto a cumplir las promesas que hiciste.

Sus miradas se encontraron en silencioso combate. Por fin, Matthew encogió los hombros.

—Sí así lo quieres —replicó con la tranquilidad de un hombre que va a comprar cigarrillos a la esquina. Dio media vuelta y salió.

Lesley se lanzó al sofá, llorando, detestando a Becca, a Matt y a sus propios progenitores. Pero más que a nadie, se odiaba a sí misma.

Varias semanas después, fue a verlo a su oficina. Había regresado al colegio en Nueva York, y esperaba que él hubiese cambiado de opinión y regresara a casa cuando terminara su misión en Bali. Le daría otra oportunidad. Tal vez había reaccionado mal al ver destruidos sus sueños y esperanzas. Encontró a Becca en la puerta de la oficina de Matt.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Becca.

Lesley dudó. La mujer no era una amiga cercana, cuando menos en lo que a ella se refería. Por el contrario, a veces envidaba el profesionalismo de la colega de Matt.

Pero Becca sabría dónde estaba su esposo. Y probablemente sabía por qué Lesley quería verlo, ya que había sido testigo de su última batalla.

—Estoy… buscando a Matt —aventuró Lesley.

—En este momento está en una conferencia con el señor Carlisle —le dijo Becca y señaló una oficina al otro lado del recibidor—. Me parece que ya casi terminan.

—Por favor, ¿puedes avisarle que estoy aquí?

—Volveré en un momento —Becca le brindó una radiante sonrisa y desapareció tras la puerta de la oficina de Carlisle.

Lesley esperó, ansiosa, en medio de una multitud de escritores y reporteros, todos preocupados por los últimos eventos que habían tenido lugar en los rincones más apartados del mundo, y que no

tomaban en cuenta a la joven que estaba frente a ellos. Pareció pasar toda una eternidad hasta que la puerta volvió a abrirse. Lesley tomó aliento, preparándose para comenzar el breve discurso que había ensayado para convencer a Matt de que debían hablar.

No logró decir ni una sola palabra, porque la que salió fue Becca y no Matt; se acercó a ella y la tomó del brazo.

—No sé cómo decírtelo —le dijo Becca pasándose la lengua por los rosados labios—. Él… no quiere… no quiere verte.

Lesley la miró, sorprendida.

—Le dije que estabas aquí y respondió que no lo molestara.

Lesley apretó los labios e intentó ocultar su dolor. Becca le dio un ligero apretón en el brazo, tratando de animarla. Lesley parpadeó con rapidez.

—Gracias por tratar.

—Pobre querida mía. ¿Puedo traerte algo? ¿Café? ¿Té? ¿Un brandy? Tenemos un poco con propósitos medicinales, creo —dirigió la mirada a un mueble próximo a ella.

—No. No, gracias. Yo… —Lesley negó con la cabeza y se frotó los párpados—.

Creo que me iré —sabía lo que Becca pensaba, y no deseaba la compasión de la otra mujer. Antes que Becca pudiese decir otra palabra, Lesley salió corriendo.

Bueno, nada lo habría puesto más claro, se dijo cuando caminaba de vuelta al hospital donde trabajaba medio tiempo, mientras terminaba su curso de enfermería.

Esa noche vio en la televisión que varios reporteros estadounidenses se dirigían a América Central para cubrir un intento de asesinato y un posible golpe de estado y supo que Matt había confirmado sus prioridades. Ella no se había equivocado. No lo había visto, excepto en fotografías, hasta ese día. Y, ahora que estaba allí, ¿qué iba a hacer con él? Incapaz de sostener la mirada curiosa de Matt, se refugió una vez más en la cocina. Extendió la mezcla de canela sobre la pasta y trató de encontrarle un sentido a los últimos acontecimientos para decidir qué hacer después.

—¿Escondiéndote? —una voz atrás de ella la hizo saltar.

—¡Claro que no!

—Por la manera en que saliste de la sala… Qué lástima que volverme a ver sea una experiencia tan dolorosa para ti —añadió con una mueca.

—No es… dolorosa —mintió Lesley. No del modo en que él lo creía, cuando menos—. Estaba… estaba terminando lo que comencé —señaló la masa ya lista.

Él la miró un momento y ella se preguntó en qué pensaba. Luego Matt comenzó a curiosear por la cocina, pasando la mano por la mesa,

mirando a través de la ventana hacia la bahía, mientras Lesley trabajaba y fingía que no le prestaba atención, por fin se apoyó contra la mesa.

—Me sorprende encontrarte aquí.

—Dijiste que venías a buscarme —replicó Lesley y parpadeó.

—Es que no sabía a dónde ir. Supuse que Harry podría informarme sobre tu paradero. Debí imaginar que estarías aquí. Es como una máquina del tiempo. Todo está igual que antes, exactamente como lo recuerdo. Tú, este lugar…

—No —Lesley negó con la cabeza.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó con el ceño fruncido—. Estabas con Harry y Leila cuando te conocí. Sigues con Harry y con Leila ahora.

—Sólo con Harry.

—¿Qué? —Matt levantó la cabeza.

—Que sólo estoy con Harry. Leila murió hace un año.

—No lo sabía —explicó, asombrado. De repente su rostro se tornó más pálido que antes—. Nadie me lo dijo. ¿Qué sucedió?

—Neumonía. Su corazón no había estado muy bien el ultimo año. La última crisis fue fulminante. ¿Acaso nadie pudo informarte?

—¿Por qué tú no lo hiciste? —preguntó con amargura. Luego, como si decidiera que no era justo, añadió—: No lo sé. Pobre Leila, ¡pobre Harry!

—Sí.

—Cuando menos tuvieron un buen matrimonio —dijo después de caminar un rato por la cocina.

—Así fue. Uno de los mejores —a ella le hubiese gustado que el suyo fuese así.

Ignoraba lo que Matt sentía. Pero su rostro reflejaba un dolor que la sorprendió.

No creyó que la noticia lo afectara tanto. Harry había sido uno de sus amigos más queridos, un mentor que lo ayudó en sus primeros años de trabajo. Y Leila fue para él lo más cercano a una figura materna, por lo que el enterarse de la muerte de ésta fue un duro golpe.

—Caracoles —murmuró suavemente, ella se dio cuenta de que aún no asimilaba la información que le había dado. Durante mucho tiempo permaneció silencioso, mirando por la ventana, absorto en sus pensamientos.

Lesley limpió la cocina, hizo una lista de los víveres que necesitaba, sacó la vajilla de la lavadora de platos, mientras contemplaba al hombre que estaba a míos cuantos metros de ella, pero sin saber qué decir.

Por fin, Matt preguntó:

—¿Tienes un poco de café?

Lesley asintió con la cabeza.

—¿Me podrías dar una taza?

—Claro que sí —dijo feliz de ocuparse en algo, y le sirvió una taza con lo que quedó del café que preparó esa mañana—. Haré un poco más —ofreció—, éste puede estar muy fuerte.

—No importa. Estará bien —replicó negando con la cabeza—. Será muchísimo mejor que lo que he tomado últimamente.

—¿Fue tan malo?

—Bastante malo —él se sentó a la mesa. Una vez más, Lesley notó que cojeaba y que extendía la pierna derecha al sentarse. Le añadió un poco de leche al café y se lo llevó.

—El periódico dijo que te habían herido. ¿Qué tan serio fue? —le preguntó mientras con la vista recorría el área del muslo donde los pantalones se ajustaban encima de varias capas del vendaje.

—Sobreviviré —respondió, encogió los hombros y tomó café.

Parecía una escena cotidiana: la esposa sirviendo el café, el esposo bebiéndolo, los dos sentados juntos en un agradable silencio. Lesley lo miró y pensó que estaban muy lejos de llenar ese papel.

Era la primera vez que lo analizaba con cuidado desde que llegó. Aquellos últimos dos años y medio lo habían envejecido considerablemente y parecía de más de sus treinta y cuatro años.

—Gracias —dijo Matt con gravedad y regresó la taza vacía.

Parecía haber perdido el deseo de pelear. Ella ya no pudo encontrar más enojo en sus ojos, sólo cansancio y cierto tipo de tristeza que la hizo sentir mal. Aquello le revelaba más que cualquier otra cosa que él hubiese podido contarle, y la historia no era muy alegre.

—¿Puedo… puedo darte algo más? —Lesley retorció un trapo entre sus dedos, por la necesidad de hacer algo—. ¿Tienes hambre?

—Creo que podría comer algo.

—¿Cuándo fue la última vez que lo hiciste?

—No lo recuerdo. Creo que anoche. Becca me dio pollo frito o…

—¿Becca? —Lesley sintió que el corazón se le detuvo—. ¿Becca Walsh?

¿Estuviste en casa de ella? —trataba con poco éxito de que no se notaran los celos.

—Desde que salí del hospital me quedé allí.

—Pero…

—Los hoteles no son muy buenos cuando estás convaleciente. Se supone que alguien debe acompañarte —le informó de manera razonable.

—Pero… —Lesley no se sentía razonable.

—Y como tú no estabas allí… —Matt hizo una mueca, levantó la

barbilla y el fuego regresó a sus ojos.

—¿De verdad esperabas que estuviese allí? ¿Después de lo que sucedió entre nosotros? ¿Después de lo que hiciste?

—Sólo digamos qué esperaba que así fuera, considerando las circunstancias.

Supongo que era demasiado esperar —logró dibujar una amarga sonrisa—. Debí anticipar que estabas ocupada aquí. Ya se me quitó el apetito. Muchas gracias —dijo y salió cojeando de la habitación, sin mirar atrás.

Lesley lo contempló, con la rabia y el dolor peleando en su interior por el primer lugar. ¡El hombre era increíble! La amplia gama de emociones que le despertó en tan breve espacio de tiempo, era mayor que la que cualquiera le hubiese despertado en su vida. Acababa de pasar unos días en compañía de Becca Walsh, y tuvo la audacia de sugerir que lo hizo sólo porque Lesley no se presentó para cuidarlo cuando salió del hospital. ¡Como si fuera su culpa! ¡Como si no hubiese dejado perfectamente claro que no quería verla de nuevo!

Golpeó con el puño la mesa, haciendo saltar el tostador. Luego recogió la taza sucia y jugó con la idea de estrellarla contra la puerta por la que Matt había salido.

En vez de eso se puso el impermeable y salió. Un paseo bajo la lluvia haría mucho más por su paz mental que romper la vajilla completa. De cualquier modo, no resolvería su problema.

Matt regresó, pero sus sueños no se hicieron realidad. Por el contrario, no estaba segura de si la pesadilla apenas había empezado. Sin importar lo que su presencia significara, las cosas no serían como antes.

Cuando ella volvió una hora más tarde, encontró a Matt esperándola contra la puerta.

—¿En dónde has estado? —preguntó con rudeza.

—Salí a caminar —le contestó Lesley, desconcertada. Pasó a su lado, procurando no tocarlo, se quitó el impermeable y lo colgó en uno de los ganchos, atrás de la puerta.

—Pensé que te habías escapado —le dijo con voz ronca.

—¿Escaparme? Yo vivo aquí —replicó sorprendida.

—Eso no significa… —su voz se cortó. Se pasó la mano por la nuca, masajeando sus músculos—. No me avisaste —la acusó.

—¿No es eso un poco extraño, viniendo de un hombre que acostumbra entrar y salir de mi vida?

—Tú no acabas de regresar del infierno, ¡por el amor de Dios!

—No —admitió al percatarse de repente de que él de verdad estaba preocupado—. Salí a caminar —reiteró—, necesitaba pensar y no creí que te importara. ¿O sí? ¿Acaso hubiera habido alguna diferencia?

—En lo absoluto —replicó, sarcástico.

—Entonces…

—Nada —replicó él, siguiéndola al interior de la cocina—. Tengo varios mensajes telefónicos para ti, y casi todos carecen de sentido.

—¿Quién llamó? —Lesley se paró detrás de una silla.

—La recepcionista del consultorio dental. El tío Harry le pidió que te avisara que iba a quedarse a jugar damas en la casa de Bert Daley —recitó—. Esa no fue muy sorprendente. Luego llamó alguien de la Liga Regional de Enfermeras, para tratar lo referente al viaje a Boston el mes entrante acerca del destino de los niños maltratados

—la miró con curiosidad.

—Sí, gracias —Lesley asintió, tomó el calendario y lo anotó—. Le dije que yo llamaría.

—¿Ahora cuidas niños maltratados?

—Ahora cuido a todos los niños. Trabajo con la escuela del distrito.

Cuando se casaron y vivían en Nueva York, ella estaba a punto de terminar sus estudios de enfermería y trabajaba en el consultorio de un dermatólogo, donde sólo hacía labores rutinarias. Fue en Colombia donde profundizó con sus pacientes.

Cuando se trataba de objetividad, estaba perdida. Especializarse en niños resultó ideal para ella. Podía preocuparse por ellos sin sentirse mal.

—Oh —a Matt le tomó un momento digerir la información.

—¿Eso fue todo?

—No —negó con la cabeza—. Hace apenas un momento llamaron dos niños. La primera dijo que se llamaba Rita. Quería que te avisara que está en casa de Patsy y Nº Paginas 19-119

que volverá a casa a las cinco —encogió los hombros como si diera un mensaje en una lengua extraña—. Como diez minutos después, llamó un niño… —se quedó pensando—. ¿Tommy? ¿Terry?

—Teddy.

—Sí, Teddy. Me pidió que te dijera que estaba en casa de Jeremy y que tendría que pedir que lo trajeran —Matt la miró, perplejo.

—¿Eso fue todo?

—Todos los recados telefónicos.

—Gracias —se volvió hacia la bandeja con los rollos de canela, que ya estaba lista para meterse en el horno.

—Lesley —Matt puso una mano sobre su brazo, deteniéndola—, ¿quiénes demonios son Rita y Teddy?

—Mis niños —contestó ella con un suspiro.

Capítulo 3

—¡Tus… niños! —inquirió Matt, estupefacto.

Lesley se soltó, tomó la bandeja y la mantuvo como una barrera entre ambos.

—Así es.

Él la miró un momento como si sus palabras lo hubieran dejado sin aire. Luego se enderezó y le preguntó:

—¿Qué está pasando aquí? ¿Qué niños?

Lesley puso los rollos en el horno antes de dar media vuelta para responder.

Cuando lo hizo, levantó la barbilla, desafiante, y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Los adopté.

—¿Los adoptaste?

Matt la miraba como si hablara con un marciano. A Lesley no le asombró.

Estaba segura de que los niños eran lo más alejado de su mente. Aun cuando su matrimonio había estado en buenos términos, los hijos nunca aparecieron en la agenda de Matt Colter. Ella lo descubrió muy pronto.

—Teddy tiene diez años y Rita siete —él seguía callado, mirándola, y ella creyó ver un brillo en sus ojos—. Son de Colombia —dijo con determinación.

—¿De Colombia?

Ella asintió. Cuando menos, ahora le respondía.

—Quedaron huérfanos durante el terremoto que ocurrió cerca de San Fabio.

—Fue bastante serio.

—Sí, fue terrible —los recuerdos aun la estremecían.

—¿Estuviste allí? —preguntó Matt parpadeando, sorprendido.

—Sí.

—Por el amor de Dios, ¡Lesley! ¿Qué diablos hacías allí?

—Cuidaba niños.

Él la miró como si le acabara de decir que se prostituía en las esquinas.

—Trabajabas para el doctor Conlon.

—Renuncié.

—¿Cuándo? —se metió las manos en los bolsillos del pantalón y se inclinó para mirarla mejor.

—Una semana después que… —no tenía que terminar la frase. Él lo sabía.

—¿Tan sólo renunciaste?

—¿Y por qué no? ¿Qué había para mí en ese lugar?

—Vivías allí…

—Corrección: Acampábamos allí.

Habían tenido una casa adorable en una de las avenidas de moda del pueblo, exactamente del tipo que le gustaría a un corresponsal extranjero que llegaba y salía con frecuencia. Pertenecía a los padres de Matt, quienes la cedieron a su hijo, poco después de la boda.

A Lesley le hubiera gustado regresar si hubiese tenido a alguien con quien compartir ese hogar. Pero como sucedieron las cosas, aún había regalos de bodas sin abrir cuando Matt se fue por primera vez. Y se llenaron de polvo mientras Lesley dormía en aquella solitaria cama y se cocinaba para sí mientras Matt vagaba por el mundo.

—¿De modo que te fuiste a Colombia?

—Primero regresé aquí. Luego solicité entrar en un programa para el cuidado de niños en otros países. Me dieron mi asignación y fui.

—¿Y enviaron a una chica sola a un área de desastre? —la miró con la furia reflejada en los ojos.

—Me enviaron como enfermera calificada, a un poblado rural, para cuidar a las futuras madres y a los niños. Sólo que sucedió que yo estaba allí cuando el temblor.

—¡Demonios! —Matt pasó saliva y su rostro se tornó pálido. Se humedeció los labios resecos con la lengua y suspiró—. ¿Te lastimaste?

—Sólo tuve unos rasguños —Lesley le dirigió una sonrisa triste—. Parezco tan indestructible como tú.

—Así que… ¿Qué sucedió?

—Hice más que cuidar a las futuras madres y a los nenes. Finalmente me convertí yo misma en madre. La mamá de Teddy y de Rita era una de las mujeres del pueblo que me ayudaban. Compartía su casa conmigo y me hizo sentir a gusto en el lugar. Su esposo había muerto cuando Rita era un bebé. Tan sólo eran Manuela y su mamá, Rita y Teddy (entonces su nombre era Teo). Rita y Teddy estaban en la escuela la mañana del temblor, yo, en la clínica. Manuela y su madre se encontraban… en casa —se detuvo, pasó saliva y se obligó a continuar—. Fueron aplastadas por el derrumbe —Matt cerró los ojos —. Teddy, Rita y yo nos unimos después de eso. Estuve allí durante ocho meses, y en ese tiempo nos convertimos en una familia. Cuando regresé, no tenía ninguna duda: ellos volvieron conmigo.

Levantó la barbilla, esperando que criticara lo que había hecho.

—Lo entiendo —replicó él simplemente, y Lesley, quien había esperado un sermón, quedó paralizada.

—Bueno, sí… no podía hacer más —dijo por fin—. Me necesitaban con desesperación y yo a ellos. A veces era difícil decir quién estaba peor, sí los muertos o los sobrevivientes.

—Sé a lo que te refieres —miró por la ventana hacia la bahía. El

viento estrellaba las gotas de lluvia contra el cristal. Lesley lo escuchó repetir—. Sé exactamente a lo que te refieres.

Ella se preguntó a qué había sobrevivido él. Quería preguntarle, pero la mirada de dolor de Matt la obligó a no hacerlo. Ese era un Matt al que nunca había conocido y no sabía cómo manejarlo. Por fin, le dijo:

—Estoy segura de que nada se compara con lo que tú pasaste.

—Me las arreglé —respondió. Sacó una cajetilla de cigarros y encendió uno.

—Pensé que los habías dejado y que estabas convencido de que te matarían.

—A veces creo que no sería tan mala idea que lo hicieran —respondió antes de soplar al fósforo.

—¡No lo dices en serio!

—No, tal vez tienes razón. De otro modo, no me habría tomado la molestia de escapar, ¿verdad? —en ese momento no parecía muy complacido por haberlo logrado. Contempló el cigarrillo en su mano y luego lo arrojó furioso a la basura—.

Bueno, cuéntame acerca de los niños.

Lesley lo miró, cansada. Aquél no era el tipo de preguntas que Matt le haría normalmente. Cuando ella le había sugerido que iniciaran una familia meses después de su boda, Matt la miró y le respondió que de ningún modo, que no quería hijos.

Suponía que no había cambiado de opinión desde entonces.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo los trajiste acá?

—En avión.

—Eso supuse. Me refiero, ¿cómo manejaste la cinta roja? —miró al cielo—. Sé lo suficiente acerca de la adopción internacional y no es fácil.

—No, no lo fue —estuvo de acuerdo ella. Comenzó a lavar los platos—. Pero era una situación de emergencia; además, no iban a un orfanato, sino con una familia.

—¿Con una familia?

—Bueno —Lesley dudó—, iban conmigo.

—¿Acaso ahora permiten que los padres solteros adopten niños?

No respondió. Los trastos empezaron a hacer más ruido en el fregadero. Su silencio fue suficiente respuesta.

—No dijiste que estábamos separados —la acusó Matt.

—No, no lo hice. No había razón para ello pues podía mantenerlos. Además, no iba a pedirte favores.

—Pero usaste mi nombre.

—¡Eras mi esposo legal!

—Aún lo soy —le recordó.

—¿Por qué no habría de hacerlo? Estoy segura de que tú has disfrutado la conveniencia de tener una esposa legal, pero ausente.

—¿Qué demonios significa eso? —preguntó, acercándose a ella.

—Significa que tengo la certeza que te fue muy útil el decir que estabas casado cuando una mujer comenzaba a causarte problemas.

—Estás segura, ¿verdad? —él prácticamente se colocó sobre ella—. ¿Alguna vez te pusiste a pensar cuántas "mujeres" he tenido la ocasión de conocer durante los últimos catorce meses, ya no digamos relacionarme con ellas?

—Pero antes —insistió Lesley y dio un paso atrás—, trajiste a Becca Walsh tú mismo.

Matt dijo una mala palabra.

—No pongas esa cara —replicó al ver que Lesley abría mucho los ojos—. ¿Qué demonios quieres que diga cuando me acusas de adulterio? ¡Tal vez yo deba hacerte la misma acusación!

—¿Cómo te atreves?

—Te diré cómo. Regreso a mi casa y escucho que aceptas una proposición matrimonial. Recuerdo muy bien que visitabas mi cama antes de casarnos, corazón.

¿Qué debo pensar?

—¡Eso fue diferente! —las mejillas de Lesley enrojecieron.

—¿Lo fue? Me alegra escucharlo.

—No es eso lo que yo quería… ¡Olvídalo! —le gritó Lesley—. Sólo déjame sola.

Vete de aquí.

—No, no lo haré. Te dije que me quedaría.

—¿Para siempre? —se burló Lesley.

—Sí.

—Te olvidas —le recordó con las manos sobre las caderas—, que ahora tenemos hijos. Cuando menos yo los tengo. Si te quedas, también serán tuyos.

—Cuento con ello —asintió él confundiéndola. Dio media vuelta y salió de la habitación.

—¿Qué hay de nuevo? —el tío Harry entró en la cocina poco antes de las cinco, como siempre, y preguntó—: ¿Te sacaste la lotería hoy? Era una broma común entre ellos. Lesley pensó qué diría Harry si supiera que sacarse la lotería hubiese sido una sorpresa menor comparada con que se le hubieran declarado y Matt llegara en el momento en que ella decía que sí.

—No exactamente —respondió con una sonrisa.

—¿Cuál es el problema, amor? —preguntó él mientras colgaba su abrigo—. Te veo molesta.

—Él ha regresado —respondió Lesley sin preámbulos.

—¿Mmmm? —Harry parpadeó.

—Matt ha regresado.

—¿Regresar a dónde? ¿Aquí?

—Allí está —Lesley hizo una seña con la cabeza, indicando la sala.

—¡Que me condenen! —las cejas de Harry se arquearon como sombrillas y una sonrisa se extendió sobre su rostro—. ¿Cómo está?

—Como siempre —Lesley quiso añadir que seguía siendo un hombre rudo, arrogante, odioso e intolerable, mas no lo hizo.

—¿No está peor? —Harry no dejaba de sonreír.

—Yo no diría eso. Lo noto… agotado. Aún se está recuperando de su herida.

Hace unos minutos se quedó dormido en el sofá.

—Debí imaginarlo —afirmó Harry—. Creo que iré a ver si ya despertó. Tengo que hablar con ese condenado muchacho —se dirigió hacia la puerta de la sala, luego, como si se diera cuenta de repente, se volvió para mirar con preocupación a su sobrina nieta—. No pensé —se disculpó—, supongo que olvidé cómo estaban las cosas entre ustedes. Me refiero a… ¿cómo estás?

—Sobreviviré —respondió Lesley esperando que fuera verdad.

No se quedó a escudar la conversación de los varones. Llamó a la casa de Patsy y le dijo a Rita que pasaría a recogerla cuando fuese a buscar a Teddy. Tenía que hablar con los niños.

Sus discusiones con ellos en lo tocante a Matt habían sido mínimas. Sabían, por supuesto, que estaba casada con él, aunque vivían separados. También estaban

enterados del secuestro, y se emocionaron mucho cuando escapó. Teddy estaba maravillado por tener como padre a un héroe, aunque nunca lo hubiera visto.

—Estoy muy orgulloso de él —le había dicho una vez a Lesley con los ojos brillantes—, me pregunto si algún día él se sentirá orgulloso de mí. Porque me querrá, ¿verdad?

—Te querría mucho si supiera de ti —respondió entonces Lesley— pero probablemente nunca lo sepa, Teddy. Ahora que está libre, me dará el divorcio.

—No lo hagas —le pidió Teddy—, sigue casada con él.

—No creo que pueda hacerlo —respondió Lesley y cambió el tema, para no despertarle falsas esperanzas.

Cuando pasaron las semanas sin que su desconocido padre-héroe regresara, Teddy no lo mencionó más.

La llegada de Matt alteraría eso. Pero no quería que los niños se hicieran ilusiones vanas.

—Tengo algo que decirles —les anunció cuando ambos estuvieron en el automóvil—. Tenemos un… invitado.

—¿Quién? —preguntó Teddy.

—¿Santa Claus? —sugirió Rita. Su primera Navidad en Estados

Unidos la había emocionado tanto que Santa Claus se había convertido en su personaje favorito.

—No —Lesley sujetó con fuerza el volante—. Se trata de… Se trata de Matt.

—¿Matt? ¿Matt Colter? ¿Tu esposo? —Teddy la miró con los ojos oscuros muy abiertos.

Ella asintió.

—¿Nuestro papá? —Rita quiso saber.

—Bueno, no… sí, supongo que sí. En cierto modo.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —exclamó Teddy—. Se quedará, ¿no es así?

—Yo… no lo sé.

—¡Lo hará! —exclamó Teddy, confiado.

—No lo sé —replicó Lesley con más firmeza—, y tú no vas a tratar de persuadirlo.

—¿Qué es "persuadir"? —preguntó Teddy con el ceño fruncido. Su inglés, que había sido bastante malo hacia unos meses, mejoró con celeridad, pero aún requería de algunas explicaciones.

—Significa que no le dirás que quieres que se quede.

—¿Y por qué no? —Teddy estaba confuso.

—Sólo te pido que no lo hagas, ¿está bien? —ambos niños la miraron sin comprender—. No lo hagas —repitió Lesley, mirándolo.

—No veo por qué…

—No tienes que ver nada, simplemente no lo hagas —madre e hijo se miraron uno al otro un momento, y luego Teddy suspiró.

—¿Qué hay para cenar?

Fue lo bastante listo para cambiar el tema. Al llegar a la casa, Lesley insistió en que entraran juntos.

Matt y Harry estaban en la sala, charlando, cuando ella entró seguida de los niños. Teddy estaba junto a ella, pero Rita, repentinamente tímida, se quedó detrás.

Los hombres se volvieron a verla, y Matt se levantó con lentitud.

—Estos son… mis niños —dijo Lesley con voz ronca—. Él es Teddy —puso la mano sobre el hombro del chico y luego tomó la de Rita para acercarla—, ella es Rita.

Él es… —se volvió a ellos, pero no pudo decir "su padre". No hubiera podido hacerlo aunque su vida hubiera dependido de ello—. Él es Matt.

Teddy le tendió la mano. Por un momento Matt se quedó parado, y Lesley tuvo el horrible pensamiento de que iba a ignorarlo. Entonces, hizo algo que la sorprendió.

Ignoró la mano de Teddy para levantar al niño entre brazos y darle un enorme abrazo de oso.

Teddy se volvió a mirar a Lesley con los ojos muy abiertos, inquisidores. Luego.

Matt bajó al chico, se dirigió hacia Rita y le dio un abrazo igualmente cálido. Lesley los miraba, atónita.

—Me alegra que estés en casa —le dijo Teddy un poco rígido.

—También yo me alegro —respondió Matt, sonriendo.

—¿Te vas a quedar? —preguntó Rita.

—Es mejor que lo creas —le aseguró Matt.

—¡Magnífico! —Teddy dirigió a Lesley una mirada de triunfo—. Dinos lo que sucedió. ¿Cómo escapaste?

Lesley se quedó cerca de la puerta, deseando escuchar, pero Matt no parecía muy inclinado a satisfacer la curiosidad infantil.

—¿Por qué no me dicen lo que han hecho aquí?

Teddy miró a Matt un poco decepcionado, pero ante su insistencia, comenzó a relatarle las novedades del nuevo cohete de Robby, su mejor amigo.

Lesley escapó a la cocina. El comportamiento de Matt la había sorprendido. No esperó que recibiera de ese modo a Teddy y a Rita. Sintió que la garganta se le cerraba y que el corazón le dolía. ¿Qué significaba todo aquello? ¿En realidad se Nº Paginas 27-119

quedaría para siempre? Las cenizas de sus sueños y esperanzas se avivaron en su mente y corazón. Pero antes que pudieran arder, ella las apagó.

"Hace unas horas, dijiste que te casarías con Jacques", se recordó mientras preparaba la cena. "¿Acaso vas a cambiar de opinión?” No era una pregunta que quisiera analizar en ese momento.

Cuando fue a decirle a Teddy que era su turno de poner los cubiertos en la mesa, descubrió que el chico estaba sentado junto a Matt, sin dejar de verlo, y prestándole atención a cada palabra que Matt pronunciaba.

—Es hora de poner los platos —le dijo Lesley.

—¡Ah, mamá! Por favor… —gruñó Teddy—, está llegando a la parte interesante.

—Ve —dijo Matt—. Seguiremos más tarde.

Sin muchos ánimos. Teddy siguió a Lesley a la cocina.

—¿Qué te contaba? —le preguntó.

—De cuando estuvo en África —los ojos de Teddy brillaron—. Hubo un golpe de estado, tú sabes.

—Lo sé —respondió Lesley al recordar.

En aquel entonces creyó que él había muerto. Se suponía que iba a enviar historias a su periódico todos los días, pero desapareció por casi una semana. Resultó que había seguido a una tropa de la guerrilla a las colinas, para entrevistar a su comandante. Obtener la entrevista fue un éxito. Pero su desaparición había asustado mucho a Lesley.

—En realidad es valiente —le dijo Teddy mientras colocaba los platos—. Sabía que sería así.

Cuando finalmente se sentaron a cenar, la comida le pareció un poco irreal a Lesley. Tuvo que pellizcarse para creer que realmente sucedía… Que después de ese tiempo Matt estaba sentado frente a ella, sirviéndose puré de papa y pollo al horno, y tomando una segunda rebanada de pastel, mientras el tío Harry platicaba acerca del periódico semanal que editaba, Teddy hablaba sobre *base-ball* y Rita sobre la casa en el árbol que el papá de Patsy iba a construir a la niña.

Lesley no dijo una palabra. No quería hacerlo. Apenas podía comer, y cada vez que se volvía a ver a Matt, éste la observaba.

Recordaba otras comidas que habían compartido en tomo a esa mesa, cuando se conocieron. Y cuando él la miraba del modo en que lo estaba luciendo esa noche, en todo lo que podía pensar era en lo que esas otras comidas habían terminado, y los recuerdos la hacían sonrojar.

Por fortuna, entre Teddy y el tío Harry mantuvieron en marcha la conversación.

Después de la comida, Lesley se tomó su tiempo para lavar los platos y limpiar la mesa. Se sentía como una prisionera en su propia cocina. Pero si iba a la sala tendría que enfrentarse a Matt, y no podía hacerlo.

Escuchó el sonido de las voces varoniles, la de Rita y las preguntas de Teddy, y supo que no podía unírseles. Se preparó una taza de té, buscó un libro y se sentó a la mesa aparentando leer, hasta que llegó la hora de que los niños se fueran a la cama.

Lo hicieron, aunque sin muchas ganas, y sólo hasta que Matt les aseguró que estaría allí al día siguiente.

—También tú deberías acostarte —le dijo Harry cuando Lesley regresó después de arropar a los niños—. Te veo cansado.

—Lo estoy —admitió Matt. Miró a Lesley, expectante.

—Hay otra cama en el cuarto de Teddy, y ya puedes usarla.

—Así que de ese modo están las cosas, ¿verdad? —Matt la miró sonriendo.

—Te puse una toalla limpia.

—Estará perfecto.

—Gracias —su tono era sarcástico.

—Me voy a dormir —ella lo ignoró.

—Supuse que tú y Matt tendrían mucho de qué hablar —dijo el tío Harry negando con la cabeza en total desacuerdo con la actitud de su sobrina.

Y estaba en lo correcto. Pero no podría hacerlo esa noche pues sus sentimientos estaban demasiado confusos.

—Estoy segura de que Matt está cansado —replicó Lesley—. Y yo lo estoy.

Tendremos bastante tiempo para conversar.

—¿Conversar? —repitió el tío Harry con incredulidad.

Lesley no replicó, subió por la escalera como si todos los demonios del infierno la siguieran.

Eran las tres y veinte cuando Lesley despertó de un sueño inquieto. Por un momento no recordó por qué tenía tanto miedo. Luego todo regresó a su mente en una sola palabra: Matt.

Se dio vuelta tratando de no pensar en él. Pero estaba totalmente despierta y no podía evitarlo. Además vio la luz que entraba debajo de su puerta. Harry debió de haber dejado la luz de la escalera encendida, o aún no se acostaba.

La noche era el peor de los momentos para él, cuando más extrañaba a Leila. En varias ocasiones, desde la muerte de su esposa, Lesley se levantaba y lo encontraba sentado en un escalón, a veces en la luz, a veces en la oscuridad, recordándola.

La primera vez le había preguntado, preocupada, si todo estaba bien. Él sólo sonrió, con una mueca de dolor y angustia.

—Tan bien como es posible, querida. Sólo estaba pensando… recordando a Leila.

—Yo también la recuerdo —le aseguró Lesley. Y había preparado un par de tazas de chocolate, que tomaron juntos, recordando hasta que finalmente Harry se levantó y le puso una mano sobre el cabello.

—Gracias. Creo que ahora me iré a la cama.

Lo hizo y la siguiente vez que ella lo encontró allí, habían repetido la escena.

Volvería a hacerlo esa noche, decidió Lesley mientras abandonaba la cama y se ponía una bata. No le importaba recordar a Leila en ese momento. Sería mejor que permanecer en el lecho dando vueltas y pensando en Matt.

Pero Harry no estaba en su mecedora. Lo llamó con voz baja y no obtuvo respuesta. De seguro olvidó apagar la luz. Estaba a punto de hacerlo y regresar al dormitorio cuando escuchó un sonido en el porche. Curiosa, se dirigió a investigar.

—¿Harry? —sacó la cabeza por la puerta y miró en la oscuridad.

Por un momento todo permaneció en silencio. Luego, alguien le respondió:

—No. Soy Matt.

A Lesley se le secó la boca. Se quedó inmóvil, insegura. Pero por fin la preocupación se impuso a la cobardía, se cerró un poco más la bata, salió y le preguntó:

—¿Estás… estás bien?

—Sí.

Observó el brillo anaranjado del cigarrillo que se llevaba a los labios. No la miraba, mantenía la vista fija en el faro.

—No he podido dormir mucho —le dijo después de un rato.

—Se llama "síndrome postraumático de *stress*" —le dijo Lesley.

—Ponerle un nombre no hace que desaparezca —respondió él y aspiró profundamente el humo del cigarrillo.

—¿Sigues recordando?

—No se puede olvidar —contestó con dolor.

—¿Ellos?... ¿Qué te hicieron?

—¿Qué me hicieron? —la voz de Matthew estaba cargada de amargura—. No me torturaron... no exactamente. No me hicieron esas cosas que se leen por ahí. Pero Nº Paginas 30-119

es un martirio el esperar la muerte cada día. Y después de un tiempo... —se pasó una mano por el cabello—. Demonios, no lo sé. Tal vez me torturé a mí mismo.

—¿Por qué? ¿Qué sucedió?

—Ya todo acabó —él movió la cabeza—, olvídalo.

—Pero...

—Te dije que lo olvidaras —su tono era cortante.

—Considéralo olvidado —dijo ella con voz ronca—. Vi la luz y pensé que el tío Harry la había dejado encendida. Buenas noches.

Se dirigió hacia la sala.

—Les... —se detuvo, confundida por la repentina urgencia que escuchó en su voz—. ¡No!

—¿No qué?

—No te vayas —ella esperó allí, indecisa—. Quiero decir, Harry tenía razón.

Realmente no hemos hablado.

—Hemos discutido.

—Sí, pero... —negó con la cabeza—. No quería hacerlo.

—Parecía que sí.

—¿Cómo diablos te hubieras sentido tú en la misma situación? ¡Ese pelmazo de Dubois acababa de proponerte matrimonio!

—Él no es un pelmazo.

—Eso es cuestión de opinión. De cualquier modo, no era exactamente el escenario en que yo soñaba regresar.

—¿Soñabas? —preguntó, curiosa.

—Por supuesto —apagó el cigarrillo—. ¿Qué más podía yo hacer?

—No lo sé —ella había soñado, mas no podía imaginar a Matt haciendo lo mismo. Era demasiado práctico y disciplinado.

—Pues lo hice y te aseguro que no planeaba llegar a casa y encontrar a mi esposa aceptando la proposición de otro hombre.

—¿Y qué soñabas?

—Parece que un montón de tonterías —miró hacia otra parte.

—¿Qué?

—Que regresaría a casa y te encontraría espetándome; me lanzarías los brazos al cuello y empezaríamos otra vez. Una locura,

¿no es verdad? —Lesley sólo podía Nº Paginas 31-119

mirarlo, sorprendida. Matt rió—. Bueno, eso contesta mi pregunta. Pensé que habías dicho que necesitabas dormir. ¿Por qué no te vas a la cama?

—Me pediste que me quedara —le recordó, con la mente aún dándole vueltas por su revelación.

—Ese fue un error. No permitas que te quite el sueño. Buenas noches —Lesley no se movió. ¿Realmente había soñado aquello? ¿De verdad quería empezar de nuevo? Una vez más la esperanza creció en su interior—. ¿Qué esperas? Vete.

—Pero, Matt…

—¡Olvídalo! No debí hablar —dijo y se retiró cojeando.

Parte de ella quería correr tras él. El sentido común y el frío la mantuvieron quieta. Al verlo desaparecer por el camino la asaltaron tantas emociones distintas, que no pudo comprender.

Regresó a la cama. Pero se quedó allí, con los ojos abiertos y la almohada sobre el pecho. Durante meses había soñado con que Matt regresara a su lado, diciéndole las mismas palabras que pronunció esa tarde: “Me quedo, para siempre". Y ahora que las había escuchado, todo era peor. Se dijo que no debía albergar esperanzas, que él la había lastimado antes y lo haría otra vez.

Sin embargo, todas las advertencias del mundo resultaban infructuosas. Sólo tenía que verlo otra vez para sentirse igual que cuando lo conoció.

En esa ocasión, él estaba dormido exactamente donde lo dejó esta noche. Ella pasaba las vacaciones de verano con sus tíos, y había salido a dar un paseo tratando de convencerse de que una relación más profunda con Jacques Dubois era lo que le convenía, y, distraída, subió los escalones de la casa, abrió la puerta del porche y encontró al hombre de sus sueños dormido en un sillón.

Se detuvo, petrificada. Todos los argumentos racionales para llegar a una relación más seria con Jacques, se evaporaron en un segundo.

Frente a ella estaba un maravilloso ejemplar masculino. Él abrió los ojos mostrándole su oscuro color café, aún brillantes por el sueño. La miró primero con interés y luego con diversión, al verla abrir y cerrar la boca como un pez fuera del agua.

Habló, y su voz profunda hizo que un escalofrío le recorriera la espalda.

—¿Acaso estoy durmiendo en tu cama, querida? —preguntó con una voz de barítono que le debilitó las piernas.

—Ojalá así fuera —replicó sin pensar y se ruborizó ante su risa.

El hombre se enderezó, estirándose, y permitiéndole mirar varias pulgadas de su musculoso abdomen. Luego se levantó y le ofreció la mano.

—Antes de tomar ese camino, tal vez debamos presentamos —le dijo todavía sonriendo—. Me llamo Matt Colter.

—Yo… no me refería a eso. Quiero decir… —Lesley pasó saliva, aún arrebolada

—. Oh, Dios, creo que mejor omito mi verdadero nombre.

Eso de nada hubiera servido, porque en ese momento Leila apareció en la puerta.

—Ah, Matt, ya veo que conociste a Lesley. Ella es la sobrina de la que te he hablado.

—Y es aún mejor en persona —dijo Matt, aun sosteniendo la mano de la chica.

La miró y le sonrió abiertamente. Luego le guiño el ojo y Lesley pasó saliva, muy mortificada.

—Me va a enseñar la casa —dijo Matt a Leila—. Y empezará por su dormitorio

—añadió aun sonriendo.

—Mientras no terminen allí —replicó Leila—. Vayan —los guió hacia la escalera

—. Después, llévalo a la bahía, Lesley, y regresen antes de las seis. Harry estará en casa y podremos cenar.

La joven trató de inventar alguna excusa, mas no pudo. Y la verdad sea dicha, no quiso hacerlo.

—Sígueme.

Él lo hizo así por el resto del día. Sea cual fuere la chispa que brotó entre ellos, creció. Lesley le mostró la casa, incluyendo su dormitorio, visita que él prolongó con deleite, llegando incluso a sentarse en la cama y a guiñarle un ojo mientras ella, escandalizada, no podía evitar reír.

Luego la tomó de la mano y le pidió que le enseñara el poblado. Fueron a la tienda, las oficinas del periódico del tío Harry, la escuela a la que había asistido, y la iglesia. Luego caminaron hasta la bahía, donde por fortuna no encontraron a Jacques Dubois, y caminaron por la playa por la que ella había paseado hacía poco, antes que la Tierra empezara a girar al revés.

Tal vez era una exageración de juventud, pero a Lesley le pareció como si todo el universo se hubiese detenido en unos instantes. Matt hizo que el sol brillara con más fuerza y el mar resplandeciera.

Pasaron cada momento juntos, viviendo con más intensidad de la que Lesley había vivido en los últimos años.

Si había estado indecisa acerca de su relación con Jacques Dubois, no lo estuvo en cuanto a Matt. Tampoco había indecisión en Matthew Colter. Cuando quería algo, lo lograba. Quería a Lesley. Y mucho.

Su mirada hambrienta la seguía dondequiera que iba. Si tenía que hacer un mandado, él la acompañaba. Si hacía un trabajo para la tía

Leila, él se ofrecía a ayudar. Dondequiera que estaba Lesley, estaba Matt.

—Pensé que habías venido a verme —se quejó el tío Harry cuando tuvo oportunidad de ver a Matt una vez en veinticuatro horas.

—Eso fue antes que encontrara un mejor escenario —replicó Matt en tono de disculpa mientras pasaba el brazo por la cintura de Lesley y la abrazaba—. Mucho mejor.

—Cuida tus modales, Matt Colter —lo reprendió la tía Leila.

También habló con Lesley, más tarde.

—Debes tener cuidado, no es de los que se casan.

A Lesley no le importaba. Nunca se había sentido así, y nada, ni siquiera el sentido común o la experiencia de su madre, iban a interponerse entre ella y el hombre más fascinante que había conocido.

Para asombro de Leila, Matt parecía igualmente enamorado. Había ido sólo a pasar un fin de semana y se quedó más tiempo. Cuando se fue, después de recibir un llamado urgente a París para cubrir un escándalo político, prometió regresar tan pronto pudiera.

—Una semana, no más —le aseguró a Lesley.

—Así es él —le dijo Leila—. Nunca se sabe cuándo volverá.

Para asombro de la mujer mayor, Matt regresó en cinco días. Y, para mayor asombro, se quedó otra semana y media. Al cabo de ese tiempo, en lugar de conducir a Lesley al final del camino y despedirse para siempre, le pidió que se casara con él.

Y ella aceptó.

El idilio terminó allí. El matrimonio fue cualquier cosa, menos feliz. Resultó una de las más grandes agonías que había sufrido en su vida. Sobrevivió una vez, mas no podría hacerlo de nuevo.

Nunca dejó de amar a Matthew, ni siquiera cuando aceptó la propuesta de Jacques. El amor que sentía por Matt, aunque muy intenso, sólo le causaría dolor.

Podría seguir amándolo, pero a la distancia. Esa era la única manera en la que evitaría ser lastimada. Tal vez creía en los sueños, pero sabía que la vida estaba hecha de realidades.

Y la realidad era que no iba a permitirle que le rompiera el corazón otra vez.

Capítulo 4

Tal vez era cobardía, pero Lesley no se consideraba valiente. Por la mañana, llevaría a Rita de compras a Freeport.

—Necesitas ropa de verano —le dijo a su hija—. Pasaremos allá todo el día.

—¿Todo el día? —la niña miró dudosa, por la ventana, el brumoso paisaje.

—¿Qué hay de malo? —preguntó Lesley.

—Bueno, tú sabes… está Matt, y… —Rita miraba a su madre, pensativa.

—Él necesita descansar.

—Sí, pero…

—Patsy puede acompañarnos —ofreció Lesley.

—¿Todo el día? —se alegró la chiquitina.

—Sí —Lesley le pasó una taza con cereal y miró el reloj—. Es mejor que la llames ahora, porque quiero salir temprano.

El tío Harry entró, arrastrando sus pantuflas por el suelo.

—¿A dónde van?

—A Freeport.

—¿A Freeport? —enarcó las cejas.

—¿Por qué no?

—Matt…

—Matt no tiene que ver en esto. A Rita ya casi toda la ropa le queda chica.

Pronto hará calor y necesitará más —arguyó mientras se servía una taza de café—.

Cuanto más pronto salgamos, podremos ver más tiendas —y ella tendría menos oportunidad de encontrarse con Matt cuando se levantara. Lo escuchó acostarse alrededor de las cuatro y media.

Los recuerdos no la habían dejado dormir en toda la noche. Eran demasiado reales, él era demasiado real para que ella pudiese mostrar indiferencia, sin importar cuánto lo deseara.

De modo que escapar parecía la mejor alternativa, al menos por el momento.

Existía la posibilidad de que cuando regresara, él ya se hubiera ido.

Harry ponderaba sus razones para irse, pero Lesley lo miró impávida.

—¿Puedo traerte algo?

—Nada —le dijo para luego mirar su taza—. Pero puedes comprar un poco de valor mientras estás allá.

Lesley sintió que enrojecía, pero estaba resuelta a ignorarlo, así que se sirvió un poco de cereal.

—Llama a Patsy —le dijo a su hija—. Queremos salir temprano.

Rita terminó su cereal, y fue a llamar a su amiga regresando después para decirle que Patsy podía ir y que estaría lista en media hora.

—De acuerdo. Lavaremos los platos y sacaré el auto de garaje —le dijo Lesley.

—Tienes prisa, ¿verdad? —intervino el tío Harry.

—No realmente.

—¿Qué le digo a Matt?

—Lo que quieras —replicó Lesley—. Dudo que le interese. Vamos, Rita.

—¿Ya hablaste con él? —preguntó el tío.

—Un poco. Anoche —admitió Lesley—, Desperté y pensé que habías dejado la luz encendida. Él estaba allí.

—¿Y?

—Y nada. Sólo hablamos —encogió los hombros.

—¿Y qué piensas? —ella volvió a encoger los hombros. El tío Harry chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. No estás actuando como tú eres.

—¿Y qué se supone que tengo que decir? Asegura que se queda, pero ya me ha prometido cosas antes. Exactamente como mi padre hacía con mí madre. Ya pasé por eso una vez y no volveré a hacerlo.

—Las cosas cambian —Harry dio un sorbo a su café.

—Las cosas, tal vez, pero no Matt Colter. Él está tallado en piedra.

—Estaba —corrigió el tío.

—¿Y ahora no? —Lesley no lo creía.

—Creo que tiene algunas fisuras.

—¿Por qué? ¿Qué te dijo? —no podía evitar el interés.

—No mucho —replicó Harry encogiendo los hombros—. Es sólo una impresión.

Lesley hizo un gesto. Alguna vez ella tuvo la impresión de que él la amaba y de que duraría para siempre. Nunca se había equivocado más.

—Teddy salió temprano con Robby Ferris. Fueron a pescar con el papá de Robby. Estará fuera la mayor parte del día. Si regresa temprano trata de mantenerlo alejado de Matt. Tiene muchas preguntas que hacerle.

—Como muchos de nosotros —comentó Harry secamente.

—Sí, bueno, no creo que a Matt le interese contestar. No le gustan mucho los niños.

—No tengas cuidado —le dijo Harry—. Podría ser bueno para él, y no lastimará a Teddy.

—No estoy segura de eso.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué sucederá si piensa que Matt se quedará?

—¿Qué tal si Matt se queda? —preguntó. Lesley no podía siquiera considerarlo.

Se volvió para lavar los trastos—. Todo saldrá bien —prometió Harry.

—Dios lo quiera —murmuró Lesley, pero no estaba segura.

El viaje a Freeport le dio bastante tiempo para pensar mientras las niñas se entretenían. Una vez que llegaron, tuvo que dedicar toda su energía a supervisarlas.

Ir de compras con dos pequeñas de siete años era algo cansado. Conversaban entre sí, le hacían preguntas, comentarios y la lanzaban de una tienda a otra entre las calles de Freeport. Era una gran ciudad para las dos niñas, y lo disfrutaban.

Cuando llegaron a la última tienda, Lesley, exhausta, permitió que las dos niñas examinaran el departamento de juguetes mientras ella se quedaba en la sección de televisores y equipos estereofónicos para descansar un momento.

En una de las pantallas jugaban los Medias Rojas y Lesley se distrajo mirando el juego. Junto había un televisor que mostraba un grupo de rock, en tanto que en otro aparato proyectaban una entrevista con el secretario de Estado. Se paseó entre los televisores encendidos sin prestar mucha atención, hasta que un rostro familiar la atrajo.

Era Hank Griswald, uno de los funcionarios del servicio exterior con el que Matt había escapado, y a quien entrevistaban en ese momento.

—Horripilante —decía en respuesta a una de las preguntas—. Arriesgado, por supuesto. Pero Colter fue muy meticuloso y optimista —una sonrisa cruzó su rostro

—. Y estaba en lo correcto. Definitivamente es el héroe de la escena.

—Salió sin problemas, es verdad —señaló el comentarista—, aparte de la herida en la pierna de Colter y de la muerte de uno de los terroristas a manos de sus compatriotas, el escape fue relativamente limpio.

—Sí.

—¿Cómo lo logró Colter?

—No estoy seguro —Griswald se acomodó en el sillón. Lesley se inclinó un poco más hacía la pantalla—. Había estado allí más tiempo que la mayoría de nosotros, llegó a conocer las cosas y a la gente. Tal vez hizo contactos. No sé realmente, pero un día nos dijo lo que íbamos a hacer, una semana antes de la huida.

Nos preguntó si aceptábamos, y por supuesto que lo hicimos.

—¿No sabe cómo lo arregló? —Griswald negó con la cabeza—. ¿Nunca lo dijo?

—Ni una sola palabra.

—Y no ha dicho mucho desde entonces, ¿no es así? —el comentarista persistió

—. Ha habido muchos artículos, pero ninguna entrevista, aunque la mayor parte de la gente está tratando de obtener la historia.

—Tal vez pretende escribirla él mismo —Griswald se permitió una seca sonrisa

—. A eso se dedica.

—Tal vez —asintió el comentarista—. ¿Sabe que ha desaparecido? —Griswald se enderezó en la silla. Lesley, quien se había apoyado contra la pared, también se enderezó y abrió mucho los ojos—. Así es. El ex secuestrado héroe Matt Colter se ha perdido de vista. Se fue de la casa de su colega Becca Walsh el viernes en la noche y desde entonces nadie sabe de él, ¿Qué cree que le sucedió?

—No tengo idea. Tal vez ha ido a algún lado a escribir.

—¿No tiene algún indicio? —preguntó el comentarista—. ¿Otro secuestro?

—En lo absoluto —respondió Griswald—. Tal vez esté lamiendo sus heridas, metafóricamente hablando. Estoy seguro de que todavía no está bien. Pero lo verán muy pronto otra vez. En Polonia, en Marruecos o en la India; dondequiera que haya una historia, Matt Colter estará allí.

Las palabras hicieron eco en la cabeza de Lesley después que abandonó el centro comercial, y seguían girando en su mente durante el regreso a casa. Griswald indudablemente tenía razón, pensó mientras llevaba a las chicas de vuelta a Day's Harbor.

Había pasado por una experiencia horripilante y ciertamente aún no se había recuperado. Pero cuando se sintiera mejor y alguna historia surgiera en alguna parte del mundo, no le importarían las promesas, Colter estaría allí.

Al regreso de Lesley, él seguía en casa.

Lo encontró tendido en la hamaca del jardín, mirando a Teddy lanzar el hueso de juguete al perro. Lesley recogió sus paquetes y entró en la casa.

Harry estaba sentado en el porche, resolviendo un crucigrama. Lesley dejó las bolsas sobre un sillón y se sentó en una mecedora.

—Veo que él sigue aquí.

—Sí —respondió una voz detrás del tío Harry. Matt subía los escalones con lentitud—. Te dije que estaría aquí, así que es mejor que te acostumbres.

—Tú…

—Ya me invitaron —la interrumpió.

—Yo no fui —respondió Harry ante la mirada acusadora de Lesley.

—Fue Teddy, nuestro hijo.

— *Mi* hijo —los ojos de Lesley se entrecerraron.

—Y mío. Tú lo dijiste.

—También te dije que no tenías ninguna responsabilidad real hacia él. Sólo eres un nombre en un papel oficial. Pudo haber sido cualquiera.

—No, no pudo haber sido cualquiera —la contradijo—, sólo tu esposo.

—No eres mi esposo.

—De nombre, sí.

—Eso es todo.

—Entonces allí debemos empezar —replicó Matt.

—¿Sabías que te consideran extraviado? —preguntó finalmente Lesley.

El tío Harry arqueó las cejas. Matt encogió los hombros, irritado.

—¿Quién lo dice? —preguntó el tío Harry.

—Las emisoras televisivas. Lo escuché esta tarde como parte de una entrevista con Griswald.

—¿Qué dijo? —Matt entrecerró los ojos.

—Que fuiste un héroe.

—¡No soy un héroe!

—Él se refería a que fuiste tú quien arregló… —la vehemencia en su voz le sorprendió tanto que dio un paso atrás.

—Sé que fui yo quien lo arregló.

—Entonces…

—Eso no me convierte en un héroe. Maldito Griswald —murmuró golpeando su mano con el puño—. ¿Por qué demonios no se quedó callado?

—Parecía impactado.

—No debería estarlo. ¿Y qué más dijo?

—Que no creía que te volvieran a secuestrar otra vez.

—Está en lo cierto —sonrió Matt con amargura.

—Y que probablemente estabas por allí lamiéndote las heridas, pero que regresarías al periodismo.

—En eso se equivoca —el tono de Matt fue cortante. Se volvió hacia el tío Harry, quien había contemplado el intercambio como si estuviera sentado en el centro de una cancha de Wimbledon—. Pero si sigue hablando… les agradecería que no difundieran la noticia de que estoy aquí.

—No hay cuidado —le respondió Harry lanzándole una sonrisa de complicidad

—. Yo no diré una palabra.

—¿Y tú? —Matt miró una vez más a Lesley.

—Mis labios están sellados —le aseguró.

—Gracias.

Teddy entró gritando:

—¡Papá, ven! ¿No quieres ver qué más puede hacer? ¿Papá?

A Lesley se le contrajo el estómago. Su mirada se centró en Matt, para observar su reacción. Para su sorpresa, él sonrió.

—¡Ya voy! —respondió, y se volvió para salir.

—Debes hablar con él —le dijo Lesley a sus espaldas.

—¿Eh? —Matt la miró por encima del hombro.

—Con Teddy. Él será el que lleve la noticia.

—No lo hará. Se lo he pedido.

—Él estaba en realidad deseoso de que tú… —se interrumpió sin desear discutir las reacciones de Teddy.

—¿Ansioso de qué?

—Nada.

—¿De qué? —preguntó Matt regresando cerca de ella.

—Él… se preguntaba cuándo regresarías.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿Cuando volví a Estados Unidos después que?…

—Sí.

—¿Quería que yo viniera?

—Sí —respondió sin mirarlo.

—¿Entonces por qué demonios no los llevaste a Washington?

Ella olvidó la presencia de Harry. ¿Llevarlos a Washington? Ni siquiera había estado segura de que quisiera verla a ella.

—Oh, sí, seguro —replicó, sarcástica—. Sólo tenía que llegar y lanzarte los brazos al cuello para decirte: “a propósito, quisiera presentarte a nuestros hijos". Tal vez has olvidado tu actitud acerca de los niños, especialmente los *nuestros* —lo miró, iracunda. El tío Harry se mostraba más intrigado cada minuto.

—Un hombre puede cambiar de opinión.

—Tal vez —concedió—. Pero yo nunca vi que tú lo hicieras. Además estableciste claramente tu punto de vista en una ocasión.

—Lesley —Matt le lanzó una mirada de advertencia, mientras veía a Harry, quien había dejado el crucigrama para seguir con interés la discusión.

—Él no quería hijos —le explicó a su tío—. Una esposa ya era bastante problema.

—¡Eso no fue lo que dije! —explotó Matt.

—Casi —Matt suspiró, furioso—. Llevarlos a Washington… —continuó Lesley, molesta—. Tal vez debí ir a la casa de Becca. Me hubiera gustado ver su expresión.

—Olvida a Becca Walsh.

—¿Cómo puedo hacerlo? Era como un cucú en nuestro matrimonio. Cinco minutos solos y puf, allí estaba.

—Sólo cumplía con su trabajo.

—No dudo que pronto aparezca otra vez.

Antes que Matt pudiera replicar, Lesley se volvió y entró en la casa. Trató de alejarlo de su mente, pero era imposible. Mientras preparaba la cena, no dejaba de mirar por la ventana hacia la hamaca. Y para su disgusto, descubrió que no sólo Teddy parecía maravillado con él, sino también Rita. Su hija había guardado en su dormitorio la ropa nueva tan pronto como llegaron a casa. Menos de una hora más tarde, bajó otra vez por la escalera con los brazos llenos de paquetes, para enseñárselos a Matt.

Cuando Lesley llamó a todos para la cena, su escepticismo seguía intacto, en cambio Teddy y Rita tenían los ojos brillantes y las sonrisas alegres.

—Papá dice que tal vez podamos ver el juego de los Medias Rojas, mamá —le dijo Teddy, sonriente.

—Y dice que yo también puedo ir —replicó Rita.

—Nada sabes de *base-ball* —le informó Teddy, confiado.

—Puede aprender —intervino Matt—. Tal vez te gustaría tener una columna de deportes —le sugirió a Harry.

—¿Y quién la escribiría? —preguntó el hombre mayor.

—Yo.

—¿Por cuanto tiempo? —interrumpió Lesley, pero Matt no respondió.

—Lo consideraré —respondió Harry—. Si estás interesado, podrías ayudarme en el periódico. Cuando te sientas con fuerzas, por supuesto.

—Desde luego —respondió Matt—. Suena muy bien.

Lesley se mordió la lengua. ¿Matt Colter trabajando en un pequeño periódico de Maine? ¡Cómo no!

Matt le dirigió una alegre sonrisa que Lesley no respondió.

Sonó el teléfono y Teddy saltó a contestar. Un momento después le tendía el auricular a su madre.

—Es para ti. Jacques.

Lesley sonrió, más para molestar a Matt que porque se sintiera encantada por la llamada. Tratar con Jacques no iba a ser fácil.

—Hola.

—¿Aún sigue allí? —preguntó Jacques sin preámbulos.

—Sí.

—¡Demonios! —Jacques suspiró—. ¿Lo arreglaste?

—En cierto modo.

—¿Qué significa eso?

—Te lo explicaré después.

—Está escuchándonos —sugirió Jacques.

—Sí.

—Oh. ¿Qué tal si salimos? ¿Podríamos hablar?

Lesley no sabía qué hacer. Si se quedaba en casa estaría bajo la mirada de Matt, y si salía, estaría atada a Jacques. Sopesó las alternativas.

—Supongo que está bien.

—¡Cuánto entusiasmo! —la embromó Jacques.

—Lo siento, yo…

—Olvídalo. Pasaré por ti a las siete y cuarto —colgó antes que ella pudiera decir más.

Colocó el aparato en su sitio y regresó a su silla, consciente de la mirada de Matt. La miró acusador durante el resto de la comida; Lesley no lo miró.

El paseo con Jacques estuvo lleno de tensión, tal como lo había esperado.

—¿A qué hora regresarás? —fue la última pregunta que Matt le hizo cuando salía.

—¿Cuándo se va? —le preguntó Jacques al subir al auto.

—No lo sé —respondió ahora, como lo había hecho entonces—. No tengo la menor idea.

Jacques no quedó más satisfecho con la respuesta, que Matt. La entrevista fue de mal en peor a partir de ese momento. Jacques la llevó a pasear por el camino de la costa y aunque la vista era maravillosa, ninguno de los dos lo notó. Jacques deseaba que Lesley le asegurara que su propuesta había sido aceptada, y que el divorcio se llevaría a cabo. Lesley lo sabía, pero no podía decirle que sí.

—¿Por qué no? —preguntó Jacques cuando por fin detuvo el auto a un lado del camino.

—Simplemente no puedo.

—Quiere que vuelvas con él.

—Él dice que sí —suspiró ella.

—¿Y tú vas a ceder? ¿Así de fácil? —Jacques golpeó con el puño el tablero.

—¡No voy a ceder! —replicó Lesley.

—¿Cómo lo llamarías entonces?

—No hay modo de que te lo haga entender. Yo misma no lo entiendo. ¿Por qué… por qué no olvidamos a Matt por un momento? Él no es el centro del universo.

—¿No lo es? —Jacques le lanzó una oscura mirada.

—Quiero regresar a casa.

Jacques se quedó quieto un rato. Luego suspiró y se pasó la mano por el cabello.

—Demonios. Lesley, no quiero llevarte lejos de mí. No quiero que todo quede de este modo.

—Lo sé —le tocó el brazo.

—¿Cómo puedes?… —se volvió a verla, con la angustia pintada en el rostro.

Pero se interrumpió al contemplar esa misma angustia en el rostro femenino—.

Demonios, está bien, te llevaré a casa.

Cuando llegaron frente a la casa de Lesley, él logró esbozar una sonrisa.

—No me gusta esto —le dijo haciendo un gesto—, pero supongo que puedo soportarlo y tal vez entenderlo. Has estado sometida a demasiada presión durante este año. Ni siquiera sabías si Colter estaba vivo o muerto la mayor parte del tiempo.

Supongo que debo esperar a que le digas adiós —le pasó un dedo por la mejilla—.

¿Está bien?

—Está bien —estuvo de acuerdo Lesley. Le brindó una tibia sonrisa y salió del auto. Conforme subía los escalones de la casa, se daba cuenta de que nada de aquello tenía sentido.

Los golpecitos en la puerta de su habitación la sorprendieron. Claro que no estaba dormida, últimamente no le era fácil conciliar el sueño. Le daban vueltas en la cabeza las conversaciones que había sostenido con Matt desde que regresó, mezclándose con sus anhelos y sueños no realizados. El ruidito rítmico la regresó a la realidad con un salto.

—¿Harry? —preguntó con suavidad. No podía ser alguno de los niños, de eso estaba segura. Las puertas no los detenían ni por un segundo.

—Soy yo —fue la respuesta.

¿Matt? No le había dirigido la palabra desde la cena. La miró cuando salió con Jacques, pero Harry lo distrajo.

Cuando regresó, él estaba en el porche hablando con Harry. Había decidido no unírseles, convencida de que hablaban de cosas de hombres y de que no apreciarían su interrupción. Así que aprovechó la oportunidad de evitarlo.

Pero no podría evitarlo ahora.

Buscando su bata y poniéndosela, fue a abrir la puerta y se encontró con un pecho desnudo. Pasó saliva.

—¿Qué quieres?

—¿Tienes un poco de gasa?

—¿Gasa? —parpadeó.

—Venda. No puedo encontrar alguna.

—¿Qué sucede? —preguntó abriendo la puerta, preocupada.

—No es gran cosa. Tengo que cambiar el vendaje de mi pierna.

—Oh. Te daré algunas compresas.

—Ya busqué en el botiquín.

—Están en la alacena de la ropa blanca —replicó pasando a su

lado y dirigiéndose al armario hasta encontrar una caja. Se la ofreció, junto con un poco de tela adhesiva—. Tengo más en mi bolsa allá abajo.

—Así está bien. Gracias —en el momento de tomar las cosas, sus dedos se rozaron, y el contacto hizo que el corazón de Lesley se acelerara.

Durante un momento se miraron a los ojos, luego Lesley se recuperó.

Matt la miró con burla, lo que la hizo ruborizar. Después se movió en dirección al cuarto de baño.

¡Fhuu!, pensó Lesley y se encaminó a su habitación; en ese momento se detuvo.

Se volvió a mirarlo, indecisa. En su mente recordaba algo más que el pecho desnudo y la innegable masculinidad. Recordó de pronto el color encendido de las mejillas de Matt, los labios apretados y el calor de su mano cuando sus dedos la rozaron brevemente.

Mordiéndose el labio inferior, regresó al baño y llamó a la puerta.

—¿Matt?

Él abrió y la miró. Había estado en lo correcto con respecto a su color encendido, y al tono blanquecino de sus labios.

—Estás… quiero decir… Pensé que tal vez necesitarías ayuda.

—Tal vez.

—Yo podría… ayudarte —aventuró.

—¿Ah, sí? —inquirió sarcástico.

—De verdad.

Él encogió los hombros y abrió más la puerta, dejando pasar a Lesley.

Durante los primeros meses de su matrimonio él había recibido una herida de bala al cubrir una historia en Guyana. No fue serio, pero unos centímetros más y habría muerto. Aquella idea la había petrificado de miedo, y se lo dijo tan pronto como bajó del avión. Él perdió la paciencia en aquella ocasión.

—Estoy bien. Deja de preocuparte, ¡por el amor de Dios!

Esta vez no haría tanto escándalo, se prometió. Se comportaría con frialdad y profesionalismo.

Era una teoría estupenda, pero como la mayoría de las teorías estupendas, no funcionó. Lo descubrió en el momento en que él se quitó los pantalones. Su mente se desbocó. Era difícil permanecer impávida ante un Matt que sólo llevaba los calzoncillos puestos y su vendaje. Conteniendo el aliento, se arrodilló en la pequeña alfombra y comenzó, con dedos firmes, a quitar el vendaje del muslo.

Matt se mantuvo firme aunque se tensó al quitarle capa tras capa de gasa, y no pudo disfrazar la mueca cuando quitó la última para dejar expuesta la piel roja y una herida infectada.

—¿Cuánto tiempo ha estado así? —preguntó Lesley.

—Siempre ha supurado. Tiene una cánula para drenado —Matt encogió los hombros.

—Sí, eso veo. Y hay que cambiarla —tocó la piel cerca de la herida —. Está caliente. ¿No has tomado antibióticos?

—Antes.

—¿Y qué les sucedió?

—Yo… no los traje.

—¿Qué?

—Cuando me fui de casa de Becca, yo… no lo planee exactamente. Sólo… sólo me fui. Salí a buscar un periódico y no regresé.

—Pero traías tu bolsa de viaje.

—Una K-Matt especial. Recogí un cepillo de dientes, el desodorante, unos pantalones y unas camisas. No tenía algo valioso.

—¿Ni siquiera tus antibióticos?

—Me estaba recuperando.

—Ahora ya no, y no lo harás a menos que te dé algo de inmediato. ¿Qué estabas tomando?

No le sorprendió que lo supiera. Matt era muy observador, casi tanto como descuidado con su salud.

—Te conseguiré un poco por la mañana. El doctor Palson te la recetará.

—¿No tendré que verlo?

—Tendrá que cambiar el aparato de drenado.

—¡No iré al hospital!

—No creo que tengas que hacerlo. Ahora quédate quieto para que pueda curarte. Debiste cambiar este vendaje mucho antes.

—No podía hacerlo solo.

—Me hubieras pedido que te ayudara.

—No sabía que estarías tan dispuesta —se mofó.

Lesley apretó los labios y se concentró en la tarea que tenía enfrente. Le puso el termómetro en la boca y evitó más comentarios de su parte. Se inclinó sobre la herida y la limpió con agua y jabón. Luego le puso un ungüento antibiótico y por fin la volvió a vendar con cuidado, negándose a pensar en algo más.

Cuando por fin se levantó, descubrió que había contenido el aliento.

—Muchas gracias —dijo Matt aún con el termómetro en la boca, y se puso el pantalón.

—No fue… nada —mintió Lesley con las mejillas sonrosadas; le quitó el termómetro de la boca—. Llamaré al doctor Palson por la mañana. Buenas noches.

Matt le dirigió una sonrisa tierna, dolorosa y encantadora:

—Dulces sueños —dijo mientras la puerta se cerraba.

Capítulo 5

¿Dulces sueños? No era muy probable… Al menos no esa noche. Pero, conforme los días pasaban, a Lesley le parecía que los sueños eran la única parte agradable de su vida. El retorno de Matt la había lanzado en una confusión emocional tan grande, que el sueño parecía el único antídoto.

Curiosamente, su vida no había cambiado mucho en otro sentido. El lunes por la mañana se levantó como siempre para ir a la escuela, como si no hubiese pasado un fin de semana terrible. Hizo exámenes de la vista, auditivos, curó raspaduras y otras cosas, sin decir una palabra a nadie sobre el hombre que tenía en casa. El martes hizo más o menos lo mismo, además de coser un traje para que Rita lo llevara a una fiesta el miércoles por la noche, y luego trató de ayudar a Teddy con su tarea.

Pero no era muy buena para explicarle las fluctuaciones del mercado de valores a un niño de diez años, y su ánimo empeoró cuando se dio cuenta de que Matt la observaba.

—Yo lo haré —dijo por fin, y como era preferible a tenerlo allí escuchando mientras ella trataba de explicar, encogió los hombros y lo dejó hacerlo.

Matt nunca se alejaba mucho de ella. ¿Que nunca se alejaba? Eso era poco. La seguía a todas partes. La miraba hornear y a veces le ayudaba a batir. La miraba leer, le contaba cuentos a Rita, le explicaba la teoría de lanzamientos de cohetes a Teddy, ayudaba al tío Harry a corregir sus artículos, secaba los platos y alimentaba al gato.

En las noches que tenía que cambiarle el vendaje de la pierna, Lesley le ayudaba tratando de no demostrar los sentimientos que la invadían al tocar la tibia piel del muslo. No era fácil, y Matt lo hacía más difícil al moverse cuando lo tocaba, y vigilaba cada movimiento de ella con el rostro enrojecido y una excitación que no intentaba esconder.

El miércoles regresó de la escuela cruzando los dedos por que el día no fuese igual que los dos anteriores. Necesitaba un descanso.

Lesley pensó que se aburriría pronto, pero él no parecía hacerlo, y cuando le preguntaba, siempre respondía que no estaba aburrido.

—¿Piensas hacer una carrera de secar platos y alimentar al gato?

—¿Y tú?

—¡Claro que no!

—Es parte de lo que haces.

—Sí, pero…

—Yo también lo hago. No te preocupes, me mantendré ocupado. Le ayudo a Harry en el periódico, escribo para él.

—¿Matt Colter escribiendo para un pequeño periódico en Maine?

—Lesley lo miró, escéptica.

—Hay cosas más importantes en la vida que correr por el mundo en busca de noticias. Además, uno busca su propio nivel. Yo encuentro el mío con Harry.

—¿Quién lo dice?

—Yo.

Estaba segura de que cambiaría de opinión. Una vez que la oportunidad llamara a la puerta, lo vería partir.

Y pensó que el momento había llegado aquella tarde, cuando regresó de la escuela y encontró frente a su casa dos camionetas de una agencia noticiosa.

Disminuyó la velocidad y se estacionó, sorprendida cuando cinco personas con cámara, libreta y demás se acercaron a ella.

—¿Señora Colter, es usted?…

—Señora Colter, ¿está su esposo?…

—Usted es la señora Colter, ¿o no?

Le llovían preguntas y Lesley consideró la posibilidad de regresar al auto y cerrar la puerta. ¿De qué demonios estaban hablando? ¿En dónde estaba Matt? Miró hacia la casa esperando ver más gente cerca. Pero no había nadie, y mucho menos Matt. Hasta allí llego su teoría de que en el momento en que hiciera contacto con sus antiguos camaradas, regresaría a su intuido.

Era obvio que los eludía. Tal vez esperaba que si no aparecía, se marcharan.

Lesley lo dudó. Aquella gente parecía tan persistente como Matt Colter. Si no obtenían una entrevista con él, lo harían con ella, Lesley hizo un gesto de frustración, preparándose para lo que vendría.

—¿Qué está haciendo él aquí, señora Colter? —preguntó un hombre bajo y barbado—. ¿Es verdad que recibe atención psiquiátrica?

—¿Le amputaron la pierna?

—¿Cuándo regresará al trabajo?

Más preguntas, todas impertinentes y molestas. Lesley estaba atrapada y no sabía qué hacer. Afortunadamente, no tuvo que hacer nada. Por encima del montón de preguntas se escuchó una voz que hablaba con autoridad.

—Dejen en paz a mi esposa.

Media docena de cabezas giraron para enfrentarse a Matt, que estaba con las manos en los bolsillos y los pies firmemente plantados sobre los escalones. El grupo dejó a Lesley y corrió hacia el personaje del momento.

Los antibióticos que le dio habían controlado la infección y ya no tenía aquel brillo enfebrecido en los ojos. Ahora estaba pálido, pero decidido. Él la miró un momento antes de acercarse a ella y tomarla

bajo su protección. Lesley se acunó bajo sus brazos, pasándole la mano por la cintura, mientras los camarógrafos los fotografiaban.

—¿Qué sucedió, Colter? —preguntó el hombre barbado—. ¿Acaso no servía el timbre?

—Estaba ocupado.

—Bueno, no te quitaremos mucho tiempo. Escuchamos que tú fuiste el que planeó la escapatoria. Ahora queremos que tú lo cuentes.

—Nada tengo que decir.

—Todos dicen que fuiste el cerebro de la operación, el que lo planeó, el que lo llevó a cabo —continuó el hombre—. Todo mi héroe —terminó.

—No —los dedos de Matt apretaron un poco más el brazo de Lesley.

—¿No? ¿No qué? —parpadeó el periodista.

—No, no fue heroico —la voz de Matt era fría y ronca. Lesley pensó que sonaba como si no hubiese hablado en años—. Creo… que cualquiera… Cualquiera pudo hacerlo.

—Sorprendente —dijo el barbado, negando ante la modestia de Matt—. Fue un material de primera. Dicen que drogaste a tus captores. ¿Cómo lo lograste?

Matt apretó los labios. Por un momento Lesley pensó que no respondería.

—Por la fuerza.

Una de las periodistas, que hasta ese momento había permanecido callada, intervino.

—¿Obligaste a alguien a que te ayudara?

Aquello era todo lo que iban a obtener de él. Matt estaba tenso, y buscaba con la vista la manera de escapar. Era raro que se comportara así frente a una cámara.

Aparentemente el barbado se dio cuenta de que Matt estaba a punto de estallar, porque se le acercó y le dio unos golpes en la espalda.

—De cualquier modo, eso es lo que se llama verdadero heroísmo. Cuatro hombres cautivos, y cuatro hombres libres, y sólo tú saliste herido. No hubo pérdidas que lamentar —dijo y se dio vuelta hacia la cámara.

—Un niño murió —dijo Matt de pronto.

—¿Un niño? —el hombre de la barba se quedó sorprendido por un momento—.

Oh, sí, el terrorista. El que corrió tras de ustedes para detenerlos. Hamish Al no sé qué. Un terrorista —añadió como si no tuviera importancia. Lesley pudo ver el dolor

en la cara de Matt, pero pensó que quizá lo imaginaba. Él encogió los hombros y dijo con cierta indiferencia:

—Como dijiste, sólo un terrorista.

Luego, sin decir más, tomó a Lesley de la mano y regresó a la casa, cerrando con firmeza la puerta.

—¿Estás?... —comenzó Lesley, preocupada.

—Estoy bien —replicó caminando por el cuarto y pasándose la mano por el cabello.

—No lo parece.

—Te digo que estoy bien. Déjame solo —y sin dar tiempo a que Lesley agregara más, subió por la escalera de dos en dos.

¿Aquello era estar bien? El timbre sonó otra vez. Fue a abrir la puerta.

—No va a declarar más —anunció.

—Pero...

—Ya tienen su historia y hablaron con él. ¿Qué más quieren?

—¿Cuándo regresará? —preguntó la mujer.

—¿Cuándo regresará al trabajo? —todos la miraban.

—Dice que no lo hará —replicó Lesley.

—¿Y usted lo cree?

—Eso es lo que dice —Lesley cerró la puerta y se apoyó contra ella, insegura de si lo creía o no.

Los equipos de prensa fueron tan persistentes como Lesley había imaginado.

Como Matt no les dio mucha historia, y ella tampoco, fueron a ver qué podían encontrar en el pueblo. Al día siguiente todos, desde el alcalde hasta el borrachín callejero, habían tenido una oportunidad de expresar su opinión sobre Matt Colter.

Sin embargo, los lugareños lo protegieron como si fuese uno de ellos. Nada dijeron a la prensa. Lo que sucedía en Day's Harbor, Maine, no era asunto de nadie sino de Day's Harbor.

Matt estaba sorprendido, Lesley no.

—¿Qué soy para ellos? —preguntó él al enterarse de lo poco satisfactorias que habían resultado las entrevistas para la prensa.

—El esposo de Lesley —dijo Harry de pronto.

—Me da gusto que alguien se dé cuenta —replicó, mirándola.

Lesley aún tenía miedo de considerarlo, aunque Matt tenía todas las trazas de quedarse por mucho tiempo. No sólo había rechazado a sus colegas cuando ella Nº Paginas 51-119

pensó que estaría encantado de verlos, sino que pasaba los días en la oficina, con Harry.

—¿Haciendo qué? —le preguntó Lesley.

—Escribiendo historias con base en los servicios de cable.

—¿Matt Colter dependiendo del servicio de cable? —inquirió, incrédula—. ¿Por qué leer sobre los problemas de Belfast cuando en siete horas puede estar allí?

—No quiero ir allá, Lesley —respondió Matt. Quiero estar aquí.

Y tenía que admitir que no solamente lo decía. Pasaba los días con los niños, comportándose como el tipo de padre que una vez soñó que él sería. Además, parecía disfrutarlo.

Pero aunque se comportaba como ella había deseado, aquello no le alegraba, por el contrario, la ponía tensa. Contemplaba cómo Teddy y Rita se encariñaban cada vez más con él, y aquello la irritaba.

Pero, ¿qué podía hacer? ¿Cómo evitar que lo quisieran? No podía decirles que los iba a lastimar y que los abandonaría.

—Teddy y yo vamos a ir a la casa de los Ferris después de la escuela, para ver el cohete de Robby —le dijo Matt esa tarde.

—¿Por qué?

—Porque quiere hacerlo.

—¿Y siempre haces lo que Teddy quiere?

—No, no siempre. Pero en este caso, ¿por qué no?

—Lo lastimarás —murmuró ella.

—¿Lastimarlo?

—Te conozco, ¿lo recuerdas?

—¿Ah sí? Lo dudo. No voy a lastimarlo, Lesley. ¿Cómo podría hacerlo?

—Dejándolo.

—Ya te dije que no lo haré.

—Ya me lo has dicho antes.

—Todavía no me crees, ¿verdad?

—No, no puedo hacerlo.

—¿Tienes miedo, Les?

—No lo lastimes —fue su respuesta—. ¡Simplemente no lo hagas! —dio media vuelta y salió.

Lesley supo que Matt había ido a visitar a Robby y a su padre. Teddy se lo dijo tan pronto como regresaron. Estaba muy entusiasmado, diciendo maravillas del cohete de Robby.

Lesley, quien había tenido un día difícil, apenas lo escuchó, excepto para darse cuenta de que estaba más emocionado.

—Qué bien, Teddy —lo interrumpió a media frase—. Ahora ve y haz tu tarea antes de la cena.

El niño la obedeció con una cara larga, pero a la hora de la cena estaba igualmente entusiasmado.

—Fue maravilloso, mamá —comentó mientras se servía unas papas.

—¿Qué? —preguntó Lesley como ausente—. Rita, tú te sientas aquí —le dijo a su hija, quien acababa de entrar en la cocina.

—Prefiero sentarme junto a Matt. Es mi turno.

—El cohete —explicó Teddy—. Y es mi turno —le dijo a su hermana. Tú siéntate allá —le indicó el lugar contiguo a Lesley.

Antes que Matt llegara, discutían acerca de quién se sentaría junto a Lesley.

—¡Rita! —exclamó Lesley—. Siéntate.

—Pero, mamá…

—Siéntate, Rita —la voz firme de Matt hizo que la niña obedeciera. Lesley contuvo un suspiro.

—… Y Matt dice que nosotros también podemos hacer uno —continuó Teddy.

—¿Hacer qué? —preguntó Lesley tratando de seguir la conversación, cada vez más molesta.

—Un cohete, como el de Robby y su papá —explicó Teddy con paciencia.

—¿Un cohete?

—Sí.

—Son peligrosos.

—Papá dice que no. Podríamos construirlo juntos y hacerlo volar…

—¿Ah sí? —Lesley fijó la vista en Matt.

—Así es —replicó él.

Por el momento sostuvieron una batalla privada, que ella perdió.

—¿Y él te cuidará cuando vueles en pedacitos? ¿Acaso no has tenido suficiente?

—le preguntó a Matt—. Nunca imaginé que fueras capaz de poner en peligro a un niño.

La cara de Matt se puso completamente blanca.

Por lo que pareció una eternidad, ningún sonido se escuchó en la habitación. De repente, Matt tiró la silla para atrás, se levantó y salió de la casa.

Lesley supo que se extralimitó.

—Yo no quería… —le dijo. Pero un segundo más tarde la puerta se cerró.

—Realmente no tenía intención… —dijo confundida y avergonzada ante las miradas de los niños y del tío Harry.

—No iba a matarme, mamá —le aseguró Teddy, tranquilo.

—No, yo… yo… lo sé.

Matt no regresó a cenar, y tampoco lo hizo después. Teddy y Rita terminaron sus tareas sin ayuda, y el tío Harry no dejaba de vigilar la puerta. Luego pusieron los platos en la lavadora, se bañaron, y Lesley los llevó a la cama. Matt aún no volvía.

Cuando Lesley regresó a la sala su tío le dijo que Matt aún no regresaba.

—Ya es un hombre. Sé que estará bien.

—No conoce estos lugares —comentó sacudiendo su periódico con descontento.

—Supongo que crees que fue mi culpa —comentó Lesley y apretó

los labios.

—Yo no dije eso.

—Crees que debería buscarlo.

—No estaría mal.

—¡Yo no lo forcé a irse! —el tío Harry levantó las cejas—. Además son apenas cuarto para las diez.

—Y está tan negro como un pozo.

—Hay luna llena.

—Y un cielo lleno de nubes.

—¿Realmente estás preocupado?

—¿Tú no? —Harry la miró con fijeza.

—Supongo que sí.

—Entonces ve, corazón. Ve a buscarlo —el tío le sonrió.

—¿Y si lo encuentro?

—Tráelo a casa.

Tres sencillas palabras. Si hubiese sido capaz de hacer eso antes, ninguno de los dos habría pasado tanto tiempo separado.

¿Y ahora? No iba a buscarlo con la intención de arreglar su matrimonio, sino sólo de evitar que se rompiera el cuello.

La noche estaba fría y húmeda. Lesley tembló y siguió su camino.

Lo buscó por los muelles y los alrededores del pueblo. No estaba allí. Se dirigió a la punta. Era una dorada estela de rocas con una franja de tierra que terminaba en el viejo faro. ¿Por qué, Matthew?, le preguntó en silencio. ¿Por qué allí? Había muchos recuerdos, esperanzas deshechas.

Se volvió a mirar el pueblo, la casa en la colina, donde su tío Harry la esperaba, sentado. Tal vez Matt ya había vuelto.

Sabía que no era así. Lo habría encontrado en el camino de regreso. Así que se dirigió al faro, por el sendero.

No había garantía de que lo encontrara, mas estaba segura de que tenía una buena oportunidad.

Antes de su matrimonio, ella y Matt habían pasado mucho tiempo en ese lugar, sentados, contemplando el horizonte. Alejando, los recuerdos, Lesley corrió en su busca. Matt podía resbalar fácilmente, y empeorar el estado de su pierna lastimada.

Se preguntó si debía gritarle. Tal vez él no la escucharía.

Estaba furiosa cuando salió de la casa. Lesley casi había llegado a la punta, cuando lo encontró.

Estaba sentado en una roca, un poco más allá del faro, con la mirada clavada en sus pies. Tenía un cigarro entre los dedos. Lesley lo miró, mientras daba una profunda aspiración, y luego descansaba la frente contra el puño. Este era un Matt al que nunca había visto. Con la cabeza inclinada, y los hombros caídos. Tenía la palabra "derrota" escrita en la frente.

En ese momento dejaron de importarle sus problemas. Todo lo que quería era acercársele, confortarlo y reanimarlo. Al mismo tiempo, reconoció que no tenía idea de cuál sería su problema.

Dio un paso hacia él, soltando una roca con su zapato, lo que provocó un fuerte sonido. Matt se volvió y la miró. Se puso de pie.

—¿Tenías miedo de que me perdiera? —preguntó, burlón.

—Harry sí —respondió Lesley.

—Ah… me lo temía —pasó a su lado, pero ella lo tomó del brazo.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? —Matt la miró con el ceño fruncido.

—Por… por lo que dije… acerca de que…

—Oh, eso. No te preocupes por eso. Has dicho cosas peores.

Comenzó a caminar, mas ella no lo dejó ir.

—De verdad, Matt. Yo no quería…

—¡Te dije que lo olvidaras! —pasó junto a ella y se dirigió al camino.

—¡Matt! —corrió tras él—. ¡Matthew!

—¿Qué? —dio media vuelta y la miró.

—¿Qué sucedió contigo?

Él se quedó muy quieto. Parecía que ni siquiera respiraba. Sus miradas se encontraron otra vez, y aun en la oscuridad, Lesley pudo distinguir su angustia.

Él pasó saliva convulsivamente, luego su vista vagó por el paisaje. Lesley dio un paso hacia él, y tuvo miedo de que escapara. No lo hizo. Otro paso la acercó lo suficiente para ver que había gotas de sudor sobre el labio de Matt y la frente.

—¿Qué sucede?

—Nada.

—¿Tienes fiebre?

—Creo que sí.

—No debiste quedarte tanto tiempo afuera. Lo siento.

Él encogió los hombros. Ella se acercó un poco más, parándose junto a él.

Cansada, le puso la mano sobre la frente. Se sentía fresca. La infección parecía estar disminuyendo, pero seguía muy débil.

—Deberías dormir más.

—¿Sí?

Lesley sabía a lo que él se refería. Aquella primera noche no había sido la única que bajó por la escalera. Casi a diario lo hacía. Se lo había mencionado al doctor Palson y él sólo movió la cabeza y le aseguró que no era algo grave.

—Vamos —le dijo a Matt—, vamos a casa —se movió frente a él, concentrándose en llevarlo a su lado, sin permitirse pensar en algo más. Quería que la siguiera, y se sintió mejor cuando tras un momento

de duda, él lo hizo.

Caminaron en silencio por el estrecho sendero. Llegaron al camino y regresaron al pueblo.

—¿De verdad te mandó Harry a que me buscaras? —preguntó Matt de repente.

—Lo sugirió.

—De otro modo no lo hubieras hecho.

—Yo… no lo sé. Tal vez sí. Me sentía culpable.

—¿Culpable?

—Por lo que dije… No esperaba que lo tomaras tan…

—¿Tan a pecho?

—Bueno, sí. Quiero decir, yo nunca intenté lastimarte… ¿Acaso?… ¿Estás?… —

no podía hacerle aquella pregunta.

—No, estoy bien.

—No debiste salir solo. No conoces el área.

—Conozco la punta. Podría haber ido allí con los ojos vendados. A pesar de que fue hace mucho. Yo… —se interrumpió de repente y encogió los hombros como si no importara—. Estuvimos allí muchas veces.

—Pudiste lastimar tu pierna —insistió.

—Estoy mucho mejor, aunque tardaré algún tiempo en regresar a la normalidad. En el hospital me aseguraron que quedaría como nuevo.

—Tal vez si descansaras un poco —señaló Lesley mientras se acercaban a la casa.

—Supongo que sí.

Ella disminuyó un poco la velocidad, deseando pasar más tiempo con él. Por fin hablaban, ya no discutían como lo habían hecho desde que él llegó.

Estaba descubriendo a un nuevo Matt, un Matt sensible, que la intrigaba. Y al llegar a la casa no pudo evitar aconsejarle:

—Deberías tratar de dormir un poco más esta noche.

Matt le lanzó una mirada curiosa y luego se concentró en la luz de la casa, frente a ellos.

—Sí, lo intentaré —le dirigió una sonrisa y se detuvo frente al sendero.

—¿No vas a entrar? —inquirió ella después de una pausa.

—En un momento —metió las manos en los bolsillos y sacó un cigarro—. Tengo algo que hacer. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó Lesley y se alejó.

No era el mismo hombre con el que se había casado, ahora lo sabía. Habían desaparecido su confianza en sí mismo, su enorme ego y la indestructible coraza que hacían de él un intrépido reportero. En su

lugar había un hombre indiferente, era un nuevo Matt Colter, al que no conocía.

Era un enigma, un misterio, un individuo que la intrigaba. Y, a pesar de todo, sentía una urgencia por armar el rompecabezas. Pero no sabía si se atrevería.

Una vez ella y Matt hablan tenido una relación. Una vez, él la había convertido en pedazos. ¿Tenía objeto intentarlo de nuevo?

La posibilidad la tentaba.

Se fue a la cama esa noche, haciéndose preguntas al respecto. Despertó, a las tres de la mañana, aún preguntándose lo que haría: vio luz en la planta baja.

No fue a investigar. Sabía de quién se trataba. Y si Harry también estaba levantado, podrían entretenerse uno al otro. Si ella bajaba, no sabía lo que sucedería.

No sabía lo que quería que sucediera. Y, hasta que estuviera segura, guardaría su distancia.

Capítulo 6

Lesley descubrió que era más fácil decirlo que hacerlo. Matt estaba en todas partes. Y, aunque trataba de evitarlo, no era tan fácil como tomar a Rita y desaparecer todo el día para irse de compras a Freeport. Significaba omitir su convivencia con los niños, acortar sus charlas con el tío Harry y limitar las reuniones viendo el televisor, o leyendo un buen libro.

Cada vez le resultaba más difícil pensar que él se iría, cuando pasaban los días y profundizaba más en sus vidas.

Mayo se convirtió en junio. La herida de Matt comenzó a cicatrizar, las llamadas telefónicas de revistas sensacionalistas cesaron, en cambio las de sus editores se incrementaron. Matt seguía firme.

Aunque se recuperaba, su apariencia distaba mucho de la del hombre que Lesley conoció alguna vez. Muchas veces Lesley estuvo tentada a interrogarlo, pero sabía que si lo hacía, iba a revelar debilidad. También el aspecto de ella comenzaba a deteriorarse.

La gente hacía comentarios. En la escuela le preguntaban si estaba resfriada.

Otra secretaria señaló que tal vez Lesley no dormía bien. No lo hacía. Nada le gustaría más que ir a casa y dormir varias horas, alejando de su mente a Matt. Pero ese día iba a asistir a la junta de la Asociación de Enfermeras que se celebraba en Portland.

Lesley tomó sus papeles y los acomodó en la mesa de la cocina. Pensó que por fin tendría una tarde lejos de Matt, por un motivo legítimo.

No contó con que él estuviera allí, listo para salir.

—¿A dónde vas?

—A Portland.

—¿Portland? ¿No es eso un poco drástico sólo por evitarme?

—No estoy evitándote.

—¿No?

—No. Tengo una junta de la Asociación de Enfermeras.

—¿Y no puedes faltar? —Lesley lo miró—. ¿No puedes?

—¿Que tú me hagas esa pregunta? ¿El hombre que volaba a enfrentarse a las balas sólo por obtener una historia?

—Olvida eso.

—No, no puedo. Tengo que dar una conferencia.

—Yo iré contigo.

—¿Qué?

—Yo te llevaré.

—¡No!

—Pensé que no me eludías. Entonces…

—No necesito que me lleves. Yo…

—Quiero ir.
—La reunión te aburrirá. ¿Y qué harás ese tiempo en Portland?
—Encontraré algo que hacer. ¿Saldrás en este momento?
—Sólo tengo que preparar la cena para ti, Harry y los niños.
—Para mí no —la corrigió—. Estaré listo para salir cuando tú dispongas.
Lesley claudicó. Además si él conducía, ella podría revisar sus notas para la conferencia, cuando menos durante parte del viaje. Y cuando terminara podría dormir o fingir que lo hacía.
Intentó seguir sus planes, pero Matt se sentía inclinado a hablar.
—¿Cuándo te incorporaste al programa de la escuela de enfermería? —
preguntó cuando ella cerró su libro de notas.
—A mi regreso el año pasado.
—¿Así nada más?
—Hmm.
—Es un buen trabajo que te permite atender a los niños.
—Sí.
Permaneció silencioso un momento, concentrado en el camino. Luego la miró.
—Son unos niños maravillosos, Lesley.
—Eso creo —Lesley sintió que el familiar dolor crecía en su corazón.
—Me alegra que los tengamos.
Lesley no replicó porque no quería pelear, así que deliberadamente miró por la ventana y guardó silencio.
Se detuvieron a cenar en un pequeño restaurante del camino, al norte de Portland, y luego Matt la dejó en el lugar de la reunión antes de las siete y media.
—¿Qué harás?
—¿Podría escucharte? —preguntó, esperanzado.
—De ningún modo.
—Entonces caminaré y veré los escaparates. No te preocupes, estaré aquí a las nueve.
Poco después de las nueve, Matt regresó. Lesley se vio obligada a presentarlo con Mary Potter, la presidenta regional, quien la había seguido para aconsejarle que condujera con cuidado y se apresurara a regresar a casa.
—Este es… mi esposo, Matt.
—Me da mucho gusto que esté a salvo —le dijo Mary dándole la mano—. Sé lo preocupada que estaba Lesley. De verdad, debe de haber sido horrendo.
—Sí, lo fue —Matt la miró, y luego vio a Lesley con curiosidad.
—Bueno, tenemos que irnos —dijo Lesley—. Es un camino muy

largo.
—Por supuesto. Te veré a fin de mes en Boston.
—¿Me esperaste aquí? —le preguntó Lesley a Matt en el momento en que estuvieron solos.
—Sí. ¿Estabas preocupada? —le preguntó refiriéndose al comentario de Mary.
—Por supuesto —respondió Lesley mientras subía al automóvil.
—Nunca lo sospeché.
—Bueno, lo estaba.
Matt puso en marcha el vehículo.
—Me da gusto.
No hablaron durante un rato. El sonido de los limpiaparabrisas era hipnótico, y a pesar de lo tensa que se encontraba, Lesley descubrió que se calmaba. Se encontraba más tranquila cuando él preguntó:
—¿Vas a repetir la conferencia en Boston?
—¿La escuchaste? —se sentó muy derecha.
—No. Tú terminabas cuando yo llegué. Es una lástima.
—No te interesaría.
—Me hubiera gustado escucharte. Realmente estás interesada en esto, ¿verdad?
—Los niños son importantes, son el futuro del mundo.
Matt no replicó. Ella lo miró, concentrado en el lluvioso mundo al otro lado del parabrisas. Esperó en vano, no pronunció una sola palabra.
Lesley estaba decepcionada de que la conversación hubiese terminado, aunque se dijo que era mejor así.
Matt mantuvo el silencio la mayor parte del camino, sólo respondiendo monosílabos cuando Lesley le hacía una pregunta, y negándose a dejarla conducir.
—¿Estás seguro? Condujiste hasta acá, y te veo cansado.
—Estoy bien, despierto —replicó con amargura—, como siempre.
—Como has pasado las noches, ¿verdad? —Lesley se había acostumbrado a ver encendida la luz de la escalera cada vez que despertaba a media noche.
Matt encogió los hombros.
—Normalmente no lo sugeriría, pero dadas las circunstancias, ¿por qué no tomas un sedante? Estoy segura de que el doctor Palson podría…
—No.
—Pero…
—Dije que no. No necesito drogas. No eso, encima de lo demás.
—¿Además de qué, Matt? —inquirió con tranquilidad.
—¿Te atreves a preguntar eso? —se volvió a mirarla—. ¿Qué hay acerca de que mi matrimonio es una broma? ¿Que mi esposa está

comprometida con otro hombre?

Ese tipo de cosas favorecen el buen dormir, ¿verdad?

—Demonios, Matt, deja a Jacques fuera de esto. Tú sabes que él no…

—No me digas que no es parte de esto. ¿Por qué, Les? ¿Por qué, por el amor de Dios? —no podía responder. Matt negó con la cabeza —. Ah, demonios. Duérmete, Lesley y déjame solo. Tú fuiste la que hiciste todo el trabajo. Tú eres la que debe estar cansada.

Hecha pedazos, Lesley se inclinó contra el asiento y lo miró entre las pestañas.

Sabía lo que quería, pero no tenía el valor de decirlo; y había más en su falta de sueño que el hecho de que ella estuviera comprometida con Jacques. Si no era lo bastante valiente para admitir que lo amaba, había cosas que él no parecía lo bastante valiente para enfrentar.

Fingió dormir, aunque sólo tenía los ojos cerrados. Se preguntaba qué pasaba por la cabeza de aquel hombre. Como siempre, él no le daba muchas pistas. Sólo suspiró un par de veces mientras conducía directo a casa.

Debió dormir un rato antes de llegar, porque en un momento estaba mirando el camino, y al siguiente, sintió que la sacudían con suavidad y le informaban que estaban en casa.

Parpadeó y se enderezó. Poco después, abrió la puerta y salió con rapidez. La lluvia no era tan intensa, pero le dio una excusa para correr a la casa.

Matt la siguió, y cuando ella colgaba su impermeable detrás de la puerta, él apenas llegaba. La miró con tranquilidad.

—Gracias por llevarme —le dijo Lesley—. Lo aprecio mucho.

—No hay problema —respondió, amable. Se quitó la chaqueta y sacudió la cabeza.

Lesley fue a la cocina, debatiéndose entre ir directamente a la cama o quedarse a hablar con él.

—Deberías tratar de dormir, Matt.

—Dile a Jacques que se lance al abismo.

—¿Y así dormirías? —preguntó con una ceja levantada.

—Tal vez.

—Quizás hay más que eso.

Él se volvió para buscar el periódico de la tarde, ignorando sus insinuaciones.

Sin embargo, Lesley no iba a desistir tan fácilmente.

—¿No quieres un vaso de leche caliente?

—Muy maternal de tu parte.

—Podría ayudar.

Lesley lo ignoró, porque no se sentía particularmente maternal.

—Si tú insistes.

Le sirvió una taza de leche caliente procurando no hacer ruido para no despertar a Harry o a los niños.

—Gracias —le sonrió ligeramente.

—De nada —se dirigió a la escalera—. Voy a la cama. Si te acuestas en cuanto termines eso, y no te levantas hasta las nueve, podrás descansar lo suficiente.

—Sí.

Subió de prisa por la escalera. Él le sonreía, y ella se dio cuenta de que tenía que poner cierta distancia para que su sentido común funcionara.

Se puso un camisón y se preparó para meterse en la cama, esperando escuchar a Matt. Como no lo hizo, regresó en silencio a la cocina.

Él aún estaba allí, con la cabeza apoyada entre los brazos y el tarro de leche vacío, a su lado.

—¿Matt?

Él levantó la cabeza y la miró, con el cabello revuelto y la mirada triste.

—¿Por qué no te vas a la cama?

—¿Contigo? —preguntó débilmente.

—No —negó Lesley.

—¿Al cuarto de Teddy?

Lesley asintió. Él suspiró, se levantó y la siguió a la planta alta.

—La leche ayudará —le aseguró frente a la puerta de Teddy.

—¿Eso crees?

Antes que pudiera responder, la tomó entre sus brazos y la besó, con labios exigentes. Luego, abruptamente, la soltó.

—Te apuesto a que esto me ayudará más.

—¡Ma! —Lesley se puso las manos sobre la cabeza—. ¡Ma! ¡Mamá! ¡Despierta!

—una mano la tomó por el hombro, sacudiéndola. Ella se soltó—. ¡Ma! ¡Vamos, ven conmigo! ¡Mamá!

Lesley estaba soñando y no quería despertar.

—¡Ma!

Despertó de un salto, para encontrar que Teddy la sacudía.

—¿Qué sucede? ¿Tienes pesadillas otra vez? —cuando habían llegado a Estados Unidos, los niños con frecuencia soñaban cosas terribles, sin embargo, lo superaron.

—Yo no. Se trata de Matt. Ven, rápido —Teddy tiraba de ella una y otra vez, y ya despierta, Lesley salió de la cama para seguirlo—. ¡Escucha!

Matt se quejaba, casi llorando, mientras la cama crujía bajo sus movimientos. Se apresuró a llegar a la habitación de Teddy.

—No —murmuraba—. ¡No!

Lesley se apresuró a acercársele. Lo cubrió con la sábana que tenía enredada en las caderas.

—Matt —le habló con suavidad, calmándolo—, todo está bien.

Él se soltaba, sin escucharla.

—¡No!

Ella lo había visto muchas veces dormido, había compartido su lecho por más de dos años, y nunca actuó así.

A veces, cuando regresaba de una misión particularmente difícil, no podía dormir de inmediato. Sin tener en cuenta la hora, permanecía despierto, mirando el techo, hasta que ella llegaba a la cama y lo tomaba entre sus brazos.

—No puedes —dijo él—. ¡No! Es muy peligroso —su voz era urgente. Su rostro estaba distorsionado—. ¡No!

—Matt —lo tomó por los hombros tratando de sostenerlo, pero él se alejaba de ella—. Estás bien, estás libre ahora y a salvo.

Aquellas palabras penetraron en su cerebro; negó con la cabeza y gritó:

—¿Libre? Nunca. ¡Oh no! —lágrimas silenciosas corrieron por sus ojos y se deslizaron por las mejillas.

—¿Qué le sucede? —preguntó Teddy.

—Sólo está soñando —contestó Lesley al escuchar la preocupación en la voz del niño—. Tú soñabas también… ¿Recuerdas?

—Sí —murmuró Teddy—, pero nunca grité. Yo…

—Sí lo hacías —dijo Lesley—. Sólo que no recuerdas. Y Matt probablemente tampoco lo recordará. Mira —trataba de incorporar a Matt para que se sentara—.

Vamos, está bien —lo calmó.

—¡No! —tembló.

—¿Matt? —su voz temblaba. Toda ella temblaba.

Él tenía la cabeza húmeda contra su hombro, y ella lo sentía estremecer ligeramente.

Su pecho se expandía con rapidez y poco a poco volvía a la normalidad, conforme la pesadilla iba quedando atrás. Levantó la cabeza y la miró.

Él pronunció el nombre de Lesley con un tono muy bajo, luego intentó soltarse, pero como ella se mantuvo firme, se apoyó una vez más contra su hombro.

Lesley le acarició el cabello, dando masaje a los músculos tensos del cuello con la otra mano y mirando los ojos enormes de Teddy.

—No te preocupes —le dijo a su hijo—. Estará bien.

—Pero…

—Vuelve a la cama.

Reacio, atravesó la habitación y se subió a su cama, sin dejar de mirar a Lesley, quien aún tenía a Matt entre sus brazos.

Gradualmente, conforme su respiración se tranquilizaba, ella dejó de acariciarlo y comenzó a retirarse. Escuchó que Matt volvía a respirar intranquilo.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad. Él negó con la cabeza. Le pasó la mano por el cabello una vez más, y luego lo acostó—. ¿Recuerdas lo que soñabas?

—Sí —respondió, nervioso, después de pasar saliva varias veces. Esa palabra no fue más que un susurro.

—¿Quieres hablar de?…

—¡No! —se puso rígido y se apartó de ella.

—No te preocupes, entonces —Matt cerró los ojos y negó con la cabeza—.

¿Puedes volver a dormir? —Matt volvió a negar. Se movió para salir de la cama—.

¿A dónde vas?

—Abajo.

—Necesitas dormir.

—No puedo. Ya viste lo que sucede cuando lo interno.

—¿Y las otras noches?

—Subía una media hora y luego volvía a bajar.

—¿No has dormido?

—Muy poco. Cuando lo hago… Bueno, ya ves lo que pasa.

Se levantó. Lesley lo miraba, deshecha, pero, ¿que podía hacer?

—Está bien —se detuvo lo suficiente para besar a Teddy—. No te preocupes —

le dijo al niño.

—Estaré bien —corroboró Matt—. Sólo que no quiero molestarte otra vez.

—No lo harás —protestó Teddy rápidamente—. De verdad, puedes quedarte aquí.

—No —Matt tomó un pantalón y una camiseta. Luego le dirigió una tibia sonrisa a Teddy.

—¿Quieres que… baje contigo…? —aventuró Lesley.

—No.

Cruzó la sala y se dirigió al porche. Lesley regresó a la cama, pero no pudo dormir. Tenía los ojos abiertos y miraba el techo, y en su mente sólo veía las lágrimas de Matt y su expresión desesperada.

Había estado en lo correcto acerca de que su insomnio no tenía que ver con Jacques.

Pero entonces, ¿qué era lo que soñaba? ¿Qué había sido tan peligroso? ¿Con quién hablaba cuando decía que no? Pasó mucho tiempo, mientras ella esperaba escuchar el sonido de las pisadas de Matt, que regresaba a tratar de dormir. Nunca las oyó.

Nadie subió, cuando menos. Podía oír ligeros movimientos en la

planta baja. El crujido ocasional del suelo, o el movimiento de la puerta. Silencio. Luego, otra vez la puerta.

Su herida mejoraba, mas al no dormir, volvería a enfermar. Él se negaba a tomar sedantes, pero tenía que hacer algo para ayudarlo a dormir.

En el pasado, sólo una cosa lo había ayudado cuando el recuerdo de los lugares que había visitado lo mantenía despierto. ¿Se atrevería?

—¿Qué haces? —Matt se volvió al escucharla abrir la puerta.

Lesley no respondió, sólo fue y lo tomó de la mano. Tardó casi media hora en decidirse y no estaba muy segura acerca de cómo reaccionaría Matt.

—Necesitas dormir.

—Ya te lo dije… ¡No puedo!

—Te ayudaré —tiró de su mano y lo guió por la sala.

—Ya no quiero más leche caliente.

—Claro que no —su voz era seca. Apagó la luz y lo condujo escalera arriba.

—No puedo regresar allí —reiteró cuando se acercaban al cuarto de Teddy—.

Despertaré…

—No a este dormitorio —le dijo Lesley llevándolo al suyo.

—¿Sexo? —sonaba incrédulo al mirarla.

Por un momento ella perdió la compostura y replicó:

—No seas tonto, Matthew.

—Bueno, qué más…

—Métete en la cama —ordenó ella.

—Pero…

—Hazlo.

Si él no obedecía en ese momento, Lesley iba a dar media vuelta y salir corriendo. Le estaba tomando todo su poder de voluntad, hacer aquello. Incluso podría destruirla.

—Oh, está bien, si prefieres ser tú la que se quede abajo… —Matt encogió los hombros y comenzó a desabotonarse el pantalón.

Lo lanzó sobre la cómoda y se quitó la camiseta. Luego se metió en la cama estirándose debajo de las sábanas y cruzó los brazos bajo la cabeza.

—¿Y ahora qué? —preguntó con un suave temblor en la voz.

—Ahora esto —murmuró Lesley con toda la tranquilidad que pudo. Se quitó la bata y se deslizó a su lado.

Nunca supo quién se llevó una sorpresa mayor. Toda la gimnasia mental y la preparación del mundo no le ayudaban para la tibieza del cuerpo de Matt contra el suyo, mas ya no podía dar marcha atrás.

Así que reuniendo todo el coraje que le quedaba, se acercó a él y le pasó un brazo sobre el pecho. El corazón de Matt latía con fuerza y su

respiración no era normal.

—¿Lesley? —su voz no era más que un gruñido.

—¿Mmmm? —levantó la cabeza y lo miró. Parecía muy tenso, temeroso.

—¿Se supone que esto me ayudará? —sonrió, desesperado.

—Solía ser útil. ¿Te acuerdas?

—¡Oh, demonios! No quiero recuerdos, Lesley —dijo, furioso.

—Entonces olvídalos, olvida todo.

—No puedo —trató de separarse—, ese es el problema.

Lesley lo abrazó con fuerza y lo acercó más. Él se resistió un momento, mas Lesley no lo soltó.

—Está bien, entonces nos quedaremos aquí para recordar juntos.

—No —murmuró Matt. No movió un solo músculo. Sólo se aproximó a ella, permitiéndole abrazarlo y acariciarle la espalda.

El reloj marcó cuarto para las cuatro. El tiempo se movía, pero Lesley no. Y

gradualmente sintió que la tensión de Matt comenzaba a disminuir. Se volvió, y Matt con ella. Apoyó la cabeza sobre el pecho femenino, con la mano extendida en el muslo. Su respiración, se hizo más profunda y lenta.

—¿Matthew? —preguntó Lesley en un murmullo.

No hubo respuesta. Sus manos se deslizaron por la fuerte curva de la espalda y se juntaron abrazándolo. Así había sido antes, después de Beirut, después de Johannesburgo, después de El Salvador, y después de Belfast. Y cada vez la había abandonado. ¿Era lo bastante tonta para permitir que le hiciera lo mismo?

Capítulo 7

Era una mañana como cualquier otra. Sólo que no lo era… porque había despertado en los brazos de Matthew Colter. Apenas pasaban de las seis cuando abrió los ojos para contemplar la cabeza oscura de Matt. Una vez que los abrió y recordó dónde estaba, no pudo cerrarlos de nuevo.

Tenía que levantarse para ir a trabajar. Sin embargo, no fue la idea del trabajo que la esperaba la que la despertó. Allí estaba, respirando la esencia masculina de él, permitiendo a sus manos palpar la piel, y a su cuerpo, dar la bienvenida al peso de Matt.

¿De verdad le daba la bienvenida? Era una buena pregunta. Sin embargo, para su cuerpo no había duda, su mente era la escéptica. ¿Y sus emociones? Estaban en guerra una contra otra. Parte de ella deseaba que se quedara, y la otra no quería arriesgarse a sufrir más, a convertirse en una mujer como su madre.

Por fin Matt se había dormido, se dijo, y ese era el propósito de todo.

Se deslizó lentamente tratando de alejarse de él. Sus manos la estrecharon un momento, mas no había ansiedad, y cuando ella soltó los dedos masculinos, sólo se resistió un momento antes de suspirar y dejarla ir.

Salió de la cama y se puso una bata. Se dirigió a la puerta, se detuvo y dio media vuelta. Era muy temprano, y no sabía cuándo tendría la oportunidad de mirarlo así. Así que por todo el tiempo que pudo, permaneció allí, quieta. Luego salió antes que la tentación fuese demasiada y volviera a la cama.

Matt no despertó antes que ella se fuera para la escuela, y a ella le dio gusto. No sabría qué decirle, ni qué le diría él a ella, y no quería descubrirlo frente a los niños.

En la escuela tuvo bastante trabajo para no pensar en él en todo el día. Pero de regreso a casa se mostraba cada vez más inquieta. Sólo el cielo sabía lo que él había pensado de ella. Lesley no quería que equivocara sus motivos, tenía que aclarar las cosas de inmediato. Desafortunadamente, cuando llegó a la casa, él no estaba.

—Fueron a pescar, él y Teddy —le informó Harry—. Dijeron que traerían bastante para cenar. ¿Te parece bien?

—Bien.

El tío Harry dobló el periódico en el que estaba resolviendo un crucigrama.

—Está trabajando duro. Trabaja por la mañana en un libro acerca de sus viajes, y por la tarde hace artículos para mí, hasta que los niños regresan. Dice que busca un equilibrio.

—¿Equilibrio? —no era una palabra que estuviera en el

vocabulario de Matt Colter.

—Parece que le está funcionando, lo veo bastante mejor. Deberías intentarlo tú, en lugar de trabajar todo el día. Apenas te vemos.

Lesley no replicó, a pesar de lo injusto del comentario. Ya esperaría para hablar con Matt.

Cuando él y Teddy regresaron, no tuvo oportunidad de hablarle. Resultaba obvia su mejoría. No se atrevió a comentarlo, en vez de eso comenzó a preparar la cena. En cierto momento, él se le acercó, pero no pudo decirle nada porque sin darle oportunidad, le murmuró al oído la palabra gracias.

Lesley sintió que le subía el color a las mejillas.

—De nada —luego, como no quería que confundiera sus palabras, agregó—: Espero que duermas mejor de ahora en adelante.

—Estoy seguro de que así será —replicó, sonriente.

Cuatro horas después, al subir a su habitación, descubrió a lo que se refería.

Él estaba tendido en su cama.

—¡Matthew! —se detuvo en el marco de la puerta. Él le dirigió una seductora sonrisa. Ella cerró la puerta para que nadie pudiera escucharlos—. ¿Qué haces aquí?

—Te espero.

Él no llevaba camiseta, y probablemente tampoco usaba algo más. Tenía los brazos debajo de la cabeza, y la sábana le cubría hasta la mitad del pecho.

Lesley recordó cuando él la esperaba así, los primeros días de su matrimonio.

Movió la cabeza, tratando de olvidar.

—No, Matt.

—Sí, Lesley.

—No quiero dormir contigo.

—No te creo.

—No quiero —cruzó los brazos en el pecho y se apoyó contra la puerta. Él apartó la sábana y deslizó sus largas piernas fuera de la cama. Lesley cerró los ojos de golpe.

No necesitó la vista para saber que se había detenido frente a ella. Podía sentir el calor de su cuerpo, escuchar el sonido de su respiración, aunque deseaba que se alejara.

—Lesley —su voz era suave e insistente—. Ven a la cama.

—No.

Matt puso las manos en torno a su cintura para comenzar a quitarle el suéter.

—Vamos, Les —él se inclinó para rozar con los labios la mejilla de Lesley. Ella tembló y él gruñó—. Les —le murmuró al oído, para luego mordisqueárselo.

Resistir era una tortura. Lo deseaba, pero tenía miedo. Lesley se puso rígida y oró para que su cuerpo no la traicionara. Su ruego cayó en el vacío. Le dio la bienvenida a aquellos familiares labios, a las manos acariciadoras y al roce gentil de pestañas contra sus mejillas.

Él se estiró para apagar la luz y sumir la habitación en completa oscuridad.

Lesley abrió la boca para protestar y lo que recibió fue un beso.

No se habían besado desde que Matt regresó. Los diques se rompieron y los sentimientos de Lesley se desbordaron, arrastrándola y llevándola por el camino que más deseaba. La condujo a la cama y la acostó sin dejar de besarla.

En un instante estuvo a su lado, y con manos temblorosas le sacó el suéter por la cabeza.

—Te extrañé —murmuró antes de capturar de nuevo sus labios. Su lengua buscó la de ella y Lesley le permitió encontrar lo que buscaba.

Le echó los brazos al cuello abrazándolo con fuerza y lo besó en el mentón, el cuello y finalmente en los hombros, mientras acariciaba los rizos de vello de su pecho. Su aroma la intoxicaba.

Con dedos temblorosos se inclinó hacia él, acariciando sus hombros, para luego pasar el dedo por la espalda, modelando la curva de la espina y la firmeza de su trasero. Él dio un gruñido.

—¡Oh, Les! —parecía incapaz de dejar de tocarla—. Te necesito —murmuró Matt bajando la cabeza. Luego la cubrió con su cuerpo.

Lesley le pasó las manos por la cintura, manteniéndolo contra sí, sintiéndolo temblar, temblando ella misma, revelando la tormenta que los consumía. La tormenta estalló, arrastrándolos, hasta que por fin regresaron a la tierra.

Ella no lo lamentaba. Todavía no, tal vez algunas horas después. Cuando el sentido común y los recuerdos de experiencias pasadas se abrieran camino.

Por ahora gozaba de paz, tranquilidad y la sensación de haber recorrido un largo y solitario camino para finalmente llegar a casa.

El peso del cuerpo de Matt sobre ella la hipnotizaba, el golpeteo de su corazón la hacía sentir mejor, y la humedad de su mejilla contra la de ella… Dio un salto y le tocó el rostro con el dedo.

—¿Matt? ¿Estás llorando?

—Claro que no.

—Oh, Matt —murmuró—. ¡Oh, Matt! —lo envolvió entre sus brazos para tenerlo muy cerca.

—Te amo —suspiró Matt. Luego se quedó dormido.

Aquel sábado fue un día distinto. Se sintió diferente desde el primer momento.

De algún modo era más tibio, más agradable, más feliz. Y cuando abrió los ojos supo por qué. Miró de frente el rostro de Matt. Él la

contemplaba sobre su codo, sonriéndole, aunque la miraba con seriedad.

—Buenos días —la saludo y se inclinó para darle un ligero beso en la nariz.

—Buenos días —respondió Lesley con voz aprensiva.

La noche anterior se esfumaron las preocupaciones, mas ahora retornaban.

Trató de recuperar aquella sensación de tibieza, de alegría y felicidad que se evaporaba frente al sol de la mañana.

—Es mejor que se lo digas a Jacques.

—¿Decirle qué? —¡Jacques! Lesley cerró los ojos y continuó—. ¿Que hice el amor contigo?

—Bueno, aunque eso me gustaría mucho, creo que no sería muy diplomático.

¿Por qué no le dices tan sólo que has cambiado de idea?

—Estoy cambiando de ideas acerca de ti —protestó Lesley empujándolo, pero él se le acercó un poco más. Su muslo desnudo rozaba las piernas de ella, debajo de las mantas.

—Con respecto a él —corrigió Matt—. Yo me ocuparé de que no cambies de idea en cuanto a mí.

—Pero… —la silenció con un beso.

—No puedes casarte con él, ¿o sí?

No, claro que no podía. Nunca debió aceptar a Jacques. Pero en ese momento le pareció lo mejor. De repente, negó con la cabeza, avergonzada. Matt lanzó un suspiro de alivio. Enredó los dedos en su cabello, alejándose del rostro, para luego acariciarle las mejillas con los dos pulgares.

—Gracias a Dios —murmuró. Lesley se puso rígida—. ¿Qué sucede?

—No puedo… Yo no…

—¿No puedes qué? ¿No qué? —la miró con fijeza.

—Estás en lo correcto. No puedo… casarme con Jacques. Pero…

—¿Pero qué?

—Pero esto… Lo que hicimos…

—Hicimos el amor.

—Yo… —Lesley asintió—. Yo no sé… No puedo…

—¿No puedes qué, por el amor de Dios? No me digas que no deseabas hacerlo, no te creeré.

—Yo… yo sí… sí quería. Ahora… —su voz se perdió.

—Aún lo deseas —insistió él—. ¿Quieres que te lo demuestre? —se le acercó un poco más, pasando su mano libre por el pecho desnudo de Lesley.

Lesley levantó la mano para detenerlo y sus dedos se entrelazaron, para después descansar entre sus cuerpos. La fuerza de su mano

envolviendo la suya la hizo recordar cuando ella lo había abrazado. Él volvió a besarla y ella no se resistió.

—Te lo dije —murmuró con suavidad, más tarde.

Aquello no había resuelto su problema, así que Lesley cerró los ojos, pero antes que pudiera pensar en alguna respuesta se escucharon unos golpecitos en la puerta, que se abrió de súbito.

—Mamá —comenzó Rita—. ¿Sabes en dónde está papá?… —se detuvo y contempló a la pareja—. ¡Oh! ¡Aquí está… Teddy! —gritó y volvió a cerrar la puerta

—. ¡Aquí está! —repitió la niña en tanto bajaba por la escalera.

—Magnífico —murmuró ella con las mejillas encendidas.

—Lo fue. Magnífico, quiero decir —exclamó Matt, sonriendo.

—¡No me refiero a eso! —exclamó Lesley, molesta—. Y tú lo sabes. Me refiero a Rita viéndote aquí.

—¿Y qué hay de malo? Estamos casados. Lo que debió preocuparte fue que me vieron pasar la noche en el cuarto de Teddy.

—Esperaban eso.

—Yo no.

—Debías suponerlo. Saben que estamos separados. Y ahora…

—¿Y ahora qué?

—Ahora pensarán que no lo estamos —lo miró, incrédula. Él confundió la mirada.

—Estamos casados y vamos a seguir así.

—No si vuelves a irte como…

—No voy a ningún lado. Voy a quedarme en casa.

—Quisiera creerlo —dijo Lesley negando con la cabeza.

—Puedes hacerlo —insistió.

Las palabras no lo eran todo. Ella lo sabía muy bien. Hasta ese momento había cumplido. Pero, ¿era digno de confianza? ¿O simplemente estaba haciendo tiempo

hasta que surgiera algún gran evento? Probarle que la amaba y la deseaba no era difícil, pero probar que podía confiar en él, que de verdad había cambiado, tomaría un poco más de tiempo.

—Ya veremos.

Salió de la cama, consciente de que estaba desnuda. Se duchó y vistió con rapidez, para ver a Matt nuevamente. Él seguía en la cama, contemplando cada uno de sus movimientos con seriedad.

—Créeme, Les.

—Voy a hacer unos panecillos, por si los niños aún no han comido —respondió ella asintiendo—. ¿Quieres unos?

—Suena bien. Me daré una ducha y bajaré de inmediato.

Lesley podía escuchar a los niños conversar en la cocina mientras bajaba por la escalera. En el momento en que apareció, la charla desapareció. Los dos la miraron, con los ojos muy abiertos y llenos de

esperanza.
Sintiendo que sus mejillas ardían, Lesley comenzó a preparar la harina, pero Teddy habló antes que ella pudiese abrir la boca.
—¿Todo está bien ahora?
—¿Todo bien? —Lesley fingió no comprender.
—Estás durmiendo con él.
—¡Teddy!
—Ella me lo dijo. Eso significa, que se queda, ¿no es así?
—Eso dice.
—¿Tú no le crees?
—No lo sé.
—Yo le creo —dijo Teddy para luego añadir con lógica infantil—: ¿Por qué querría irse? Todo lo que desea está aquí.
Lesley estuvo a punto de preguntarle si Matt se lo había dicho, mas se contuvo.
Terminaba el desayuno cuando Matt entró en la cocina. Su cabello aún estaba húmedo por la ducha, y llevaba un pantalón vaquero desteñido y una camisa de polo verde bosque. Estaba descansado y muy apuesto. Era obvio que hacer el amor con ella le había servido. Y si Lesley aún estaba perturbada, era obvio que él ya no.
Acarició la cabeza de Teddy, le dio un tirón cariñoso a la cola de caballo de Rita y le dirigió una sonrisa a Lesley que la llenó de ternura e hizo que su corazón bailara.
Rápidamente se dio media vuelta para buscar las botellas de miel en la alacena.
—Buenos días —dijo sin dirigirse a nadie en particular, pero Lesley notó su presencia detrás de ella y antes que pudiese evitarlo, sintió sus labios en la nuca.
—¿Durmieron bien? —preguntó el tío Harry una vez que entró por la puerta de atrás.
—Muy bien —murmuró Matt, y Lesley se sonrojó.
—Yo también —dijo Harry—. Es un día maravilloso. Caminé hasta la punta.
Todos ustedes son unos flojos.
—Yo no —protestó Rita—. Estaba mirando caricaturas.
—¡Cosas de niños! —gruñó Teddy.
—Tú también las viste —protestó Rita—. Sólo mamá no lo hizo. Y Matt —
añadió mirándolos con picardía.
El tío Harry vio a los niños, sin comprender. Luego observó a Matt y a Lesley.
Una sonrisa se dibujó en su rostro.
—¡Ah! —el hombre mayor atravesó la habitación y le dio un ligero beso en la mejilla—. Me da mucho gusto.

Lesley logró sonreír. No tenía la misma confianza que los demás, pero ahora se permitía emocionarse un poco. Estaba cansada de luchar contra su corazón.

—¿Quieres venir con nosotros a lanzar el cohete, mamá? —preguntó Teddy cuando terminaron de desayunar, y ella descubrió que era el centro de todas las miradas. Considerando el alboroto que había hecho por el cohete, unos días atrás, no debía sorprenderle.

—Bueno, yo… —el hábito de evitar a Matt estaba ahora tan arraigado, que estuvo a punto de negarse. Pero entonces se dijo: ¿por qué no? Era un asunto familiar. ¿Acaso no había soñado muchas veces con una familia en la que lo padres y los hijos jugaran juntos?—. Está bien, iré.

—¡Entonces vamos! —exclamó Teddy.

—Ahora no —dijo Matt llevando los trastos sucios al fregadero—. Primero las obligaciones. Puedes ayudarme a llenar la máquina, para empezar.

Teddy protestó y recibió una dura mirada. Lesley no resentía el que los niños obedecieran a Matt. Si aquel hombre iba a ser su padre, estaba bien que lo amaran y respetaran. Esa tarde descubrió que él ya se había ganado gran parte de su respeto.

Lesley guardó unos emparedados y fueron al parque que daba a la bahía. Era el lugar ideal para un paseo familiar. Matt ayudó a Rita en los juegos, ganándose abrazos y besos y la eterna gratitud de su hija. Luego él y Teddy le dieron los últimos toques al cohete. Después de la comida, mientras Lesley mecía a Rita en los columpios, los varones acomodaron el cohete para el lanzamiento.

Lesley contuvo la respiración y Rita tembló. Teddy hizo despegar el cohete sin lastimarse.

—¿Lo ves? —le gritó corriendo y moviendo los brazos—. Te dije que podíamos hacerlo. Exactamente como Robby y su papá. ¡Lo sabía! —se volvió hacia Matt—.

Estoy muy feliz de que seas mi papá —corrió hacia el cohete para lanzarlo otra vez.

—Y yo estoy feliz de que seas mi hijo —dijo Matt con suavidad, sin que el niño pudiese escucharlo.

Lesley lo hizo, y cuando Matt la tomó de la mano y la condujo a los columpios, para sentarse a su lado, ella le preguntó:

—Has cambiado, ¿no es así? —se columpiaban con suavidad, dejado que la brisa del océano les alborotara el cabello—. Quiero decir, ¿no eras tú el hombre que no quería a los niños? "Nunca, jamás" —lo citó.

Matt asintió, se columpió, y Lesley se movió al parejo.

—¿Qué sucedió?

Por un momento él no respondió. Luego vio a los niños corriendo

por el césped, Teddy gritándole algo a Rita en español, que ella respondió con rapidez en inglés.

—Me gusta la familia. Es algo que llegas a apreciar… Cuando pasas por lo que yo pasé.

—¿Pasaste mucho tiempo…. pensando acerca de… de una familia?

—Casi no pensaba en otra cosa —respondió con una sonora carcajada, levantando el rostro al sol—. Aquello me hizo ver cosas en las que no había reparado antes. Me abrió los ojos. Cuando estás en un lugar durante meses, sin sitio a dónde ir, nada que leer, sin noticias, sólo puedes pensar, pero no en las cosas que hiciste, sino en las cosas que no has hecho y en las que deseas hacer. Y lo que yo deseaba… —la miró directo a los ojos—. Lo que yo deseaba eras tú.

Detuvo los columpios y la acercó a él. Luego acortó el espacio que los separaba y le dio un ligero beso en los labios, un beso que le dijo con más fuerza que cualquier palabra cuánto la había extrañado. Ella se lo regresó, deseando admitir cuánto lo había extrañado también.

Teddy les gritó, y Matt levantó la vista sonriendo para responderle:

—¡Métete en tus asuntos!

—¡Ese es mi asunto! —replicó Teddy.

—Supongo que sí —murmuró Matt—. Después de todo, es parte de mi familia

—aquellas palabras hicieron sonreír a Lesley. Luego él la levantó del columpio y la sentó en sus piernas—. Tú eres el centro de mi familia, la mujer en torno a la cual gira todo. Te amo —la abrazó y ocultó el rostro en su nuca—. Te amo más que a nadie sobre la tierra.

Y ese momento, al menos, Lesley le creyó.

Capítulo 8

Una hora más tarde, ya no estaba tan segura. Regresaron del parque abrazados, felices y exhaustos, para encontrar en la puerta al tío Harry.

—Creo que me morí y volví a nacer como máquina contestadora —se quejó—.

El teléfono ha sonado toda la tarde.

—¿Quién llamó? —preguntó Lesley.

—Reporteros, editores, la madre de Matt. Y Jacques.

—Oh, Dios —dijeron Matt y Lesley al mismo tiempo.

—¿Y qué querían? —preguntó él.

—Tu madre, a ti. Los editores, tu reacción.

—¿A qué? —preguntó quitándose la chaqueta y colgándola.

—Capturaron a un par de terroristas.

—¿A quiénes?

—No lo sé. Puedes llamar a cualquiera de estos tipos —Harry le entregó una lista de mensajes telefónicos—. Estoy seguro de que te informarán gustosos.

Lesley se acercó a mirar por encima del hombro de Matt, pero éste ya iba en dirección del teléfono.

—Y tú —le dijo Harry antes que pudiese seguir a Matt—, Jacques insistió en que lo llamaras sin importar a qué horas regresaras.

—¿Qué le dijiste? —Lesley deseó que Harry hubiese tenido más tacto que de costumbre.

—Que habías salido. Tú puedes comunicarle el resto.

Tendría que hacerlo, de inmediato. Tan pronto como Matt desocupase el teléfono. Podía escucharlo hablar en el otro cuarto, haciendo preguntas. Y cuando se acercó a la habitación, vio que asentía y se pasaba los dedos por el cabello. Era una postura que recordaba muy bien. La había visto innumerables veces. Significaba que estaba interesado, y que en cualquier momento colgaría el teléfono y se dirigiría a la puerta.

¿Aquella era la llamada que lo tentaría? ¿Sería esa la historia que no podría resistir? Lo ignoraba.

—Sí, así es. Ambos son unos desgraciados —luego de una pausa, añadió—: No… no —buscó por la habitación un cenicero, y luego sacó un cigarro—. Porque no quiero —Lesley contuvo el aliento, esperando mientras Matt escuchaba lo que el hombre al otro lado de la línea tenía que decir—. Simplemente… no. Mira, Dave, lo Nº Paginas 78-119

digo en serio —caminaba de un lado a otro de la habitación, con el teléfono—. Sé que es una buena historia… Sería un tonto si no lo supiera. Pero no iré, no quiero hacerlo

—su mirada se encontró con la de Lesley y le dirigió una cansada sonrisa.

Ella también le sonrió, apoyándolo. Era obvio que Dave seguía hablando, porque Matt frunció el ceño y volvió a pasear por la habitación. Luego Lesley le escuchó decir con convicción que había tenido suficiente, y que le dejaría saber si cambiaba de opinión, pero que no lo haría.

Apenas había colgado el teléfono, cuando volvió a sonar.

—No, no está aquí, lo siento —dijo y colgó.

—¿Para ti? —supuso Lesley.

—Harry está en lo correcto. Esto podría convertirse en un circo.

—Carlisle quería que fueras, ¿no es así? —a Lesley nada le importaba mientras Matt se mantuviera firme.

—Sí.

—Eso pensé.

—Pero no he aceptado —la tomó entre sus brazos.

—¿No te sentiste tentado? —preguntó mientras lo abrazaba.

—No. Estos últimos días sólo tú puedes tentarme —le sacó la camiseta del pantalón.

El teléfono volvió a sonar:

—Demonios —murmuró—. ¿Quién es? —inquirió al auricular, y Lesley escuchó débilmente la voz de Jacques preguntando si podía hablar con ella.

—Respecto a mi esposa… —comenzó Matt, pero Lesley le quitó el teléfono de la mano.

—Hola, Jacques —dijo sin aliento, mientras Matt le mordisqueaba una oreja—.

El tío Harry me dijo que llamaste.

—¿En dónde has estado?

—Fui… a dar un paseo —luchaba por ignorar la sensación de los labios de Matt en la sensible piel del cuello.

—¿Evitando a Colter? Puedes venir a verme.

—No, gracias. Necesito… hablar contigo.

Dijo abruptamente, soltándose de los brazos de Matt y se resguardó detrás del sofá.

—Déjame hablar con él —murmuró Matt. Lesley negó con la cabeza.

—Me alegra escucharlo —dijo Jacques con inocencia—. Ya era hora.

—Cuanto antes —dijo Lesley. Matt rodeaba el sofá con una sonrisa burlona.

—Mejor —continuó Jacques—. Pasaré a recogerte.

—No. Yo… —comenzó, iniciando la carrera en sentido opuesto al de Matt, tratando de encontrar las palabras para preparar a Jacques

cuando menos un poco para lo que iba a decirle.

Antes que pudiese agregar algo, lo escuchó decirle que estaría allí en quince minutos y colgó. Se quedó estática, con el auricular en la mano, mientras Matt se subía encima del sofá.

—No se lo dijiste —la acusó.

—¿Qué debía hacer? ¿Querías que solamente le dijera "Oh, y a propósito, no quiero casarme contigo"? Lo haré —prometió con rapidez—. Voy a salir con él.

—¡Claro que no!

—Voy a revelarle todo.

—¿Qué tienes que hablar?

—Tú lo sabes.

—No tienes que salir con él para decirle eso.

—No voy a enviarle una carta.

—¿Y por qué no?

—Porque no. Le tengo más consideración que eso. Y debes estar feliz de que sea así. ¿De verdad te gustaría tener una esposa a quien no le importaran los sentimientos de los demás? ¿Que sólo se preocupara de su vida, sus necesidades y deseos?

—No —respondió Matt quedándose muy quieto—. No me gustaría.

—¿Entonces?

—Ya entendí —le dedicó una sonrisa y no protestó cuando varios minutos más tarde Rita anunció desde la cocina que Jacques había llegado.

Lesley entró en la cocina donde él la esperaba. Parecía muy confiado cuando Lesley entró en la habitación, y ella se sintió mal.

La situación empeoró cuando él se acercó y la besó con suavidad. Se volvió con rapidez, para ponerse el impermeable que colgaba de un gancho, pero Jacques no pareció darse cuenta de que estaba nerviosa.

—¿Qué tal si vamos a tomar una rebanada de pastel? —sugirió.

—Oh… bueno… está bien —estaba confundida. Una parte de ella sentía que no necesitaba audiencia para lo que iba a decirle. Otra parte sospechaba que la distracción de un lugar público podría ayudarla.

Jacques no parecía tener idea de lo que iba a suceder. Silbaba mientras caminaban hacía su auto, y la tomó de la mano.

Conducía un Porsche, que no era accesible para la mayoría de los pescadores de langostas. Pero Jacques no era un pescador promedio. Había trabajado como loco durante los últimos años y tenía varios botes y un negocio floreciente.

—¿Qué otra cosa podía yo hacer cuando me dejaste? —le preguntó después que Lesley regresó de Colombia con los niños, y comenzaron a salir juntos.

Lesley cerró los ojos deseando no haber sido tan tonta. Ya era

bastante malo haberlo rechazado una vez, no podía imaginar cómo lo haría ahora.

—Por fin solos —dijo al poner el auto en marcha—; si aún no se ha ido debe estar a punto de hacerlo, ¿no es así?

—¿Por qué? —Lesley frunció el ceño.

—Porque los atraparon —le lanzó una curiosa mirada.

—¿Te refieres a sus captores?

—Sí. No me cabe duda de que lo llamarán, para que vaya y cubra el juicio. Es natural.

—Ya lo llamaron —dijo Lesley cuando Jacques se detuvo frente a la pastelería de Kate.

—¿Cuándo se va?

—No se va.

—Estás bromeando, ¿verdad?

Lesley negó con la cabeza y por un momento deseó haber dejado que Matt le diera la noticia.

—De eso necesitamos hablar.

El establecimiento estaba tan lleno como siempre durante la temporada turística. Una pareja acababa de desocupar una mesa frente a una de las ventanas, y Jacques se dirigió hacia allí, silencioso. Apoyó el codo en la mesa y descansó la barbilla sobre su puño.

—¿Qué sucede?

Antes que Lesley pudiera responder, Kate apareció junto a ellos.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó sonriéndole a Jacques.

—Elige tú —respondió él, irritado.

—¿Tienes pastel de ruibarbo?

Kate asintió.

—Tráenos dos rebanadas y dos cafés —dijo Jacques.

Kate asintió y comenzó a alejarse. De pronto se detuvo para preguntar a Lesley si su esposo seguía en el pueblo, mirando a ambos con franca curiosidad. No era ningún secreto que Jacques había salido con Lesley antes que regresara Matt. Pero desde entonces no se les había visto, juntos. Kate debía preguntarse cómo estaban las cosas ahora.

—Sí, sigue en el pueblo —respondió Lesley.

—¿Se va… a quedar? —preguntó Kate mirando brevemente a Jacques.

—Sí —Jacques frunció el ceño y Kate sonrió.

—Eso es maravilloso. Estoy muy contenta por ti —y con otra hambrienta mirada en dirección a Jacques, fue por el pedido. Lesley siguió a la joven con la vista, curiosa.

—¿Qué piensas de Kate Blackledge —le preguntó a Jacques.

—No pienso en ella —replicó él con firmeza. Lesley suspiró. Adiós a su salida fácil—. ¿Para qué se queda Colter? —preguntó Jacques

mirándola con intensidad.

—Va a trabajar con el tío Harry.

—¿En un pequeño semanario? ¡Por favor!

—Está escribiendo algo por su cuenta.

—¿Sus memorias? Apenas tiene treinta y cuatro años… No es lo bastante viejo.

Dale dos meses y se habrá ido.

—Dice que se queda, Jacques. Quiere que vuelva con él.

—¿Y qué es lo que tú quieres, Lesley? —preguntó Jacques casi sin respirar.

El mundo giraba a su alrededor, pero ninguno de los dos parecía darse cuenta.

Fue como si de pronto habitaran en un planeta distinto. Lesley pensó que podía escuchar su sangre corriendo por sus venas, o el latido fuerte del corazón de Jacques.

—Yo quiero…. Quiero a Matt —dijo en un susurro apenas audible.

Jacques apretó los labios y el color desapareció de su rostro. Ella buscó su mano para ofrecerle compasión, amistad, algo, cualquier cosa. Pero él saltó como si le hubieran acercado brasas.

—Dos pasteles de ruibarbo y café —dijo la alegre voz de Kate rompiendo la tensión al colocar los platos frente a ellos.

Lesley le sonrió levemente, sin dejar de mirar a Jacques. El color había vuelto a su rostro; de hecho, su rostro se oscurecía. Ella pensó que por la rabia, la furia, y el dolor.

—Lo siento.

Jacques no habló. Levantó su tenedor y apoyó los codos sobre la mesa, con el tenedor entre las manos.

—Sé que lo sientes —no había emoción en su voz. Estaba doblando el tenedor a la mitad.

—¿Acaso no está bueno? —preguntó una voz y Lesley miró sorprendida el rostro preocupado de Kate—. El pastel —añadió ciando ambos la miraron sin comprender.

—Está bien —aseguró Lesley—. Sólo estamos tomando un poco de tiempo —le dirigió a Kate una sonrisa que la otra chica le devolvió apenas.

Su mirada se centró en el rostro de Jacques, que aún tenía el tenedor en las manos. De repente saltó y con una exclamación desapareció para atender a otros clientes.

—Nunca debí aceptar tu proposición de matrimonio —dijo Lesley con rapidez

—. Fue mi culpa. No debí…

—Fue mi culpa —dijo Jacques con pesadez—. Debía suponerlo. Siempre ha sido Colter, ¿no es así? Desde que lo conociste.

—Sí.

—¿De verdad crees que se quedará esta vez?

—No lo sé. Pero si me deja, si rompe nuestro matrimonio, no me casaría con otro. No puede ser, como ves —Lesley le sonrió con tristeza—. Él… me ha arrumado.

Lesley observó el dolor en el rostro de Jacques. Hubiera dado cualquier cosa por ayudarlo, pero sabía que era la última persona sobre la tierra que debía intentarlo. Aturdida inclinó la cabeza para intentar comer el pastel.

Jacques ni siquiera lo probó. Bebió su café y luego que ella hizo todo lo que pudo para terminar el contenido de su plato, él empujó la silla.

—Te llevaré a casa.

Pagó la cuenta sin notar siquiera que Kate le sonreía y sostuvo la puerta abierta para que Lesley saliera. Regresaron al auto en silencio.

No habló en todo el camino. Al llegar puso las manos en el volante y se despidió.

Lesley abrió la boca para decir algo, pero no sabía qué.

—Quisiera… —empezó por fin, pero él la interrumpió.

—¡No!

Ella lo miró y cerró la boca. Él estaba en lo correcto. Nada tenían que decirse.

Salió del auto y Jacques se fue antes que ella entrara.

Cuando llegó, los niños ya estaban en la cama y el tío Harry leía. Matt la esperaba en la escalera, y en el momento en que entró la abrazó.

—¿Estás bien?

—Deberías preguntárselo a Jacques —dijo Lesley con voz ronca.

—Sobrevivirá.

—Sí, sólo que me siento como una rata.

—¿Crees que habría sido mejor casarte con él?

—No.

—Entonces… —le murmuró al oído—. Hiciste lo correcto.

—Sí, pero me siento muy mal de todos modos.

—Vamos —la ayudó a subir—. Vamos a la cama.

Matt ya se había bañado, así que la esperó en la cama, como lo había hecho la noche anterior. Y se sentía tan bien entrar en la habitación y encontrarlo allí, que Lesley pensó en lo que haría si alguna vez entraba y no lo encontraba.

Se quitó el camisón, apagó la luz y se deslizó en la cama, a su lado, abrazándolo casi con fiereza.

—Hey, ¿qué es esto? —rió con suavidad.

—Tengo miedo —admitió temblando. Aprendí a estar sin ti una vez, pero no creo poder hacerlo de nuevo —susurró.

—Bueno, tranquila —le acarició el cabello, la puso de espaldas y se

acomodó a su lado—. No iré a ninguna parte —la besó descubriendo la necesidad que sentía e igualándola con la propia. De repente, agregó—: Bueno, eso no es exactamente verdad —ella se puso rígida.

—¿Matt?

—Sshh —la calmó, y ella pudo escuchar la risa en su voz—. El próximo fin de semana tenemos que ir todos a Newport a ver a mis padres.

Aquella noticia estaba lejos de tranquilizar a Lesley. Los padres de Matt eran muy diferentes a ella. Hamilton Colter había hecho carrera en el servicio exterior y su esposa de sangre azul, Elizabeth, participaba en obras benéficas y siempre le habían parecido a Lesley más remotos que el Everest. Siempre eran muy amables, y trataban de animarla.

—Estoy segura de que debe haber alguna causa en el hospital en la que puedas colaborar —le dijo la madre de Matt a Lesley la primera vez que se vieron.

—Estudio enfermería.

—Sí, querida —respondió Elizabeth, ausente—. Nuestro grupo reconstruyó el ala de pediatría del hospital de Newport el año pasado. Fue muy gratificante. Lo encontrarás muy satisfactorio, y te dará algo que hacer mientras Matthew está fuera.

Lesley sonrió y no dijo más a su futura suegra. Entonces no sabía que Matthew iba a alejarse con tanta regularidad. Ni siquiera lo había pensado.

Pasó el resto de la semana preocupándose por la visita a sus suegros. Apenas había tenido contacto con ellos desde que se separó de Matt. Ellos no la habían buscado y Lesley no se había puesto en contacto con ellos. La única vez que estableció contacto, fue poco después de que supo que Matt estaba prisionero.

Les había escrito desde Colombia, ofreciéndoles todo el apoyo que pudo.

Recibió una tarjeta impresa en la que le agradecían su preocupación. De pronto se dio cuenta de que era posible que nunca hubiesen visto siquiera su carta, y que le hubiese respondido una secretaria.

No sabía qué pensaban acerca de su separación de Matt ni cómo tomarían la reconciliación. Y no tenía idea de cómo reaccionarían ante la noticia de que ya tenían dos nietos grandes.

—No te preocupes por eso —le aseguró Matt.

—¿Les contaste sobre ellos?

—¿Decirles qué?

—De Teddy y Rita.

—Seguro.

—¿Y qué dijeron?

—Creen que es maravilloso. No te preocupes.

Pero Lesley se preocupó de todos modos.

Para el viernes, Matt subió a los niños al automóvil y se despidió del tío Harry, dirigiéndose al sur. Se le notaba muy tenso.

—¿No quieres ir? —le preguntó Lesley.

—Claro que sí, ¿por qué no?

—Tú dime. Te veo un poco nervioso.

—No lo estoy.

—Yo no diría lo mismo —replicó, tranquila. Matt siempre había tenido una buena relación con sus padres—. De seguro hace poco los visitaste.

—No los he visto.

—¿Y cuando estuviste en el hospital?…

—Ni siquiera entonces.

—Estuviste en Washington una semana. Tu padre va allá constantemente.

—Mi papá es un hombre muy activo. A pesar de estar retirado, no pasa mucho tiempo en casa. Está en quién sabe cuántos comités, comisiones y cosas por el estilo.

La mitad del Congreso tiene negocios con él.

—Sí, pero… —si él decía que no los había visto, así era—. Bueno —dijo Lesley un momento después—, no es de extrañar que estés un poco nervioso. Ha pasado mucho tiempo.

—¡No estoy nervioso! —gritó Matt con súbita vehemencia. Tal vez esa no era la palabra, temperamental parecía mejor.

Lesley no habló hasta que estuvieron cerca de la frontera de Massachussets.

—¿Quieres que conduzca?

—No.

—¿Seguro?

—Estoy bien —replicó. Pero antes que llegaran a Boston se quejaba de un dolor de cabeza.

—Vamos a detenernos para comer —sugirió Lesley—. Luego yo conduciré.

Esta vez Matt no replicó.

Para los estándares de Newport, la casa de los Colter era una cabaña, para los de Lesley era un verdadero palacio. La primera vez que la vio había caminado con la boca abierta por todo el lugar.

Matt levantó a Rita, quien estaba medio dormida, y la llevó entre sus brazos mientras se acercaba a Elizabeth. La mujer bajó por la escalera para darle un abrazo y un discreto beso en la mejilla.

—¡Matthew! Es maravilloso verte.

—A ti también, mamá —le sonrió y la besó en la mejilla.

—Siento mucho no haber podido ir a Washington a verte cuando

estabas en el hospital. Era mayo, tú sabes. Siempre tenemos la rifa para los desamparados en ese mes.

—Lo sé… —comenzó, pero ella continuó.

—Te veo estupendo, de cualquier modo. Debes morirte de ganas por regresar.

Matt no hizo comentarios, sólo sonrió vagamente aceptando el fuerte apretón de manos de su padre.

—Me da gusto verte, hijo.

Hamilton Colter era una versión más vieja de su hijo. Tenía la mirada penetrante, y ahora la fijaba en su heredero, valorándolo para finalmente emitir un juicio.

—Tu madre está en lo correcto. Te veo bien. Sabía que así sería. Los Colter pueden con cualquier cosa. Sabía que estarías bien en poco tiempo. ¡Ese es mi hijo!

—Hablando de hijos —intervino Lesley, con Teddy a su lado—, nos gustaría presentarles a los nuestros —añadió mientras Matt dejaba a Rita en un escalón y mantenía una mano protectora sobre su hombro —. Él es Teddy y ella es Rita.

—Encantados —dijo Elizabeth sonriéndoles y acariciando la mejilla de la niña

—. ¡Qué linda eres! —luego se volvió a ver a Teddy—. ¡Y qué guapo muchacho!

Estoy segura de que sus papás estarán orgullosos.

—Sí, señora —dijo Teddy. Rita simplemente la miró.

—Vamos, vamos —Elizabeth los guió por la escalera, hacia el interior de suelos de mármol—. Siéntanse como en casa.

—Parece un buen muchacho —dijo el señor Colter refiriéndose a Teddy—. Se para derecho. Eso me gusta. Demuestra que tiene confianza. Hará muy buen papel.

—Sí —estuvo de acuerdo Lesley—. Creo que lo hará.

—Como Matt —continuó Hamilton—. Y yo, y mi padre antes de mí —se apresuró para caminar al lado de su hijo, y Lesley lo escuchó decir—. Supe que atraparon a los infelices que te tuvieron preso. A un par de ellos, según creo —Matt asintió—. ¡Gracias a Dios! Piensa en todos los artículos que podrás sacar de eso.

¿Cuándo te vas?

—Oh, vamos a hablar de otra cosa, Hamilton —intervino la señora Colter, guiándolos hacia la sala en la parte de atrás de la casa—. Matthew acaba de llegar.

Vamos, Lesley, Carrie les mostrará dónde alojaremos a los niños. Tal vez quieras ver que se acuesten. Luego tú y Matt pueden venir a conversar con nosotros —mientras hablaba, sonrió a la sirvienta.

Lesley la recordaba de la primera vez que había visitado la casa.

—Estará muy bien —pero antes que pudiera seguir a Carrie por la

escalera, Matt tomó a Rita en brazos y dijo:

—Yo los llevaré. Creo que yo también estoy muy cansado. Los veré por la mañana.

—Pensé que podríamos tomar un brandy y charlar, Matt —dijo Elizabeth Colter un poco sorprendida por la actitud de su hijo.

—Mañana. Estoy molido —respondió Matt negando con la cabeza —. ¿Vienes, Les?

Ni siquiera tenía que preguntar. Por nada del mundo se hubiera quedado Lesley con aquella peculiar pareja.

—Sí, voy —dirigió a sus suegros lo que esperaba fuese una sonrisa agradable, ya que sabía que apreciaban esa cualidad por encima de lo demás, y añadió—: Espero que nos disculpen.

—Sí, querida, adelante —replicó Elizabeth—. Tú y yo tendremos bastante tiempo para conversar por la mañana. Estoy segura de que Hamilton entretendrá a Matthew durante horas y horas.

Y el señor Colter lo hizo. Cuando Lesley despertó, era bastante tarde y estaba nublado. Matt ya no estaba en la cama. Rodó sobre el colchón y se sintió triste por la ausencia de su marido. Apenas había pronunciado palabra después de acostar a los niños. Pero cuando apagó la luz y ella se deslizó a su lado, esperando acurrucarse en sus brazos y dormir como un ángel, descubrió que estaba en un error. En menos tiempo del que le había tomado ponerse el camisón, Matt se lo quitó.

—Matthew —había protestado—. ¡Tus padres!

—Su habitación está al otro lado del mundo —Lesley se dio cuenta de que exageraba demasiado.

—Pero…

—Sshh —murmuró, silenciándola con sus labios persuasivos—. Ámame.

Ahora.

Momentos después, cuando se unió a ella, separó los labios sólo para murmurarle cuánto la necesitaba, y para demostrárselo con una desesperación que la sorprendió.

Más tarde volvió a despertarla, y le hizo el amor con la misma pasión. Y

después, cuando ya estaba dormido, seguía abrazado a ella como si fuera una boya en un mar tormentoso.

Al despertar por la mañana, sin embargo, se encontraba sola. Se estiró y bostezó, aún preguntándose a qué se debería la urgencia de Matt.

Sonrió mientras se duchaba y vestía. Esperaba encontrar a Matt y pasear con él.

Se asomó a la habitación de los niños antes de ir a buscarlo, pero también ellos habían bajado. No fue difícil hallarlos. Desde el

recibidor pudo escuchar la voz de Rita, conversando con la cocinera acerca de su vida académica. Cuando llegó a la cocina, pudo ver que Teddy estaba afuera con su abuela, recibiendo un paseo guiado por los jardines.

—Buenos días, señora Lesley —saludó la cocinera sirviéndole una taza de café

—. Espero que haya dormido bien.

—Muy bien, gracias —replicó Lesley—. Ahora me gustaría dar un paseo. ¿Sabe en dónde está Matt?

—En el estudio, con el señor Colter. Ha estado allí desde temprano. ¿Quiere huevos con jamón o cereal, señora Lesley?

Al final no importó lo que Lesley deseara, porque la empleada le dio de todo, diciendo que necesitaba engordar. Tampoco pudo ir de paseo con Matt, quien permaneció mucho tiempo encerrado con su padre. Por fin, se disculpó con su suegra y salió a pasear con los niños.

—No me molesta. Creo que es maravilloso lo que estás haciendo — le dijo la mujer dando unos golpecitos a Rita en la cabeza—. Además, estoy segura de que Matt tiene mucho de qué hablar con su padre.

Lesley se preguntó qué tanto tendría Matt que hablar con su progenitor. Él casi no le había contado acerca de su cautiverio. Ahora podía dormir porque estaba con ella. Y si ocasionalmente despertaba gritando, le echaba los brazos al cuello y lo tranquilizaba para que pudiese conciliar el sueño.

Él siempre había idolatrado a su padre. Tal vez, pensó con envidia, Matt le liaría confidencias que le ocultó a ella.

Llevó a los niños a un paseo un poco más largo del que había pensado. Por fin, Rita se cansó y Lesley decidió regresar.

Llegaron a la hora de la comida. Pero ni Matt ni su padre estaban allí.

—Siguen encerrados —explicó Elizabeth encogiendo los hombros.

Era obvio que Matt le estaba diciendo todo a su padre, y Lesley se sintió un poco celosa. Ordenó a los niños que se lavaran las manos, deseando que se comportaran tan bien durante la comida como lo habían hecho en presencia de su abuela.

Felizmente lo hicieron. Después de la comida fueron a jugar al jardín, dejando a Lesley con su suegra.

—Me da mucho gusto que tú y Matthew hayan arreglado sus diferencias —dijo de pronto Elizabeth.

Lesley parpadeó.

—Debería decir —continuó la señora Colter—, que no me sorprendió mucho saber que se separaron. Se lo dije a Hamilton cuando se casaron: "esa chica no sabe en lo que se mete". Estoy segura de que ignorabas la clase de hombre que era Matthew y no lo entendías —dijo Elizabeth sirviéndole un poco de té—. Pero veo que

ahora lo haces —Lesley alzó las cejas preguntándose por qué su suegra había deducido aquello—. Lo supe en el momento en que Matthew me contó sobre los niños. Fue algo muy generoso hacerse cargo de un proyecto así.

—Yo no creo que haya sido generoso —respondió Lesley.

—Oh, pero querida… —Elizabeth la miró, desconcertada.

—No pude hacer otra cosa.

—Seguro que…

—Teddy y Rita eran mis amigos —intentó explicar—. Conocí a su madre y a su abuela. Después del temblor, quedaron solos. Todos estábamos solos —añadió mirándolos jugar en el jardín, y recordando lo necesitada que se había sentido de su compañía.

Elizabeth la miró como si Lesley estuviese hablando en un idioma extraño.

—¡Oh, querida! —exclamó como si Lesley acabara de confesar una terrible debilidad y rápidamente cambió de tema, iniciando un largo monólogo acerca de un baile de caridad que iban a hacer para beneficio de los niños paralíticos de la región.

La conversación no volvió a temas personales durante casi una hora. Entonces Elizabeth preguntó:

—¿Cuándo volverá a irse Matt?

—¿Irse?

—Regresar al trabajo.

—Oh —Lesley movió su té que para ese momento ya estaba helado —. Yo… No creo que… Quiero decir, ahora está trabajando.

—¿Ahora? —Elizabeth la miró fijamente.

—Está escribiendo por su cuenta, y trabaja con el periódico de mi tío Harry…

Lo recuerda. Cuando se retiró, se hizo cargo del periódico de Day's Harbor.

—¿Y Matthew colabora con él? —preguntó, incrédula.

—Escribiendo artículos, editando, corrigiendo. A veces hasta imprime.

—Oh, sí. Pero seguramente sólo lo hacía mientras se recuperaba — dijo Elizabeth con una pequeña carcajada.

—Él… dice que no.

—¡Tonterías! Tiene obligaciones, responsabilidades —miró a Lesley, como si esperase que ella siguiera con la letanía.

La joven, preocupada, no dijo una palabra. Elizabeth puso su taza en el plato y se levantó. Se paseó inquieta por la habitación, mirando distraída la puerta cerrada del estudio, y luego a Lesley. Por fin se detuvo de repente y exclamó:

—¡No puede hablar en serio!

—No lo sé.

—Estoy segura de que sólo lo dice, querida. Matthew conoce sus responsabilidades, su verdadera misión en la vida. No vegetaría en un oscuro pueblo pesquero de Maine, ¿no es así?

Lesley se preguntó qué era lo que esperaba que contestara.

Capítulo 9

Lo que los padres de Matthew pensaban, estaba tan claro como el cristal. Si Elizabeth podía considerarse remotamente circunspecta en su opinión, Hamilton no.

Cuando por fin salieron del estudio aquella tarde, tenía un brazo en torno a los hombros de Matt y le decía alegremente:

—Puedo verlo ahora. La mejor serie de artículos del año. Testigo ocular desde dentro y desde fuera. Vas a sacar cuando menos un Pulitzer, o me como el sombrero.

—No lo sé, papá —dijo Matt zafándose del brazo de su padre—. Hay algo más en un Pulitzer que ser testigo ocular.

—Claro que sí, muchacho. Eso lo sé. Pero también lo tienes: estilo, intensidad, poder. Ya lo has comprobado, ¿o no, Lesley?

—Él es… muy talentoso —dijo ella, incapaz de decir lo que sentía. Miró directamente a Matt, mas él se mantuvo inexpresivo.

—Claro que sí —intervino Elizabeth—. Es nuestro hijo —Matt se dirigía a la puerta tratando de huir—. No te vayas —replicó su madre —. Hemos planeado una pequeña fiesta esta noche para celebrar tu retorno. Sólo unos cuantos amigos cercanos que vendrán a comer mañana.

—Ma…

—Sé que no te gustan las fiestas, Matthew. Pero tienes que dar a la gente la oportunidad de recibir a su héroe.

—¡Yo no soy un maldito héroe!

—La falsa modestia no te queda, Matthew —dijo Elizabeth, sorprendida por la vehemencia de su hijo—. Estas personas son nuestros amigos más cercanos.

Esperarán que estés aquí. Tu padre y yo así lo deseamos.

Sin una sola palabra, sin una seña a Lesley, Matt dio media vuelta y salió de la habitación. Lesley lo miró, sintiendo que se le hacía un hueco en el estómago.

Hamilton esperó hasta que escuchó cerrarse la puerta de enfrente y luego negó con la cabeza.

—Está muy sensible. A veces me pregunto si lo conozco o no.

—Tonterías —respondió Elizabeth—, Matthew siempre ha sido así, pero hará lo que esperamos que haga, como siempre.

La alusión puso mal a Lesley. Deseaba que regresara para decirle que su madre estaba equivocada, pero no lo hizo. Salió sin siquiera mirar atrás, sin recordarla a ella ni a los niños. No debía sorprenderla. Él era simplemente el hijo de sus padres.

No pensaba en los individuos más de lo que hacían ellos. Se preocupaba, claro, Lesley no podía negarlo. Pero los Colter se preocupaban a gran escala, una que abarcaba alas completas de

hospitales o cientos de dólares recolectados para su causa. La gente en particular no era importante para ellos. Como individuos era sólo la indicación de un problema mayor y no un fin en sí mismos.

Y, a pesar de todos sus sueños, ¿cómo podría esperar que cambiara?

Los ojos de Lesley se nublaron mientras contemplaba el horizonte. Iba a ser muy difícil dejarlo ir. Comenzar a amarlo de nuevo había sido tan doloroso como lo temió.

Resultó que los Colter tenían entre ciento y ciento veinte "amigos cercanos”.

Después de un rato, Lesley perdió la cuenta. Pero no importaba, porque no le interesaban y ella tampoco les interesaba mucho. Los niños eran una novedad, todos la alabaron por su compasión y caridad al haberlos adoptado. Contuvo el impulso de corregirlos. Sólo sonrió y asintió, dejando pasar el tiempo para poder hacer una graciosa huida.

Matt ni siquiera había hecho una graciosa entrada todavía. Tomaron una cena fría sin él, los Colter obviamente molestos por la ausencia de su hijo. Teddy y Rita querían saber a dónde había ido y por qué no los llevó. Lesley se mantuvo en completo silencio porque no sabía las respuestas y tenía preocupaciones propias.

A pesar de lo adaptables que Teddy y Rita eran, estaban ansiosos por ver la televisión en lugar de ser el centro de atracción. Pero aunque Lesley quería dejarlos ir, los Colter aún no terminaban con ellos.

Tal vez porque Matt aún no había llegado o porque Hamilton quería que su punto quedara claro frente a ella y los niños. Dejó a sus amigos en el bar lo suficiente para acorralar a Lesley y a los chicos justo antes que los enviara arriba. En breve tiempo, Lesley se dio cuenta de por qué había sido todo un éxito como diplomático.

—Estas personas están encantadas de conocerlos —explicó a los pequeños—.

Creen que son algo especial. También piensan que su padre es algo especial. Y lo es.

Es un héroe —le dijo a Teddy—. No muchos hombres pueden sobrevivir lo que él.

—Lo sé —estuvo de acuerdo Teddy, muy orgulloso.

—Pero aun antes de escapar, era alguien muy importante para el mundo.

Durante años la gente de todos los países angloparlantes se benefició con sus puntos de vista en las situaciones mundiales —continuó Hamilton—. ¿Se dan cuenta?

—Se refiere a sus escritos —replicó Teddy.

—Exacto. Ganó dos premios Pulitzer, ¿sabes?

—¿Qué es eso? —preguntó Rita.

—Es un premio —le dijo su abuelo—. Un premio nacional muy importante.

—¿Como el que dan por aprender a deletrear? Mi amiga Patsy ganó el de nuestra clase este año.

—Bien por Patsy —sonrió Hamilton—. Sí, es como ése. Pero aún más importante.

—¡Caramba!

—Exacto —exclamó Hamilton inclinándose hasta el nivel de Rita —. Cuando una persona puede deletrear como tu amiga Patsy, debe hacerlo, ¿no es así? Ambos niños asintieron.

—Es un talento, un don. ¿Entienden?

—Aja.

—Y no es correcto ser egoísta con nuestros dones, ¿verdad? —ambos negaron con la cabeza—. Y no es correcto ser egoísta con nadie tampoco.

Esta vez ambos lo miraron confusos, hasta que les explicó:

—Me refiero a que su padre tiene obligaciones, responsabilidades con el mundo, además de su familia. Tiene un trabajo importante, una habilidad para escribir, y debe trabajar en cuanto sea posible, ¿están de acuerdo?

Ambos asintieron de nuevo.

—¿Y tú, querida? —dijo él levantándose para abrazar a Lesley, quien lo miraba maravillada por su habilidad—. Estoy seguro de que no quieres limitarlo.

—¿Yo? —Lesley lo miró confundida.

—¿Por qué Matt escribe en el periódico de juguete de Harry? Seguro que no imaginas que eso lo tendrá contento mucho tiempo —Lesley tomó aliento, pero antes que pudiera abrir la boca, Hamilton continuó—: Piensa en lo que es mejor para él, lo que es mejor para el mundo, querida. Estoy seguro de que su experiencia lo ha confundido, lo tiene perturbado. Pero juntos debemos hacerlo recobrar la razón.

¿Puedo contar contigo?

Por fortuna Lesley no tuvo que responder, porque en ese momento apareció Elizabeth para llevárselo a ver a un embajador que acababa de llegar.

Libre, por fin, Lesley llevó a los niños arriba y les puso su ropa de dormir, los dejó en el cuarto de televisión y les dio instrucciones de comportarse bien y de estar en la cama antes de las diez. Luego fue a buscar a Matt.

Su padre lo había encontrado en el antecomedor.

—¿En dónde demonios has estado?

—Fuera.

—Eso es obvio. Ahora has regresado y tenemos la casa llena de gente que quiere hablar contigo. Cuando menos Lesley y los niños

saben lo que se espera de ellos como Colter. Allí estaban.

La mirada de Matt se encontró con la de ella. Parecía cansado, como si lo persiguieran. Lesley lo vio del mismo modo. ¿En dónde habría estado? Aún más importante, ¿por qué no la llevó con él?

—Bien por ellos —dijo Matt con trazas de amargura en la voz—. Iré arriba para cambiarme y regreso en un momento.

Pasó junto a Lesley sin decirle una palabra y desapareció en la escalera.

El resto de la tarde fue peor. Matt regresó unos minutos después, vestido con un traje oscuro, una brillante camisa blanca y su corbata. Estrechó manos, conversó con los invitados, hizo comentarios poco personales y aceptó la adulación del público, para orgullo de sus padres, A Lesley sólo la hizo desdichada.

Sentía que lo estaba perdiendo. ¿Y por qué no? Había sido una tonta al pensar que se conformaría con la vida en aquel pequeño rincón del mundo. No le asombraba que se fuera alejando de ella. Tal vez trataba de planear cómo darle la noticia.

No querría ser cruel o decírselo de golpe. Después de todo era muy probable que de verdad él hubiera pensado quedarse con ella. Dudaba que el engaño hubiese sido intencional. Si es que de verdad había sido un engaño, sospechaba que la única ilusa fue ella.

¿Y ahora? La desengañaría con gentileza. Él solo pensamiento hizo que se le formara un nudo en la garganta, y que sintiera deseos de llorar.

No pudo soportarlo más y se excusó pretextando un dolor de cabeza. Dios sabía que no era mentira. La cabeza le latía con fuerza mientras escapaba a su cama.

Fingió dormir cuando un par de horas más tarde Matt entró en la habitación. Se deslizó en la cama y deseó abrazarlo, pero al mismo tiempo tuvo miedo. Amarlo en esas condiciones podía ser su fin. No podía arriesgarse. Y aparentemente Matt tampoco, porque no intentó tocarla. Aún estaba junto a ella, despierto, cuando finalmente Lesley se durmió.

—Vamos —Matt la sacudió para despertarla—. Sé que estás cansada, pero nos vamos.

—¿Qué?… —comenzó Lesley abriendo los ojos y mirándolo desconcertada.

Estaba totalmente vestido y el reloj a su espalda marcaba apenas las seis y media.

—Nos vamos.

—Tu madre mencionó algo acerca de una comida.

—No nos quedaremos —metió ropa en la maleta—. Levanta a los niños,

¿quieres?

—¿Qué sucede, Matthew? —preguntó, tranquila, mientras lo miraba ir y venir.

—Deseo irme. Ahora mismo —no dejó de hacer las maletas. Ni siquiera se volvió a mirarla. Si acaso, se movió aún más aprisa que antes.

No era el momento de discutir, Lesley se dio cuenta. Abandonó la cama para darse un baño.

No tuvo que levantar a los chicos, porque cuando ella salió de la ducha él ya se había encargado de los niños.

—¿Por qué nos vamos, mamá? —quiso saber Rita cuando Lesley la peinaba.

—Papá… él… Matt quiere irse —era mejor pensar en él como Matt. Lo haría más fácil para sus hijos. Habría sido aún más sencillo, pensó con amargura, si nunca hubiese vuelto a casa.

—Me gusta el lugar —dijo Rita—. Pero creo que a papá no.

—No te preocupes. Ahora estáte quieta para que no te duela.

Matt ya había puesto las cosas en el automóvil y estaba apoyado contra la puerta, esperando con impaciencia a que Lesley y Rita bajaran.

—¿Listas? —preguntó, tenso.

—Voy a despedirme de tus padres.

—Les escribí una nota.

—¿No hablaste con ellos? —Lesley lo miró, atónita.

—No se han levantado.

—Tal vez deberíamos esperarlos…

—No.

—Pero…

—Puedes escribirles una nota si lo deseas, cuando lleguemos a casa.

Agradecerles su hospitalidad y todo eso.

La miró desafiante y ella suspiró, sin querer hacer una escena frente a los niños.

—Muy bien.

—¿Regresaremos pronto? —preguntó Rita mientras se alejaban por el camino.

—No lo sé —respondió Matt—. Sospecho que dependerá de ellos.

—Espero que sea pronto —dijo Teddy—. Me gustaría explorar un poco más estas playas. Pude pasear muy poco.

—No estés muy ansioso —respondió Matt y Lesley cerró los ojos por el dolor.

El largo viaje fue una auténtica prueba de resistencia. Ni ella ni Matt hablaron más de quince palabras en todo el trayecto. Se mostraba tenso, preocupado, aún más que en el camino de ida. Y Lesley estaba lejos de sentirse feliz.

Comieron tarde, y ya fuera por la comida o por el hecho de que habían cruzado la línea interestatal de Maine, Lesley notó que Matt repentinamente mejoraba de humor. Bromeó con Teddy y Rita acerca de tonterías que no pudieron hacer sonreír a Lesley. Estaba contenta de que alguien fuese feliz. Tal vez, pensó, Matthew había resuelto cómo darle la noticia, y una vez que tenía ese asunto arreglado, estaba lo bastante tranquilo para disfrutar de los últimos días con los niños.

Ella no disfrutó, y Matt lo señaló más de una vez.

—Pensé que te alegraría volver a casa —le dijo cuando se acercaban a Day's Harbor.

—¿Por qué?

—Supuse que mis padres no son de tu tipo de gente.

—¿Te refieres a que no soy lo bastante buena para ellos?

—Yo no dije eso. Sólo me pareció que no era la compañía que acostumbras.

—No. Es muy diferente de Day's Harbor.

—¿Qué sucede? —disminuyó la velocidad del auto.

—Nada.

—Les —su voz era baja, exigente.

—Ahora no.

Matt la miró y encogió los hombros. Luego encendió la radio y permanecieron silenciosos el resto del trayecto.

—Pensé que iban a regresar más tarde —dijo Harry, feliz de verlos.

—No —respondió Matt dejando las maletas en la casa—, tengo trabajo que hacer aquí y quería terminarlo. De hecho, voy a la oficina del periódico en este momento.

Apenas lo había dicho cuando salió. Sintiendo un dolor interno, Lesley lo miró partir.

No tuvo tiempo de hablar con él hasta que se acostaron. No había regresado de la oficina hasta la hora de la cena, y después jugó a las cartas con los niños y conversó con Harry. Ella lo evitó, incapaz de fingir que todo estaba bien mientras esperaba que cayera el hacha.

No hubo modo de evitarlo una vez que cerraron la puerta del dormitorio. Y no había manera de evitar el dolor que la invadiría, a pesar de que él tratara de aligerar las cosas.

Sería mejor que lo dijera de golpe. Podía soportar que la abandonara de inmediato, pero no ver cómo su nueva relación agonizaba día a día.

Con esto en mente, cerró la puerta y se apoyó contra ella, cruzando los brazos en el pecho como si pudieran protegerla del golpe.

—Anda, dilo.

—¿Decir qué? —Matt se detuvo sin acabar de quitarse la camisa.

—No finjas. No estoy ciega.

—¿De qué hablas? —frunció el ceño mientras se quitaba la prenda

y la arrojaba a los pies de la cama.

—¡Sé que te vas! —Lesley apretó los puños.

—¿Irme? —Matt parpadeó.

—Oh, ¡demonios! ¿Por qué no lo dices de una vez? Dime que has cambiado de opinión, puedo aceptarlo. Sólo deja de jugar conmigo.

—No te entiendo —la miró, cansado. Luego atravesó la habitación y tomó a Lesley entre sus brazos para mirarla a los ojos—. ¿Crees que voy a dejarte?

—Claro que lo pienso. Oh, no sólo a mí, a Maine, a los chicos, ¡todo esto! ¿Cómo podrías no hacerlo? Es tu trabajo, es lo que tus padres esperan, lo que todo el mundo espera. Matthew Colter ha estado predestinado desde que nació.

—¿Y por eso es que has estado enfurruñada todo el día? ¿Crees que me voy? —

preguntó, sonriendo.

—Porque te vas —lo corrigió Lesley con firmeza.

—No lo haré —respondió con tranquilidad y negó con la cabeza.

—¿No? —fue su turno de parpadear y mirarlo como si no hubiera escuchado bien.

—Te equivocas. Me quedaré aquí para siempre. No hay lugar en la Tierra donde quisiera estar, que no sea aquí, contigo.

Capítulo 10

—No entiendo —dijo Lesley, atontada—. Tu padre…

—Quiere que vuele a Batar esta noche. Demonios, quiso que fuera allá hace tres semanas, en cuanto salí del hospital. Es lo que él hubiera hecho, lo que esperaba que yo hiciera —Matt se detuvo y la miró de frente—. Pero no iré.

—Quieres decir…

—No exactamente. Lo consideré —suspiró y negó con la cabeza—. Pensé que lo haría, pero al final, desistí.

—Pero…

—Por eso salimos así.

De repente ella comenzó a reír. Podía escuchar en su cabeza una y otra vez los ecos de las palabras "no hay lugar en la Tierra donde quisiera estar que no sea, aquí, contigo". Volvió a reír, sin control. Se sentía como si hubiera escalado el Everest sin oxígeno y no pudiera encontrar una bocanada de aire puro.

—Lo dices en serio, ¿verdad? —le preguntó cuando por fin pudo hablar.

—Claro.

La desvistió frenético y ella comenzó a hacer lo mismo. Los dedos volaron, los cierres se abrieron y los botones se desabrocharon. Camisetas y pantalones cayeron al suelo. Ambos iniciaron una carrera en su necesidad desesperada de reafirmar su pertenencia mutua.

El pozo de desesperación de Lesley, ahora lleno de alegría, la hizo correr hacia él sonriendo y sollozando. Matt la igualó en ansia y, esperaba ella, en la confirmación de su amor. Por fin, cansado, Matt la hizo girar y le pasó los brazos por la espalda.

—¿De verdad estabas preocupada? —le preguntó con suavidad antes de mordisquearle la barbilla y el labio inferior.

—Sí —asintió Lesley.

—Realmente debo de haberme portado muy mal contigo —dijo con tristeza.

—Lo siento —murmuró la joven.

—Yo soy el que lo siente. Creo que deberíamos salir el fin de semana para que intente mejorar la opinión que tienes de mí. ¿Tú qué opinas?

Lesley se pasó la lengua por el labio superior, pensativa. Hubo otros fines de semana, lo recordaba bien; nunca había terminado alguno sin que Matt recibiera una llamada. Él sólo pensarlo la atemorizaba.

Tal vez él estaba en lo correcto. Si salían y lograban terminar el fin de semana, tal vez entonces ella pudiese confiar por completo y ahuyentar para siempre sus dudas y recelos.

—Está bien.
—¿Este fin de semana?
—Sí… ¡Espera! No, no puedo. Tengo que ir a Boston.
—También yo puedo ir.
—Pero…
—¿Por qué no? —sonrió—. Quiero ir, y así sólo abusaremos de la generosidad de Harry una vez.
—Tengo que presentarme en los talleres, dar una charla…
—No hay problema. Encontraré qué hacer. ¿Qué dices?
—Que me gustaría —respondió Lesley.
Boston era Boston: histórico, concurrido, emocionante y a Lesley nunca le había gustado más.
Claro que no se trataba de la ciudad, aunque era encantadora en todos sentidos, sino del hecho de tener a Matt a su lado. Desde luego no podría pasar todo el fin de semana con él, porque la conferencia le tomaría gran parte del tiempo, pero tendrían momentos para los dos. Matt se lo había prometido. Cuando se atrevió a sugerir que podría visitar las oficinas de *Worldview* en Boston, él se negó, categórico.
Lesley no dijo más. Desvió su atención liada otras cosas, como lo divertido que era caminar tomados de la mano, deteniéndose a ver los escaparates o a tomar el té en el Ritz.
—No puedo creer que estemos haciendo esto —dijo mientras se llevaba a la boca un panecillo con mantequilla. Contemplaba todo el lugar, memorizando cada detalle.
—Pudimos hospedarnos aquí. No me di cuenta de que te gustaba tanto —Matt le sonrió.
—No es el Ritz lo que me gusta —sonrió Lesley—. Además tengo que estar donde se celebra la convención, que empieza esta noche.
—Entonces será en otra ocasión —le prometió.
Su fe en él había crecido a tal grado que no rechazó sus palabras. Le sonrió, confiada.
Antes de ir a la apertura de la convención aquella tarde, fueron a cenar a un restaurante de mariscos en el nivel más bajo de otro de los mejores hoteles de Boston.
Lesley tomó una ensalada de calamares que Matt comentó parecía una combinación de los juguetes de goma de Teddy, y lechuga. Él sólo ordenó pescado hervido con puré de patatas. Lesley lo embromó acerca de su falta de sentido de la aventura y él sonrió.
—Lo estoy reservando para cosas más importantes —le aseguró.
Esa noche le demostró a qué se refería. Después, entre sus brazos, escuchando el murmullo del tránsito callejero y el zumbido del aire acondicionado, se maravillaba de estar allí con su esposo.
—¿Has hablado con tu padre? —le colocó una mano en el pecho para luego acomodarse mejor en el hueco del hombro.

No había hablado sobre los padres de Matt desde el día que se fueron de la casa. Él se dedicó a trabajar en la oficina del periódico de Harry toda la semana, y cuando estaba en casa por las tardes, siempre había otras personas cerca y otras cosas que decir. Llegó a pensar que eso era lo que él deseaba, cuando menos por el momento. Así que no lo presionó. Pero ahora estaban solos.

—Sí —Matt la estrechó más.

—¿Y se lo dijiste?

—Sí.

—¿Se molestó?

—Podría decirse que si —sonrió Matt ligeramente—. Me dijo hasta de lo que me iba a morir. Le aseguré que tenía responsabilidades y obligaciones aquí. ¡Contigo, con los niños y con Harry!

—Supongo que no lo convenciste.

—Apenas, no es su estilo.

—No, me di cuenta cuando estuve allí. Él ve las cosas en grande. Como una historia épica con un reparto gigantesco, nunca una obra de dos personajes. No es malo eso.

—Puede ser —replicó Matt—. Pero también puede ser una salida, una vía de escape que te vuelve ciego a lo que es de verdad importante. Sólo que él lo llama heroísmo —su risa fue amarga.

Recordando lo sensible que era en torno a aquella palabra, Lesley guardó silencio. Aún había cosas que no sabía de ese hombre, secretos que no había compartido, profundidades inexploradas. Pero su confianza en él y su comprensión crecían día con día. No era el mismo que la había abandonado dos años y medio atrás.

Lesley levantó la cabeza y lo besó en los labios, luego se acomodó entre sus brazos y se durmió, convencida por fin de que su futuro estaba asegurado.

Se levantó a las siete de la mañana para darse una ducha y peinarse antes de salir a la conferencia. Matt murmuró una protesta cuando sintió que se deslizaba lejos de sus brazos, pero ella lo acalló gentilmente.

—Tengo que irme, pero tú no —le susurró—. Quédate en la cama, descansa y disfrútalo.

—No puedo, sin ti —murmuró alargando la mano para buscarla, con los ojos aún cerrados. Lesley rió suavemente dirigiéndose al baño antes que la asaltara la tentación de regresar junto a él.

Una vez en la planta baja, en el área de trabajo, las exigencias de la convención se impusieron. Era informativa, excitante y agotadora. Lesley se vio envuelta en todo, yendo de taller en taller tomando notas, haciendo anotaciones marginales en varios folletos, y obteniendo más y mejores ideas acerca de cómo ayudar a los niños de su pequeña escuela en Mame.

Se sorprendió cuando Matt la alcanzó a mitad de la mañana y la besó enfrente de cincuenta de sus colegas, haciéndola ruborizar y provocando la envidia de las presentes.

—No te preocupes —le dijo Matt—. No me quedaré para distraerte, aunque quisiera hacerlo. Regresaré para escuchar tu plática. ¿A qué hora es?

—Es la última del día, a las cuatro. Pero no tienes que venir —añadió con rapidez—. No es necesario.

—Eres mi esposa y pretendo estar allí.

Mary Potter le había dado el tema que lo englobaba todo: "Las responsabilidades hacia los niños", y el consejo de que "hiciera a la gente pensar".

Otras personas habían hablado acerca de los consejos familiares, las enfermedades contagiosas, el mal trato a los niños, la educación sexual, etcétera. Para terminar el día, dijo Mary, no necesitaba más que tratar de despertar su conciencia.

Hizo lo mejor que pudo. Pero enfrentar a una multitud de casi seiscientas educadoras y enfermeras especializadas en pediatría, era apabullante. El saber que Matthew estaba allí, en alguna parte, dificultaba las cosas. Sin embargo, una vez que comenzó y se adentró en el tema, no fue difícil.

Hablaba en una habitación llena de gente, sí, pero trataba algo que le llegaba al corazón. Y en realidad no importaba cuántas personas la escuchaban, ella sólo le hablaba a Matt.

Hizo un resumen de lo que los anteriores conferencistas habían dicho. Lo aplicó hablando en términos específicos, mencionando nombres y situaciones específicos y expresando lo mejor que pudo su punto de vista.

Por fin, resumió:

—La gente, y en este caso estoy hablando de los niños, es lo que importa. Los hombres y las mujeres, los niños y las niñas. Son ellos a los que debemos cuidar.

Tienen nombre, edad, hogar, familia y pasado. Si nos preocupamos lo suficiente, también tendrán futuro. No debemos amenazar ese futuro ni tomar las vidas de otros a la ligera, usarlas con indiferencia o desperdiciarlas sin necesidad. Cada persona que conocemos, cada persona cuya vida toca la nuestra, es importante. Eso es lo que vine hoy a recordarles. Tal vez no seamos capaces de salvar al mundo o de entenderlo.

Hizo una pausa. Había localizado a Matt y no podía dejar de mirarlo. Él la contemplaba con fijeza y la mandíbula tensa. Y ella sonreía, sólo para él.

—Sin embargo, podemos lograr una diferencia. Lo más importante es ser capaces de mirar atrás y saber que hicimos lo que pudimos, para

poder vivir sin lamentaciones.

Lesley fue todo un éxito. Mary Potter así lo supuso. El presidente de la escuela regional de la Asociación de Enfermeras en Pediatría, también lo pensó La detuvieron para estrecharle la mano y felicitarla. Lesley esperaba que Matt estuviera de acuerdo.

Lo buscaba con la mirada constantemente, aun mientras estrechaba manos y daba agradecimientos. Estiró el cuello tratando de encontrarlo por encima de las cabezas de la multitud. Pero no fue sino hasta que el salón se vació considerablemente, que pudo detectarlo, apoyado contra la pared.

Le sonrió, sintiéndose rara de repente. Él la miraba tranquilo, pero cuando ella comenzó a acercársele, él se enderezó, y al llegar a su lado la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza.

—¿Cómo estuve? —no pudo evitar preguntar.

—Será difícil estar a la altura —la miró y le sonrió con tristeza.

—¿Qué? —lo miró, curiosa.

—No importa —negó con la cabeza, aún sonriendo—. Estuviste magnífica.

Mary Potter nos invitó a cenar con ella. ¿Aceptamos o no?

—Preferiría que estuviéramos solos —en cualquier otra ocasión hubiera aceptado de buen grado, pero no esa noche.

—Yo también.

Si su primera tarde en Boston había sido maravillosa, ésta fue encantadora.

Caminaron por los jardines públicos, pasearon en bote y luego se dirigieron hacia el área de Beacon Hill, escogiendo un pequeño restaurante italiano para cenar.

Al regresar al hotel, pasaron por donde se celebraba una boda, con una radiante novia y un gallardo novio, con familiares y amigos, testigos del inicio de un compromiso de por vida.

Lesley no pudo evitarlo. Comenzó a llorar.

—Pensé que habías decidido que el matrimonio no era tan malo —le dijo Matt pasándole un pañuelo por las mejillas, y sonriéndole con ternura.

—No es malo —sollozó Lesley—. Es bueno. Es hermoso en realidad. La boda sólo me hizo recordar, me hizo más consciente de mi promesa. Estoy feliz de que todo haya funcionado bien.

—¿Ah sí? —le preguntó mirándola muy serio.

—Oh sí —entrelazó los dedos con los de él y lo miró con el corazón en los ojos

—. Ya no tengo dudas.

De verdad fue la segunda luna de miel que Lesley nunca sospechó que tendría.

Nadie de la conferencia los interrumpió y pasaron mucho tiempo

juntos. Harry no telefoneó por algún contratiempo referente a los niños. Y nadie llamó a Matt para que volara a Biafra o a Bangladesh.

Sin embargo, no habría sido humana si no hubiera sentido una momentánea inquietud cuando al llegar el domingo por la tarde a casa, encontró a una mujer rubia esperando en el porche y hablando con el tío Harry y los niños. La mujer saludó a Matt, quien en ese momento detenía el auto.

Era Becca Walsh.

Lesley se puso rígida. Luego, se dijo que no tenía que preocuparse. Después del fin de semana que acababan de pasar juntos, ninguna historia sobre la Tierra iba a interponerse entre Matthew y ella.

Miró a Matt para saber su reacción y se sintió más confiada. Ignoró a Becca.

Salió del auto y saludó a los niños, que habían corrido a recibirlo. Alborotó el cabello a Teddy y abrazó a un chico con cada brazo.

Sólo cuando llegó al porche y ya no había manera de evitarla sin parecer grosero, saludó a Becca.

—¿A qué debemos el privilegio? —le preguntó con tono de indiferencia—.

Estás muy lejos de tu casa.

—No habría venido si no fuese necesario —dijo de inmediato.

Por la taza de café que tenía en la mano, Lesley supo que ya llevaba algún tiempo allí. Se preguntó cuánto, pero Becca se lo dijo casi en seguida.

—Llamé tan pronto como supe la noticia. Él… —señaló a Harry—, dijo que estabas fuera y que no regresarías hasta hoy en la tarde. Llegué poco después de la hora de la comida —se quejó—. Pensé que regresarías antes.

—Estábamos en Boston —contestó Matt con tranquilidad. Revisó las cartas que estaban sobre la mesa apenas haciendo caso a Becca.

—¿Boston? —Becca prácticamente brincó—. Conduje desde allá —lanzó una mirada acusadora a Harry—. ¿Por qué no me lo dijo?

—Hay cosas que pueden esperar —respondió el tío, sonriendo.

—Esto no —replicó Becca.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Matt a Teddy, ignorándola deliberadamente.

—Terminé mi nuevo cohete. ¿Quieres verlo?

—Seguro.

—Matt, necesito hablarte —le dijo Becca dejando la taza de café en el porche—.

Ahora.

Matt miró a Lesley con expresión cansada. Ella le dirigió una sonrisa de confianza.

—Vamos. Teddy —dijo Lesley con seguridad—. Puedes mostrarme

el cohete —

sonrió a Becca—. Tómense su tiempo.

Salió con su hijo, escuchando las explicaciones acerca de todos los detalles del cohete.

—Podemos volarlo esta noche —le dijo Teddy—. Tan pronto como se vaya esa señora. ¿Crees que ya se haya ido? —preguntó con esperanza.

Apenas había pronunciado aquellas palabras, cuando Lesley escuchó el motor de un automóvil. Se asomó por la ventana y vio el Mercedes azul de Becca avanzar por el camino. Cuántas veces había visto aquella cabeza rubia alejarse con la cabellera oscura de Matt a su lado… Demasiadas, eso era verdad. Pero nadie iba con Becca esta vez.

—Se ha ido —dijo Lesley, y no pudo contener una sonrisa.

—¡Magnífico! Iré a buscarlo —Teddy se dirigió a la puerta.

—Después de la cena —Lesley lo siguió a la casa.

—Pero…

—Después de la cena —repitió con firmeza—. Contaremos con más tiempo.

—Entonces tendré todo listo.

—Sí —Lesley le sonrió. Ella buscaría a Matt, lo tomaría entre sus brazos y le diría lo feliz que estaba de ser su esposa.

—Tuvieron un buen fin de semana, ¿no es así? —preguntó el tío Harry.

—Maravilloso. Gracias por cuidar a los niños.

—Cuando quieras, lo haré. Se portaron muy bien. Sin embargo, la hubiera pasado mejor sin esa mujer.

—¿Becca? —Lesley sonrió benevolente—. ¿Te molestó?

—Sólo como te molestaría un tigre dando vueltas en tu sala. Parecía que iba a hacerle un hoyo al tapete. Por eso la saqué al porche.

Lesley sonrió. Esa era Becca. La paciencia nunca había sido una de sus virtudes.

Y además no había obtenido buen resultado de su larga espera.

Bueno, ya entendería cómo eran ahora las cosas. Tal vez no regresara. Lesley le dio un beso a la calva del tío Harry.

—Tendré la cena lista en unos minutos. Primero quiero encontrar a Matt.

—Está arriba —informó Harry.

—Gracias —Lesley subió sonriendo.

Habían dormido muy poco durante el fin de semana, y sabía que Matt querría descansar porque era probable que tampoco durmieran mucho esa noche. Esperaba encontrarlo boca abajo en la cama, durmiendo.

Sin embargo, estaba despierto y de pie, con una expresión extraña

y su bolsa de viaje abierta, en la cama.

Lesley lo miró incrédula, deseando no tener la evidencia frente a sus ojos.

—Me voy, tengo que hacerlo —sus puños se cerraron y la miró, suplicante.

—Pero…

—¿Recuerdas cuando atraparon a los dos hombres responsables, a los que me secuestraron?

—Sí.

—Atraparon a los otros dos.

—¿Y?

—Y… Tengo que ir.

—¿Por qué? No fuiste cuando atraparon a los primeros.

—El juicio se inicia y debo presentarme.

—¿Para cubrir la historia para el periódico?

—Dije que lo haría.

Lesley lo miró sorprendida, sin poder creerlo.

De repente, él se dirigió al armario para quitar camisas de los ganchos y arrojarlas a su bolsa de viaje. Luego se volvió para mirarla otra vez.

—No te estoy abandonando. Les. No me iré mucho tiempo, te lo aseguro. No tardaré demasiado. No quisiera ir, pero…

No explicó por qué lo hacía. No había modo de explicarlo.

¿Qué pasaba? Hacía unas horas habían sido dichosos en brazos uno del otro, con su futuro asegurado.

Luego apareció Becca y el mundo se puso de cabeza. ¿Qué método de persuasión había utilizado?

Vio a Matt cerrar la maleta. Pasaron por su mente las imágenes de las noches en Boston, los días junto al mar, los detalles de su reconciliación, y supo que Becca o no Becca, juicio o no juicio, no iba a dejarlo ir.

Se dirigió al armario y sacó la vieja maleta que la había acompañado a Colombia. La puso en la cama y la abrió. Luego fue a la cómoda y comenzó a llenar la maleta.

—¿Qué haces?

—Guardo mis cosas —le dijo metiendo la ropa interior—. Yo también voy.

—¡Claro que no!

—Quiero hacerlo —sus miradas se cruzaron, y ella se sorprendió por la fiereza y palidez que lo invadió de repente. ¿En dónde demonios estaba su entusiasmo? ¿Era éste el hombre que había dicho no hace mucho que no quería separarse nunca de ella?

—Es una locura.

—Eres mi esposo, y debo estar contigo —repitió las palabras de él

cuando le explicó que pensaba oír su conferencia. Vio que lo recordó. Matt apretó los labios y un nervio le saltó en la mejilla.

—Vamos, Les, sé razonable.

—¿Qué hay de poco razonable en ir contigo?

—Es peligroso.

—Me arriesgaré.

—Quiero que te quedes aquí, segura. No deseo que mi esposa sea tomada prisionera y…

—Nadie me va a secuestrar. Imagino que habrá personal de seguridad en el juicio. Y si estoy contigo, no puedo pensar en un sitio más seguro.

—No —sacaba las cosas de la maleta tan pronto como ella las metía—. Esto es una locura. Tú tienes que permanecer aquí.

—¿Por qué?

—Por los niños.

—Ellos tienen a Harry.

—Es un anciano.

—Me acaba de decir que los cuidará cuando queramos.

—No para que viajes por todo el mundo —protestó Matt volviendo a meter las medias en el cajón.

Lesley las tomó y metió de nuevo en la maleta.

—Voy a acompañar a mi esposo.

—No —Matt cerró los ojos y apretó los puños.

—¿No me quieres junto a ti? —se plantó firmemente frente a él, con la barbilla en alto.

—No es eso.

—¿Entonces qué?

—Lo que digo… —parecía incapaz de articular palabra—. Se pasó los dedos por el cabello—. No lo entiendes.

—Explícamelo.

—No puedo —Lesley lo vio apretar la mandíbula, y abrir y cerrar los puños.

—No tardaré mucho tiempo, regresaré de inmediato. No es gran cosa.

—Es bastante para mí —dijo Lesley con firmeza. Lo tomó de la mano, acariciándolo, tratando desesperadamente de entenderlo—. Escúchame. Hemos compartido muchas cosas juntos, Matt. Pero hemos pasado más cosas separados. Si vamos a comenzar de nuevo, tengo que ser parte de tu vida. Igual que tú estuviste allí cuando yo te necesité este fin de semana, necesito saber qué te sucede, ¿no lo comprendes? No puedes protegerme todo el tiempo. No quiero que lo hagas.

La miró angustiado. Lo abrazó con fuerza, por un momento pudo sentir que se resistía, y luego la resistencia desapareció. Él también la

abrazó y besó durante largo tiempo, con una desesperación que Lesley no entendía.

—Está bien —le dijo suspirando—. Saldremos mañana temprano.

Lesley le sonrió al cielo, agradeciendo a Dios los favores grandes y pequeños.

pero sobre todo el hecho de que Matt de verdad hubiera cambiado. Ahora iba a llevarla con él. Sin embargo, cuando despertó a la mañana siguiente, él se había ido.

Capítulo 11

Tal vez Matt estaba en el baño o desayunando con Harry y los niños, pero de algún modo Lesley sabía que no era así. Una mirada alrededor se lo dijo. El equipaje se había quedado junto a la puerta cuando se acostaron aquella noche, y, mientras su maleta estaba exactamente donde la había dejado, la bolsa de viaje de Matt había desaparecido.

Saltó de la cama, desesperada. No podía hacerle eso. ¡No podía! No ahora. Vio el reloj. Ocho cuarenta y cinco.

—El vuelo sale a las nueve. Preséntate con Logan, a las ocho —le había dicho Becca— y lo alcanzarás.

Lesley sabía dónde estaba. Aún faltaban quince minutos. Podía llamar a la aerolínea. Hacer que lo vocearan. Y, ¿qué le diría?

Se lanzó a la cama y ocultó el rostro entre las manos. Después se levantó, se limpió los párpados y trató de pensar qué hacer.

Entonces vio la nota. Estaba en el asa de su maleta, escrita en una hoja de cuaderno.

"Les, lo siento. Te amo. Regresaré. Matt".

¿Qué significaba? ¿Qué quería decir? Si la amaba, ¿por qué se había ido sin ella?

Nada tenía sentido. Recordó cada detalle de lo sucedido el día anterior. ¿Por qué consintió en llevarla para luego dejarla? ¿Qué lo hizo cambiar de opinión? ¿El trabajo? ¿Becca? ¿Negocios pendientes? No podía razonar, así que decidió actuar.

Batar era un sitio seco, polvoriento e increíblemente caliente. De hecho, todo lo contrario a Maine. Esto, sin embargo, no hizo desistir a Lesley. Aunque no fue lo único que trató de disuadirla. Harry le dijo que estaba loca.

—¡Buen Dios, chica! —replicó cuando ella bajó por la escalera y le comunicó su intención de seguir a Matt—. Tú no puedes ira Batar. ¡Ese es el peor de todos los lugares malos del mundo, por el amor de Dios! Él fue bastante listo al dejarte en casa.

—Pues iré. Si no quieres cuidar a los niños, encontraré quien lo haga.

—Necesitarás una visa. Y probablemente vacunas.

—Lo solucionaré —a Lesley no le importaba que la dejaran llena de agujeros.

Mientras hablaba, se dirigía al teléfono.

Su suegro la desalentó cuando lo llamó para pedirle que le ayudara a conseguir la visa.

—No es lugar para una chica como tú —le dijo sin comprometerse —. Quédate en casa y teje suéteres.

—No tejo —replicó Lesley—. Iré, me ayude usted o no. Él está allá,

tratando de ser un héroe, aunque Dios saber por qué, y yo lo acompañaré. Él me necesita.

No sabía por qué pensaba eso, dada la manera en que la había dejado, pero estaba segura de ello. No era el mismo hombre que la había abandonado antes. Y ella no era la misma mujer. No tenía miedo de que la historia se repitiera, como había sucedido con sus padres. No iba a permitirlo.

Ni el tío Harry, ni Hamilton Colter ni el gobierno de los Estados Unidos, podrían detenerla.

Cincuenta y nueve horas después que despertó y no encontró a Matt a su lado, abordaba un taxi en Batar.

—¿Adonde, señorita? —le preguntó el conductor árabe de bigote. Lesley consultó un papel abierto con garabatos que había conseguido en una apresurada conversación telefónica con una secretaria de *Worldview*.

—Al hotel Royal Palm.

El chofer asintió, tomó el equipaje y mantuvo la puerta del auto abierta para que subiera. Luego, salió a gran velocidad.

Batar era una mezcla apabullante del siglo veinte y la época medieval, del este y el oeste, del mundo cristiano y el musulmán. Allí coexistían los rascacielos con las cabañas y los burros corrían junto a los Mercedes en las calles. Lesley sólo lo notó a medias. Su mente estaba ocupada por Matt. ¿En dónde se encontraba? ¿Qué estaba haciendo? Y lo más importante, ¿qué lo había impulsado a viajar sin ella?

El Royal Palm era tan lujoso y fresco como el resto de Batar pobre y caliente.

Sucia y exhausta, Lesley se detuvo un momento en el vestíbulo para disfrutar del aire acondicionado. Luego, levantó su maleta y se dirigió a la recepción. Una buena ofensiva era su mejor plan, se recordó.

—Buenos días —le dijo al empleado—. Soy la esposa de Matthew Colter. Mi esposo espera que me reúna con él, aquí —lo que no era precisamente una mentira.

Una vez, él le había asegurado que lo acompañaría.

—Ah, señora Colter, sí —el dependiente le dirigió una amplia sonrisa. Lesley suspiró con alivio. ¡Estaba allí!

El hombre consultó la lista de registro y frunció el ceño.

—Tiene cuarto sencillo. El señor Colter no mencionó…

Los ojos de color café la estudiaron de cerca. No iba a dejar escapar a Matt ahora. Lesley sacó su pasaporte, poniéndolo bajo la nariz del empleado.

—Mi visa aún no había llegado cuando él salió. Como puede ver, ahora la tengo.

—Ah, sí —una vez examinados la visa y el pasaporte, la sonrisa del árabe regresó—. Por aquí, señora Colter, por favor —llamó al botones —. Lleva a la señora Colter a la habitación ochocientos dos.

Así lo hizo. Llamó a la puerta y como no obtuvo respuesta, abrió y luego le entregó la llave. Temerosa, Lesley entró.

La habitación estaba vacía. Se apoyó contra la puerta, dejando caer la maleta.

Había ido al aeropuerto, luego a Londres, a Atenas, a Batar. Y, una vez en Batar, al Royal Palm.

No tenía idea de qué hacer. Le habría encantado tirarse en la cama grande y dormir durante horas. Pero no podía. Si en Londres y Nueva York los administradores sabían cómo obtener entradas para el teatro y dónde estaban los mejores restaurantes, seguramente allí sabrían dónde se llevaría a cabo un juicio de resonancia internacional.

Tardó sólo unos minutos en lavarse el rostro, ponerse ropa limpia y bajar por la escalera.

—¿Juicio? —el empleado negó con la cabeza, ante su pregunta—. ¿Para los terroristas, quiere decir? —cuando Lesley asintió él volvió a negar—. Aún no.

—¿A qué se refiere con que todavía no?

—No comienza. Hoy es miércoles. Es el sábado.

—¿Sábado?

—Sábado —el hombre asintió de nuevo. Por fin lo entendió. Entonces, ¿en dónde estaba Matt?

—Estoy buscando a Matt Colter.

—Es un héroe.

—¿Sabe a dónde fue?

—Salió con una mujer alta —dijo el hombre.

—¿Rubia? —sugirió Lesley—. ¿De pelo amarillo? —añadió cuando el hombre pareció no comprenderla.

—Sí, sí —era Becca, no había duda.

—¿Y dónde se celebrará el juicio?

—No será hasta el sábado.

—Lo entiendo. Pero, ¿dónde?

—En el edificio grande, cerca de la mezquita. Le enseño —la condujo fuera del edificio—. ¿Puede ver? —señaló el camino y Lesley vio un minarete a la distancia.

No tenía idea de si Matt estaba allí, pero iría a buscarlo.

—Gracias —le dijo y comenzó a caminar.

Le llevó casi media hora llegar allí. En otro momento hubiera pasado tres o cuatro horas absorbiendo lo que veía. Pero ahora estaba guiada por la misma necesidad de encontrar lo que la había arrastrado durante los últimos tres días.

Pareció que al fin lo había logrado, porque cuando se acercaba vio

salir a Becca.

La rubia se detuvo y la miró.

—¡Tú! —Lesley, sudorosa y exhausta, asintió y siguió subiendo los escalones.

Becca la tomó del brazo—. ¡No puedes entrar allí!

—¿Y por qué demonios no? —se soltó Lesley.

—Es privado. Es ilegal. Es…

—¿Está Matt adentro? —preguntó Lesley. La respuesta era obvia aun antes que Becca, reacia, asintiera—. Quítate de mi camino —empujó a Becca a un lado.

—No puedes. ¡No puedes! —mientras lo repetía, corría tras Lesley, mostrándole, sin querer, a dónde tenía que ir. Se detuvo frente a un par de amplias puertas. Lesley pudo escuchar el movimiento de sillas y el murmullo de una voz, y luego de otra.

—El juicio comienza el sábado, según me dicen.

—Así es.

—¿Qué hay aquí?

—Una audiencia.

—¿Matt la está cubriendo?

—De verdad lo amas, ¿no es así? —le preguntó a Lesley mirándola a los ojos—.

Debes amarlo para haber venido hasta acá.

—Sí.

—Está bien —Becca cerró los ojos un momento y luego pareció decidirse—.

Matt es parte de esto. Él es la razón de que estén aquí —se hizo a un lado y dejó pasar a Lesley.

Era un salón de corte, espacioso, con el techo alto, las paredes pintadas de blanco y muebles oscuros de tipo institucional. En la parte más alejada se elevaba una plataforma, en la que estaban tres hombres, uno con traje de negocios y dos Nº Paginas 112-119

vestidos a la manera árabe tradicional. Los jueces. Podía decirlo tan sólo con mirarlos. Vieron a Lesley un momento cuando entró. También lo hizo un joven, que no era más que un niño, en realidad, que estaba sentado solo a la izquierda de los jueces.

Nadie más se volvió. Buscó entre las cabezas que se encontraban frente a ella, todas las cuales miraban a los jueces. Encontró a Matt de inmediato. Estaba sentado muy derecho en una silla de la primera hilera. Mientras lo miraba, un hombre se detuvo frente a él y le habló.

—Debe pasar ahora, señor Colter, por favor.

Matt se levantó, dudó un momento y luego enderezó los hombros y caminó hacia la silla de la derecha de los jueces.

Lesley apresuradamente ocupó una de las sillas, junto al pasillo.

—Señor Colter, usted ha solicitado esta audiencia para explicar por

qué cree que deben retirarse algunos cargos —dijo en tono grave y con acento británico uno de los jueces—. ¿Es eso correcto?

Lesley entrelazó los dedos. ¿Retirarlos? ¿Qué cargos? ¿Por qué? Miró de nuevo al chico. ¿Acaso era él a quien Becca se había referido, el terrorista que era sólo un niño? Parecía apenas mayor que Teddy. ¿Por eso Matt había ido? ¿Para ayudarlo?

Lesley se movió en la silla, inclinándose hacia adelante, deseando saber más. Miró a Matt fijamente olvidando por mi momento que la había dejado en casa. Su silla hizo ruido y Matt levantó la cabeza. La vio entonces y se puso muy pálido.

—¿Señor Colter? —urgió el juez.

—¿Qué? —Matt parpadeó, pasó saliva y humedeció sus labios. La voz se le había puesto ronca.

—Dije que usted nos ha solicitado esta audiencia especial para explicar por qué los cargos en contra de Ali ben Rashad deben retirarse, ¿es eso verdad?

La mirada de Matt se encontró con la de Lesley. Parecía triste, desvelado y lleno de dolor. Cerró los ojos y pasó saliva.

—Sí.

—Procedamos entonces.

Con voz cansada, hablando con lentitud, contó todo sobre los días, las interminables noches, las semanas que estuvo aislado, solo.

—Excepto cuando me llevaban comida. Tenían a un chico para eso.

—¿Ali ben Rashad? —preguntó uno de los jueces mirando al joven, confirmando las sospechas de Lesley.

—Su hermano Hamid —negó Matt—. Yo hablaba con Hamid —dijo con lentitud—. Él era mi enlace con la cordura, era joven, impresionable y lleno de Nº Paginas 113-119

sueños —su voz tembló mientras hablaba. Lesley supo que lo estaba reviviendo todo

—. Yo utilicé esos sueños —continuó Matt con voz ronca—. Paz, libertad, el fin de la pobreza. "Puedes tenerlo todo", le dije. "Sólo ayúdame a salir de aquí" —apretó la mandíbula y miró desafiante a los jueces.

—¿Quiere decir que fue él quien lo ayudó a escapar? —los jueces lo miraron con los ojos abiertos.

—Uno de ellos. El otro fue Ali ben Rashad. Hamid compartía los sueños de su hermano… —Matt hizo una mueca ante el recuerdo—. También se convenció. Ellos planearon la escapatoria y me dieron las armas. Ellos nos dieron a mí y a los otros, la libertad que anhelábamos.

—¿Hamid ben Rashad? —uno de los jueces preguntó—. ¿No fue él al que?…

—Al que mataron.

—Lo mataron mientras trataba de detenerlo a usted —lo corrigió el juez.

—No. Lo mataron cuando intentaba escapar con nosotros. No sé quién lo hizo.

En ese entonces, por la seguridad de Ali, porque él aún estaba con ellos, era mejor dejar que la gente pensara que Hamid perdió la vida tratando de evitar la escapatoria

—Matt negó con la cabeza y luego miró a la distancia, hablando pesadamente, con gran dolor—. No es verdad, lo mataron por mis sueños, por mi libertad. Fue como si yo hubiese disparado el gatillo.

Durante una eternidad nadie pronunció una palabra. Más allá de las paredes de la corte, se escuchaba el ruido del tránsito. Sonó una bocina. Adentro, alguien tosió.

Arrastraron una silla. Lesley estaba congelada en su lugar.

Al fin, uno de los jueces murmuró algo a otro. Ambos asintieron, luego hablaron con el tercero.

Finalmente, el de la voz grave habló.

—Le agradecemos su testimonio, señor Colter. Le daremos nuestra mayor atención y emitiremos un veredicto de inmediato. Puede retirarse.

Sin mirar hacia ningún lado, Matt bajó. Caminó hacia la silla en que estaba Lesley. Ella lo miró, impresionada por la escena que había presenciado. Matt tenía los dientes apretados y la vista perdida en la distancia. Su paso disminuyó ligeramente al llegar a su lado. Se detuvo, y sus miradas se encontraron.

—Ahora lo sabes —le dijo sin inflexión en la voz. Antes que ella pudiera responder algo, salió y cerró la puerta.

Paralizada, Lesley lo miró. ¿Acaso pensaba que ella lo condenaba, que lo culparía por la infortunada muerte de Hamid ben Rashad?

Obviamente sí.

—¡Matt! —saltó, casi pateando la silla en su urgencia por alcanzarlo, pero se había ido.

Corrió por los escalones hacia la calle, buscándolo por un lado y por otro. No estaba allí. ¿A dónde pudo haber ido? Al hotel y luego al aeropuerto. Lesley comenzó a correr.

Así que finalmente iba a terminar como su madre.

De hecho, peor. Porque si su madre había pasado la vida esperando a Jack, al menos él regresaba de vez en cuando. Lesley llegó antes que Matt al hotel.

Ahora, ¿cuánto más tendría que esperar? ¿Cuánto más hasta que admitiera que él ni siquiera había ido para allá? ¿Cuánto hasta que ella aceptara el hecho de que él había tomado el primer vuelo sin recoger su sucia y vieja bolsa de viaje verde?

Lesley suspiró, amándolo más que nunca y temerosa de no encontrarlo ahora para decírselo. Eran más de las tres de la mañana cuando una llave entró en la cerradura. Lesley saltó en el sillón donde se había sentado a dormitar. La luz se encendió de repente.

—¿Lesley?

Esa sola palabra estaba tan llena de dolor, que lastimaba el oído. Cuando por fin pudo abrir los ojos y ajustarse a la luz, lo vio con claridad. Estaba de pie, en la puerta, moviendo la cabeza como si no pudiera creer lo que veía, o como si lamentara su presencia.

Estaba en mangas de camisa, con el cabello alborotado y la mitad de los botones desabrochados. El abrigo le colgaba del hombro, y tenía el nudo de la corbata deshecho. La barba crecida de ese día oscurecía sus mejillas pálidas, y sus ojos carecían de brillo. Debió haber celebrado la libertad y la verdadera historia de Ali ben Rashad, que había aparecido en las noticias de la tarde en tres idiomas. Sin embargo, parecía como si acabara de salir del infierno.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con rudeza.

—Te espero.

—No tiene objeto —negó con la cabeza.

—¿Por qué? —Lesley se levantó y comenzó a caminar hacía él.

—Lo sabes.

—No.

—Lo escuchaste.

—Te oí salvar la vida de un niño.

—Y también cómo maté a otro —ella se acercó para tocarlo, para reconfortarlo, pero él se hizo a un lado—. ¡No lo hagas!

—Te amo.

—¡No! —negó con la cabeza.

—Sí.

—¿Cómo puedes, después de saber lo que hice? —exigió, angustiado.

—Te amo porque actuaste así.

—¿Por lo que hice? —preguntó, estupefacto.

—No por Hamid. Fue algo que no pudiste evitar. Te amo porque te importó, porque te preocupaste lo suficiente por Ali para arriesgarlo todo —lo miró, suplicante—. ¿No es eso cierto, Matt?

Sus ojos se abrieron mucho. No podía hablar pero ella sabía que estaba en lo correcto.

Aunque la garganta se le cerró al ver aquel leve brillo de esperanza, Lesley continuó:

—Por eso me dejaste en casa, ¿no es así? —preguntó con suavidad. Le tocó el brazo, y esta vez él no se alejó—. Pensaste que si alguna vez descubría lo que sucedió con Hamid, yo… no te amaría.

—No podía —dijo él después de pasar saliva—. Estaba seguro de

que no podía

—dijo por fin, pasándose una mano entre el cabello.

—Te amo —lo besó ligeramente.

—En Boston dijiste…

—Te amo —reiteró con énfasis.

Lo abrazó y sintió la tensión que lo embargaba, los últimos vestigios de resistencia, de miedo, de inseguridad. Entonces, por fin, él le creyó. El abrigo cayó al suelo y sus brazos la rodearon también. Apoyó el rostro contra la mejilla de ella y comenzó a sollozar.

—Oh, Dios, te amo —las palabras parecían salir de lo más profundo de su alma

—. Tenía mucho miedo de venir… de perderte otra vez. Miedo de traerte… y dejarte…

—Yo no iba a permitir que me dejaras —le dijo Lesley estrechándolo con fuerza, acariciándole el cabello—. Y no voy a hacerlo. Donde tu vayas, iré yo —Matt tembló, luego levantó la cabeza y la miró—. Lo digo en serio. Esta vez, nuestro matrimonio va a funcionar —replicó ella con firmeza.

—¿Eso crees?

—¿Tu no?

—Deseo hacerlo. ¡Oh, cuánto lo deseo! —su tono era ferviente—. Es lo que esperaba, lo que siempre soñé todos esos meses.

Los ojos de Lesley se abrieron. Le secó la mejilla y Matt le sonrió.

—Fueron tú y Hamid quienes me mantuvieron vivo. Él me proporcionaba sustento para el cuerpo. Tú eras el alimento para mi alma.

—Oh, Matt —Lesley comenzó a llorar.

Él la llevó hasta la cama, y se acostaron muy cerca.

—Reviví cada momento de nuestro matrimonio, cada hora. Y me di cuenta de cuan poco tiempo habíamos pasado juntos. Estabas en lo correcto en tu ultimátum.

Debí escucharte, sólo que no estaba acostumbrado a pensar de esa manera. Cuando nos casamos, supongo que pensé que seguiría haciendo lo mismo de siempre y que tú lo aceptarías —suspiró y rodó sobre su espalda, atrayéndola para que quedara sobre él—. Como mis padres.

—Debí tratar de comprender —le dijo Lesley con suavidad mientras él le acariciaba la mejilla—. No lo hice. En lo único que podía pensar era en mis padres.

Recordaba la manera en que él siempre abandonaba a mi madre, y cómo ella se pasaba el tiempo esperando a que regresara. Yo no podía hacer eso. Pero no debí presionarte. No te culpo por no haberme querido ver después.

—Yo siempre quise verte. No pensé que intentaras buscarme —

Matt dejó de acariciarla.

—Fui a tu oficina —le recordó Lesley.

—¿Cuándo? —frunció el ceño.

—Un par de semanas más tarde, después que regresaste de Bali. Yo esperé… —

sonrió—. Esperaba. Pero como no regresaste a casa, fui a verte. Quería disculparme.

Tratar de que las cosas funcionaran. Sin embargo, te negaste a verme.

—Yo nunca… —la miró perplejo.

—Becca dijo…

—¿Becca? —una arruga apareció en su frente—. ¿Becca te dijo que no quería verte? ¿Cuándo?

—No recuerdo el día. Dijo que no querías ser molestado. Y esa noche saliste camino a América Central, creo. Así que no me sorprendió que no me recibieras.

—Ahora lo recuerdo. Fue un trabajo de último momento. Un golpe de estado, un desastre o alguna cosa así. Carlisle me estaba gritando en un oído y Becca murmurándome en el otro. Los teléfonos sonaban, los télex y los servicios de cables hacían ruido, tenía que salir esa noche y había miles de cosas que terminar antes. Le dije a Becca que no podía ver a nadie —la miró a los ojos—. Nunca pensé que fueras tú. Lo siento.

—Yo no —le contestó Lesley.

—¿No?

—¿Acaso hubiera servido de algo entonces? ¿Hubiéramos sido capaces de cambiar, de hacer que las cosas funcionaran? Lo dudo.

—¿Piensas que me hizo bien que me atraparan los terroristas? —sonrió Matt, irónico.

—Harry diría que obtuviste provecho de un mal empleo —le dijo, retirando un mechón oscuro de cabello de su frente—. Y él asegura que mi experiencia en Colombia fue benéfica.

—Cuando pienso en lo que enfrentaste, casi muero del susto —dijo Matt negando con la cabeza—. ¡Mil cosas pudieron ocurrir!

—Ahora te das cuenta de cómo me sentía yo —Lesley le tocó una mejilla.

—Sé a lo que te refieres —Matt cerró los ojos un momento, luego suspiró—.

Supongo que algo bueno surgió de todo: tenemos a Teddy y a Rita. ¡Qué sorpresa recibí!

—Pensé que te enfurecerías por ello. Una vez dijiste que no te gustaban los niños. Pensé que si alguna cosa te alejaría, sería eso.

—Cuando era joven y tonto —dijo Matt con franqueza—. Creía que los chicos serían como una piedra en mi cuello. Sin embargo, cuando

me hablaste de ellos, no podía creer en mi suerte. Pensé que Dios me daba una nueva oportunidad. Tú sabes, una manera de redimirme por haber provocado la muerte de Hamid, al proporcionar a estos dos niños un hogar. En aquel entonces no eran Teddy y Rita, sino un deber.

Eso fue antes que los conociera —encogió los hombros, avergonzado—. Una vez que lo hice, no podía imaginar la vida sin ellos. Los amo, Les.

—¡Oh, Matt! —ella lo abrazó.

—Además, quería estar contigo, y nada me iba a alejar. Ni los niños, ni siquiera oírte decir que te casarías con ese maldito pescador de langostas —la miró—. ¿Cómo pudiste hacerme eso?

—Pensé que nunca volverías y él me amaba.

—¿Y tú lo amaste? —de repente sintió la tensión en él.

Lesley negó con la cabeza, se enderezó e inclinó sobre él, colocándole las manos contra el corazón.

—No de la manera en que te amo a ti. Nunca seré capaz de amar a otro, Matt Colter. Una vez aseguraste que siempre estarías conmigo. Bueno, funciona en ambos sentidos. Yo permaneceré a tu lado toda la vida.

—Gracias a Dios —murmuró, tomándola entre los brazos; parpadeó y las lágrimas humedecieron sus pestañas mientras le sonreía—. ¿Crees que podrías demostrármelo?

—Sólo si lo deseas.

—Oh, claro que sí —aseguró metiendo las manos debajo de la camiseta de Lesley—. Durante mucho tiempo y tan a menudo como quieras.

Sonriendo, agradecidos, sabiendo que tenían un gran camino ante ellos, se unieron por fin, sin ninguna barrera. Sólo tenían que amarse y necesitarse el uno al otro. Eso era suficiente.

Fin